



ROBERT D. KAPLAN

Tierra baldía

Un mundo en crisis permanente





ROBERT D

— —

Índice

I. WEIMAR SE HACE GLOBAL

II. LAS GRANDES POTENCIAS EN DECLIVE

III. MULTITUDES Y CAOS

AGRADECIMIENTOS

NOTAS

Título original inglés: *Waste Land*

© del texto: Robert D. Kaplan, 2025.

Por acuerdo con el autor. Todos los derechos reservados.

Esta edición ha sido publicada gracias a un acuerdo con Brandt & Hochman Literary Agents, Inc. a través de International Editors & Yáñez Co, S.L.

© de la traducción: María Dolores Crispín, 2025.

© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S. L. U., 2025.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

Primera edición en libro electrónico: marzo de 2025.

REF.: OBDO454

ISBN: 978-84-1098-179-9

Composición digital: www.acatia.es

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

A DEVON CROSS

... la esperanza, separada de la fe y sin ser atemperada por los indicios de la historia, es un activo peligroso, que amenaza no solo a quienes la aceptan, sino a todos los que se encuentran en el ámbito de sus ilusiones.

ROGER SCRUTON
Usos del pesimismo

I

WEIMAR SE HACE GLOBAL

Las premoniciones pueden ser muy valiosas. Ofrecen una advertencia extraña y descifrable sobre algo, especialmente si la persona que las tiene se encuentra en el lugar adecuado en el momento oportuno. Consideremos a los novelistas Christopher Isherwood, angloamericano, y Alfred Döblin, alemán, que escribieron sobre Berlín en la década de 1920 y a principios de la de 1930. Amparándose en la ficción, un escritor puede decir la verdad con más facilidad, ocultándose tras sus personajes y empleando otras formas de simulación. Su Berlín es una pesadilla fantástica y neurótica.

Isherwood, en *Adiós a Berlín*, describe un mundo marginal tenso y decadente, marcado por una perversión generalizada y fiestas del fin del mundo; personajes deleznable en interminables juergas de borrachera y jarana, todo contra un fondo de una «clase media en bancarrota» que vive entre muebles de segunda mano en edificios desvencijados, con goteras y pintarrajeados de hoces y martillos y esvásticas. Se centra en un tabernero venido a menos, limpiando orinales, maltratado por la Primera Guerra Mundial y la inflación. Hay cierres de bancos, muchedumbres malhumoradas, y el sobrecogedor desfile del entierro de la socialdemocracia en medio de estandartes negros de uno u otro grupo extremista. «Berlín es un esqueleto que duele en el frío», escribe Isherwood. «Esta ciudad está plagada de judíos. Dale una patada a una piedra y saldrán dos arrastrándose. ¡Están envenenando hasta el agua que bebemos!», exclama uno de sus personajes. ¹

Isherwood vivió en Berlín desde 1929 hasta 1933, el año en el que Adolf Hitler llegó al poder; así que *Adiós a Berlín*, aunque las vivencias iniciales del autor fueron clarividentes, se benefició un poco de la lucidez que da la experiencia. *Berlin Alexanderplatz*, de Döblin, se publicó en el otoño de 1929, cuando la gente aún no

había dejado de creer en el experimento constitucional de Weimar y el futuro no parecía falto de esperanza. Pero, apenas unas semanas después de la publicación del libro, el mercado de valores quebró en Wall Street y sacudió a toda Europa, especialmente a Alemania.

Berlin Alexanderplatz contiene una asombrosa premonición no solo de caos, sino de algo mucho peor y sanguinario que le sigue, y también de la inestabilidad general de las ciudades en los siglos xx y xxi , incluso en el mundo en vías de desarrollo. Berlín, en la interpretación de Döblin, es «Sodoma en vísperas de su destrucción». ² El libro de Döblin es difícil de leer, casi no tiene argumento. Está lleno de ritmos desordenados y largos apartes, y sus personajes rastreros y canallas van de un desastre delictivo de poca monta a otro. Pero el libro también está repleto de sabiduría sólida y avispada. Escuche:

En Alexanderplatz están levantando la calle para el metro. La gente tiene que caminar por un paso de tablones. Los tranvías cruzan la plaza y se dirigen a Alexanderstrasse y Munzstrasse para llegar a Rosenthaler Tor... En las calles hay una casa tras otra. Están llenas de gente, desde el sótano hasta el ático... La ley que protege el arrendamiento no vale el papel en el que está escrita. Los alquileres suben constantemente. La clase media se encuentra en la calle, los administradores y cobradores de morosos sacan tajada». El protagonista, Franz Biberkopf, un antiguo timador, vende en la calle periódicos de la extrema derecha. «No es que tenga nada contra los judíos, es que es un defensor del orden», dice el narrador. El libro termina con una imagen de la gente, con los brazos entrelazados, «yendo a la guerra», ahora que «el mundo está condenado al fracaso». ³

Condena al fracaso es lo que en seguida viene a la mente cuando se piensa en la República de Weimar. Weimar es un cuento de horror bañado en caramelo: una cuna de modernidad donde surgió el fascismo y el totalitarismo. Weimar significa un periodo artística e intelectualmente apasionante —definido en las novelas de Thomas Mann y Hermann Hesse, la poesía expresionista de Rainer Maria Rilke, la música atonal de Arnold Schönberg y la experimentación en diseño y arquitectura de la Bauhaus—, un periodo repleto de mucha experimentación social y cultural, aunque lleno de desagradables

tensiones raciales y religiosas, por no hablar de la inflación y la depresión, todo encaminado, paso a paso, a... Hitler. Sí, todos sabemos cómo termina. Pero sus participantes, atrapados en una foto fija en el momento de hacer lo que estuvieran haciendo, no podían tener ni idea de lo que les esperaba.

¿Habremos aprendido algo?

Lo pregunto porque ahora Weimar nos supone una llamada de atención.

Pero de ningún modo en la forma en que pensamos.

Solo pensamos en Weimar en cuanto al debilitamiento de la democracia estadounidense. Mientras que, realmente, deberíamos pensar en ello en cuanto al mundo.

De momento, nos precipitamos de cabeza a un futuro sin alma pero reluciente; nuestra vida tristemente rutinizada y sin embargo llena de posibilidades desbordantes, condicionada por artilugios sin los que no podemos estar. La tecnología nos ha hecho amos y víctimas hasta un grado que antes ni imaginábamos. Creemos que podemos desafiar a la gravedad, aunque estamos abrumados por una montaña de preocupaciones que llegan instantáneamente a nuestros dispositivos. Se trata de un mundo muy claustrofóbico y privado, aunque también sin límites: podemos conectar con amigos y familiares de todo el mundo, pero con igual frecuencia las personas de la casa o del piso de al lado podrían estar también en otro universo. Esta alienación se transmite de nuestros barrios a nuestra política. La política raramente se ha interpretado anteriormente a un nivel tan intenso, global y trascendental, incluso cuando las comunicaciones electrónicas la han hecho abstracta y por lo tanto más extrema, creando enormes distancias políticas hasta entre nuestros vecinos más cercanos.

Sin embargo, la tecnología también ha contraído nuestro mundo, eliminando la distancia a través de los océanos y entre los continentes. Experimentamos directamente la expansión de nuevas ciudades definidas por la tecnología y los relucientes centros financieros, que parecen ligeramente iguales sin importar en qué

hemisferio o latitud se encuentren. El futuro está aquí, y, estemos donde estemos, permanecemos atascados en el tráfico.

Estamos construyendo una auténtica civilización global que nos conecta a todos, y ese es el reto. Precisamente porque esta civilización global todavía está empezando, y todavía no ha llegado, y no llegará durante algún tiempo, existe este fenómeno de intimidad y distancia entre las diferentes partes del globo. La globalización auténtica seguirá siendo un espejismo hasta que la tecnología y la gobernanza mundial incrementen algunos órdenes de magnitud. Sin embargo, influimos tremendamente los unos en los otros y dependemos los unos de los otros, de modo que todos habitamos el mismo sistema global altamente inestable. Es como en la obra de Sartre *A puerta cerrada*, en la que los tres personajes están encerrados en una habitación pequeña y se atormentan entre ellos. Como no hay espejos en las paredes, solo se conocen a sí mismos a través de la mirada de los demás. De hecho, estamos liberados y oprimidos por la conectividad, con los medios dirigiendo cada vez más a los gobiernos en lugar de ser al contrario. Rusia y Estados Unidos, China y Estados Unidos, Rusia y China, por no hablar de las potencias medias o menores, todas están, debido a sus tensos enfrentamientos y a la forma en que la tecnología continúa estrechando la tierra, llevando a cabo una extraña simulación de la República de Weimar: ese organismo político débil e inseguro que gobernó Alemania durante quince años, desde las cenizas de la Primera Guerra Mundial hasta la ascensión de Hitler. El mundo entero es un gran Weimar en la actualidad, bastante conectado por una parte para influir mortalmente en las demás partes, pero no lo bastante conectado para ser coherente políticamente. Al igual que en diferentes partes de la República de Weimar, nos encontramos en una fase sumamente frágil de transición tecnológica y política.

No veo ningún Hitler entre nosotros, ni siquiera un Estado mundial totalitario. Pero no asuma que la siguiente fase de la historia dará algún alivio a la actual. Es por cautela por lo que menciono a Weimar.

Las analogías pueden ser vanas, lo sé, puesto que no hay nada que sea exactamente igual a otra cosa. Las analogías pueden llevarnos por una senda peligrosa. No obstante, a menudo es la única forma de comunicar y explicar. Mientras por un lado una analogía es una distorsión imperfecta, por otro lado puede crear una nueva conciencia, otra forma de ver el mundo. Solo por medio de una analogía puedo empezar a describir la profundidad de nuestra crisis global. Tenemos que ser capaces de tener en cuenta que literalmente todo puede ocurrirnos. Esta es la utilidad de Weimar.

¿QUÉ FUE WEIMAR EXACTAMENTE?

El gran historiador alemán Golo Mann, hijo del Nobel de Literatura Thomas Mann, se refirió a Weimar como un «imperio sin emperador» difícil de manejar y en crecimiento. ⁴ La Primera Guerra Mundial, que duró cuatro largos años, la que los alemanes pensaron inicialmente que había sido un triunfo, terminó en derrota, con 1,75 millones de militares y casi medio millón de civiles alemanes muertos. El país se hizo pedazos, la estructura de gobierno imperial real se desmoronó, y Alemania estuvo al borde del caos social. Fue este contexto el que condujo a los políticos y legisladores alemanes, reunidos en la ciudad turingia de Weimar, a concebir un nuevo orden constitucional que buscaba evitar las tendencias autocráticas del káiser y, anteriormente, de Bismarck. Pero el nuevo orden era demasiado débil para resistir las presiones de lo que estaba por llegar. No había un vigilante nocturno que mantuviera la paz entre las partes constituyentes. Los estados federales, o *länder*, legislaban por medio del *Reichsrat*, o cámara alta del parlamento, que conservaba todos los derechos que no se habían transferido explícitamente al gobierno central. La nación al completo elegía al jefe del Estado, o presidente del Reich. Luego, el presidente designaba al canciller, quien con su gabinete dirigía el gobierno a instancias del Reichstag, la cámara baja, que era elegida por el pueblo. Dos tercios de Alemania seguían llamándose Prusia y se gobernaba con reglas diferentes a las de los *länder*. En cuanto a

Baviera, que, como Prusia, era un verdadero Estado dentro de un Estado, hubo conversaciones constantes de separación del Reich. Si todo esto parece una versión mucho más complicada de la Constitución de Estados Unidos con su separación de poderes, lo era; y se hizo más difícil de manejar por la anarquía económica y social. Hubo una inflación catastrófica durante los primeros años de Weimar y una depresión catastrófica hacia el final: resultado de una economía de posguerra muy difícil, empeorada por las indemnizaciones exigidas por el Tratado de Versalles, y por las perturbaciones económicas mundiales. Durante el periodo de Weimar de 1918 a 1933, Alemania fue un mundo en sí mismo, vasto y apenas unido, en el que las reglas del orden casi no se aplicaban. Era menos un gobierno que un sistema de partes distantes beligerantes y en competencia, dadas las diferencias de una Alemania en crecimiento y, en términos históricos, unida recientemente. De nuevo, es como nuestro mundo de hoy, con sus grandes diferencias culturales e incluso de civilización, aunque a otro nivel cada vez más unidas al mismo tiempo. En Weimar, el «estado normal era la crisis», escribe sobre Alemania el fallecido historiador de Stanford, Gordon A. Craig. [5](#)

En este sentido, Weimar era como nuestro planeta actual: íntimamente conectado para tener crisis que cruzan océanos, sea COVID-19, una recesión global, grandes conflictos de poder o un cambio climático sin precedentes, cosas sobre las que todos podemos discutir y hablar en la misma conversación. Recordar Weimar es enfatizar y admitir las interdependencias crecientes de nuestro propio mundo, y aceptar la responsabilidad por ello. Así que, más que Estados alemanes interrelacionados, en los que una crisis en uno acaba siendo una crisis en todos, actualmente todos los países están conectados de tal modo que una crisis en uno puede desencadenar un efecto dominó que la convierta en una crisis casi universal. El fenómeno Weimar, por lo tanto, se convierte en un tema de escala.

Por las ciudades y pueblos de Alemania en los primeros años de Weimar deambulaban los *Freikorps*, jóvenes milicianos pendencieros

e indisciplinados que no estaban dispuestos a disolverse tras la Primera Guerra Mundial por temor a sufrir las penurias de la vida civil. Ellos proporcionaron la base de reclutamiento de los primeros soldados de las tropas de asalto nazis. De hecho, ya a mediados de la década de 1920, todos los partidos políticos principales —los comunistas, los socialdemócratas, etcétera— tenían sus propios pequeños ejércitos privados. Los gobiernos de la Gran Alemania estaban constantemente desmoronándose y reagrupándose con gabinetes ligeramente diferentes. Era una sola y prolongada crisis de gabinete en la que todo parecía estar siempre en juego. La autoridad central se agotó solo con intentar mantener el orden, y, en los últimos años de Weimar, de lo único que se hablaba en Alemania era de la política diaria. Fue realmente una auténtica crisis permanente, con una sola sucesión de titulares pasmosos. Tanto el público como los políticos estaban absortos en el momento, en toda su intensidad, incapaces de concentrarse en lo que podría llegar después, porque el presente ya era muy abrumador. Todos estaban al límite y nadie se planteaba hacia dónde se dirigían.

Golo Mann escribe: «Dividida y alienada en sí misma, dirigida por políticos débiles o reacios, la nación se enfrentaba a problemas cuya confusión desesperanzada habría intimidado a un Bismarck». ⁶ Otra vez es una tosca metáfora para nuestro tiempo, en un mundo acuciado por múltiples crisis, cuando uno tiene en cuenta no solo a Occidente sino a todas las zonas turbulentas de Eurasia, del África subsahariana y de Latinoamérica. Lo que llamábamos Tercer Mundo puede no ser más inestable ahora de lo que solía serlo, y, aunque en muchos casos está más desarrollado, la globalización lo ha entrelazado mucho más profundamente con nuestros propios destinos.

Los atentados fueron diversos. Muy conocido fue el asesinato por parte de las *Freikorps* en 1922 del muy competente ministro de Asuntos Exteriores Walther Rathenau, un político liberal judío, filósofo e intelectual. Rathenau había negociado el Tratado de Rapallo, que permitía a Alemania comerciar más con la Rusia soviética en un momento en el que Alemania se encontraba bajo

severas restricciones económicas impuestas por el Tratado de Versalles. Hombres armados lanzaron granadas y abrieron fuego contra él a corta distancia.

Al año siguiente, en 1923, llegó el fallido Putsch de la Cervecería de Hitler, un intento de golpe de Estado que empezó en la Bürgerbräu Keller, una cervecería de Múnich. El hecho habría tenido el aspecto de una ópera bufa de no haber sido tan alarmante: demostrativo del matonismo, la bravuconería, la incipiente anarquía y la incompetencia de los políticos de la época, el Putsch de la Cervecería fue un ejemplo de cómo podían empezar a desintegrarse la ley y el orden incluso en un país avanzado. Empezó cuando líderes bávaros, que estaban furiosos por establecer en Berlín un régimen nacionalista de derechas, se reunieron en la Bürgerbräu Keller para planear una estrategia. Los elementos derechistas de Múnich, la capital de Baviera, llevaban tiempo obsesionados con la decadente y cosmopolita Berlín —tan bien descrita por Isherwood y Döblin— y sus gobiernos democráticos, débiles y derrotistas. Pero Hitler y sus nazis, apoyados por otros grupos paramilitares, temían a estos mismos políticos nacionalistas como rivales potenciales. Hitler entró en la cervecería, respaldado por docenas de luchadores callejeros uniformados y armados con puñales y porras, disparó al aire su pistola y, rodeado por guardaespaldas, se dirigió a la multitud e intimidó a sus líderes a gritos. Sin embargo, este alzamiento de la extrema derecha, dirigido en ese momento por Hitler, empezó a derrumbarse cuando no consiguió capturar edificios clave de la ciudad, y cayó en una desorganización general que dio lugar a distracciones tales como ataques armados efectuados al azar contra judíos y sus negocios en Múnich. Pero, una vez fuera de la vista de Hitler, los nacionalistas bávaros, a quienes él y sus cuerpos armados habían acosado, denunciaron su golpe. En un esfuerzo desesperado por conseguir apoyo, Hitler lideró a dos mil nazis en una marcha atronadora y desenfundada hasta un monumento local, donde la policía de Múnich sofocó el levantamiento de forma sangrienta. Hitler, herido y casi muerto en la refriega —una bala le pasó a menos de treinta centímetros— fue sentenciado a cinco años de prisión, pero a los ocho meses fue trasladado a un establecimiento

penitenciario de mínima seguridad donde se le permitió escribir *Mein Kampf*. ⁷

A partir de entonces, Hitler se comprometió a trabajar dentro del sistema democrático para llegar al poder —de forma ostensible, claro está—, que es exactamente lo que ocurriría una década más tarde. La democracia, cuando es débil e inestable y tiene lugar en un contexto de instituciones vacilantes, no supone una garantía frente a la tiranía. El mundo es grande y diverso y se halla en diferentes etapas de desarrollo político, y el Putsch de la Cervecería guarda lecciones para nuestro tiempo: lecciones sobre lo frágil que es la autoridad gubernamental en muchas partes del mundo y, en consecuencia, lo poco que hace falta para socavarla y provocar crisis que cruzan fronteras.

No obstante, no todo era catastrofismo. Los años centrales y finales de la década de 1920 que se asociaron a Gustav Stresemann —un político liberal realista, sobresaliente en todos los sentidos, que sirvió como canciller y ministro de Exteriores— fueron tiempos de desarrollo económico, florecimiento cultural y compromisos y reconciliaciones en política. Durante ese intervalo hubo una sensación clara de que las cosas estaban mejorando y de que Alemania estaba saliendo finalmente del caos de la posguerra. La diplomacia de Stresemann prácticamente suprimió las restricciones impuestas a la soberanía alemana en el tratado de paz de Versalles tras la derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial, salvo por la cuestión del armamento. Hubo otra oleada de optimismo, al menos momentánea, cuando salió el conservador fiscal Heinrich Brüning a principios de la década de 1930 para dirigir un gabinete imparcial de emergencia nacional. Sin embargo, las dotes de tecnócrata de Brüning no eran equiparables a su instinto político: le faltaba habilidad para llegar a acuerdos y maniobrar en un momento en que intentaba forzar opciones económicas duras y penurias —entre ellas, recortes salariales y un endurecimiento del crédito— sobre la población y los partidos políticos. «Si Brüning hubiera sido un Bismarck, podría, a pesar de las desalentadoras (...) circunstancias, haber sido capaz de conseguirlo», escribe el

historiador Gordon Craig, presentando sus demandas políticas como un asunto de principios asociado a su persona. ⁸El gobierno de Brüning siguió bregando hasta que cayó en 1932. Este gabinete de tecnócratas fue fagocitado por fuerzas extremistas en las calles, tanto comunistas como nazis. Pudo haber sido la última oportunidad real que tuvo la República de Weimar para enderezarse. La historia es shakesperiana al igual que geopolítica, un asunto de contingencias, y, si Brüning no hubiera tenido las limitaciones personales que tenía, la historia del siglo xx podría haber sido enormemente diferente.

Cuanto más abyecto es el desorden, más extrema suele ser la tiranía que sigue, y esto nos lleva al último capítulo de Weimar.

El castillo de naipes de Weimar se derrumbó en 1932 con el penúltimo canciller, Franz von Papen, un jinete aficionado, autoritario y derechista, sin base política, un hombre al que Golo Mann describe como «vanidoso», «irresponsable» y «lamentablemente superficial». El gobierno de Von Papen no fue capaz de hacer nada y no llegó ni a terminar el año. De hecho, en este punto hubo interminables gabinetes compitiendo, aunque ninguna gobernanza real. Pero incluso después de que Von Papen dejara el puesto, permaneció como asesor cercano del presidente Paul von Hindenburg. Cuando se le preguntó por qué Hindenburg, siguiendo el consejo de Von Papen y algunos otros, había nombrado a Hitler canciller el 30 de enero de 1933, Von Papen respondió: «Se equivoca, [solo] lo hemos contratado». «Le hemos encerrado», añadió uno de los amigos de Von Papen sobre Hitler, creyendo que se le podía mantener fácilmente en ese papel. Golo Mann pregunta cuál es el sentido de la existencia humana cuando «una persona de tan poco peso» como Von Papen podía en un momento clave «determinar el curso de la historia mundial». ⁹De nuevo, existen grandes y abrumadoras fuerzas de geografía, cultura y economía, y existen también contingencias basadas en personalidades centrales. La historia mezcla ambas.

Tan solo horas después de que Hitler fuera nombrado canciller, las tropas nazis, tanto los camisas pardas como los camisas negras,

desfilaban con botas de caña alta, en decenas de miles, portando antorchas, aporreando tambores, por las calles de Berlín, cantando canciones de guerra. ¹⁰ Antes de que transcurrieran dos meses, se habían extinguido todas las huellas de la democracia y la República de Weimar no era más que un recuerdo lejano. Había dejado un hueco tan grande que prácticamente cualquier otra cosa podía seguir su estela.

Sí, Weimar había formado un vacío que al final llenó el totalitarismo nazi. Pero nuestro mundo ha de tener hoy un destino diferente. Al igual que Weimar, es un sistema interconectado de Estados en el que en realidad no hay una sola persona que gobierne. Pero la geografía mundial sigue siendo un factor. La Tierra es lo suficientemente grande para que ninguna fuerza política individual pueda dominarla realmente como sucedió al final de Weimar, una república ágil que abarcaba solamente el centro geográfico de Europa. Así que, en vez de correr el riesgo de que ascienda otro Hitler, estamos obligados a centrar nuestra atención en una emergencia de un tipo u otro, sin pausa, mientras las crisis se filtran y rebotan por todo el globo. Weimar es ahora una condición permanente para nosotros, ya que estamos lo suficientemente conectados por medio de la tecnología como para afectarnos mutua e íntimamente, sin tener la posibilidad de una verdadera gobernanza global. Y esa no es la peor consecuencia, puesto que, si no hubiera aparecido Hitler, a la larga Weimar se habría estabilizado por sí misma. Hay bastantes democracias Weimar en el mundo desarrollado, y, de ellas, unas cuantas podrían tener éxito a pesar de todo. La clave está en hacer un uso constructivo de nuestros temores sobre Weimar, para ser precavidos sobre el futuro sin rendirnos al destino.

Winston Churchill enfocó EL problema de Weimar desde una perspectiva amplia:

Hacia el final de la Segunda Guerra Mundial, después de cincuenta millones de muertes, Churchill reflexionó que «si los aliados sentados a la mesa de la paz en Versalles no hubieran creído que

erradicar dinastías con una larga historia era una forma de progreso, y hubieran permitido volver al trono a un Hohenzollern, a un Wittelsbach y a un Habsburgo, no habría existido un Hitler», que llegó al poder en un vacío total de orden generacional. ¹¹ Los Hohenzollern reinaron en Alemania, Prusia incluida. Los Wittelsbach reinaron en Múnich y Baviera, y los Habsburgo reinaron en Austria y Hungría y hacia el este casi hasta el mar Negro. Estas dinastías fueron reaccionarias y perezosamente corruptas. Pero su gestión, que había durado siglos, llevaba la marca de la estabilidad y la legitimidad. Y, puesto que eran intrínsecamente legítimas, sus crueldades nacidas de tendencias autocráticas podían permanecer dentro de límites aceptables. Eran dictatoriales sin ser totalitarios. Es decir, generalmente protegían a las minorías y permitían un respiro político a las opiniones contrarias. Pero, debido a que todos ellos estaban en el lado perdedor en la Primera Guerra Mundial y lideraban sistemas políticos que habían estado en declive incluso antes de la guerra, estos órdenes monárquicos e imperiales fueron relegados al olvido en el Tratado de Paz de París de 1919. El resultado, por decirlo brevemente, fue el Putsch de la Cervecería y actos similares, que tuvieron su origen en un absoluto vacío de autoridad política legítima y dieron lugar a que matones y bravucones crearan disturbios e invadieran el espacio político.

Churchill podría haber hecho la misma argumentación en cuanto a los Romanov y los Osmán. Situadas en los límites este y sureste de Europa, estas casas reales e imperios eran más incultos que sus primos imperiales del centro cultural del continente. Pero lo que iba a seguirles sería generalmente peor. De hecho, el siglo xx en Europa, Rusia, Oriente Próximo y Oriente Medio fue determinado por la caída de imperios dinásticos antiguos en las primeras décadas, y por la guerra mundial, los asesinatos en masa, la hambruna infligida por el Estado y la agitación geopolítica en las últimas décadas. Las dinastías descartadas tras la Primera Guerra Mundial en Europa central representaban el antiguo mundo imperialista, que había mantenido su influencia durante siglos y milenios, y en el que había sociedades cosmopolitas de distintas etnias y religiones que

convivieron razonablemente bien, dadas las circunstancias en cada caso, gobernadas como estaban por un soberano común. Compare ahora eso con lo que iba a llegar después, que a menudo fueron Estados modernos virulentos y democracias inestables y de etnia única que con frecuencia se identificaban con un grupo étnico o religioso dominante frente a otros, estableciendo el escenario para la Segunda Guerra Mundial, seguida de la Guerra Fría, y tras ella, guerras en Oriente Próximo y Ucrania que implican a regímenes que habían surgido del vacío de la autoridad real.

Churchill vio todo esto porque era un hombre de imperio: reaccionario de la época eduardiana que había experimentado guerras coloniales en África de primera mano y, debido a su orgullo por Britannia, estaba dispuesto a luchar contra Hitler desde muy al principio, antes de que muchos otros miembros del poder británico hubieran siquiera reconocido a la Alemania nazi como una amenaza. El imperialismo de Churchill era inseparable de su oposición al nazismo, con todo lo incómodo que pueda resultar aceptar esto. Churchill identificó a Hitler, como hiciera el joven Henry Kissinger mediante una analogía con Napoleón, como un «cacique revolucionario» que amenaza el orden mundial. ¹² Tanto en la mente de Churchill como en la de Kissinger, el orden mundial puede no ser totalmente justo o incluso compasivo, pero constituye la máxima legitimidad política posible en el ámbito profano de los asuntos humanos.

En realidad, el orden debe ir antes que la libertad, porque sin orden no hay libertad para nadie. La República de Weimar, porque carecía del orden requerido, acabó siendo una amenaza para la libertad, a pesar de la explosión artística que favoreció. Siendo como es la naturaleza humana, el orden debe ser la virtud política primordial. Sin él, como dice Hobbes, no hay nadie que dictamine lo que está bien y lo que está mal, que separe al culpable del inocente, así que no solo no hay libertad sino que tampoco hay justicia. Estas son las reflexiones centrales de los conservadores clásicos (que prefieren la estabilidad a espejismos de progreso) de las que emanan todas las demás reflexiones. Como es obvio, la libertad

individual lleva consigo cierta cantidad de desorden incómodo, especialmente en una democracia de masas como la de Estados Unidos. Pero no es de eso de lo que hablo. Hablo de un sistema político seguro, estable y ordenado en el que las reglas se cumplen. El fallecido científico de Harvard Samuel Huntington explicaba que lo que hacía grande a Estados Unidos no eran tanto sus ideales como sus instituciones, incluyendo la separación de poderes entre los brazos ejecutivo, legislativo y judicial, y entre las autoridades federales, estatales y locales. La presidencia de Donald Trump de 2017 a 2021 puso a prueba esas instituciones, que se mantuvieron firmes a pesar de todo. Aunque Weimar se vanagloriaba de una abundancia de libertad artística y cultural, su falta fundamental de un orden político e institucional hizo posible a Hitler, a través de las maquinaciones de Von Papen y algunos otros igual de involucrados, y actuando en un total vacío de restricciones. A principios de la década de 1920, Hitler había intentado derrocar violentamente a un gobierno democrático, pero pasó muy poco tiempo entre rejas por ello. Esa era la marca de un sistema débil, dividido por acuerdos y compromisos secretos, que no creía en sí mismo. En última instancia, la democracia de Weimar no tenía salvaguarda frente a Hitler, si bien los monarcas de las casas Hohenzollern y Wittelsbach, incluso los constitucionales con escaso poder auténtico en Berlín y Múnich, bien podrían haberse ocupado si hubieran permanecido en su puesto tras la Primera Guerra Mundial. Eso, porque la propia antigua tradición de esas monarquías habría ayudado a estabilizar sus sistemas de gobierno. Habría hecho más serios a los políticos, y menos temerosos, puesto que habrían estado manteniendo algo místico y digno de estima que incluso hubiera resistido la prueba del tiempo. De nuevo, Churchill acertaba con su defensa de las familias reales de Europa central, a pesar de haber estado implicadas en una desastrosa guerra mundial que había matado a millones de personas. Sí, la historia nos muestra que el camino que tenemos por delante no es fácil.

La democracia ha funcionado en Occidente y en algunos otros lugares durante varios cientos de años, mientras que el ejemplo moral de reyes y reinas, basado en, según dio a entender el

periodista británico del siglo XIX Walter Bagehot, su poder estético, emocional y numinoso, ha estabilizado vastas partes de la tierra durante milenios. Por lo tanto, declarar que ha llegado una época de democracia por todo el planeta, en la que antiguos imperios van a ser sustituidos por nuevos Estados, puede que no presagie algo tan bueno como pensamos. Recuerde siempre que las monarquías decorativas que existen en Gran Bretaña, España y el norte de Europa, especialmente en Escandinavia, siguen desempeñando un papel vital en la relativamente aburrida estabilidad de la política de esos países. «La institución monárquica, despojada de su poder absoluto», escribe el teólogo estadounidense del siglo XX Reinhold Niebuhr, posee virtudes que surgen de «la voluntad y unidad continua de una nación en contraste con la voluntad momentánea incorporada en gobiernos específicos». ¹³ Damos por sentadas esas casas reales solo porque su presencia está asegurada. Gran parte del resto del mundo no tiene tanta suerte. Porque el mundo en general ha perdido a sus reyes e imperios, la libertad misma ha hecho que las posibilidades de agitación sean todavía más reales. Esto es particularmente cierto en lugares como Rusia, China, Oriente Próximo y Oriente Medio, donde la regla monárquica, con su legitimidad inherente, ha sido sustituida por dictaduras modernizantes que tienen que ser doblemente agresivas y represoras para justificar su permanencia en el poder.

En cuanto a la llegada de Estados democráticos en otras partes del mundo, la responsabilidad de moderación y gobernanza prudente es ahora suya como nunca antes en su propia historia lo ha sido. Ya no hay un soberano a quien recurrir. La razón de que el siglo XX y los inicios del siglo XXI hayan sido tan sangrientos radica en que la fuerza estabilizadora de la monarquía en Europa central, Rusia, Oriente Próximo y Oriente Medio, así como en otros lugares, en términos históricos profundos, desapareció de repente. Creemos que hemos progresado moralmente en nuestros valores, con un énfasis sin precedentes en aspectos tales como los derechos humanos y el medio ambiente, pero esto no dice mucho sobre la estabilidad de un sistema global acuciado por intereses enfrentados, alimentados por

la agresión de dictaduras modernizantes en lugares como Rusia y China. Y este sistema global está estrechamente unido como nunca antes, lo que nos lleva de nuevo a la analogía con Weimar.

Los últimos años y meses de Weimar recuerdan mucho a la Revolución rusa de 1917, cuando Rusia cayó en una total anarquía tras la abdicación del zar, preparando el camino para el golpe bolchevique de ocho meses después. Lo opuesto a la anarquía es la jerarquía, de la que deriva el orden. Y quitar al zar eliminó la única jerarquía verdadera que existía en Rusia. En este sentido, la Revolución rusa es más que simplemente un corolario de la apoteosis final de la República de Weimar. Es una amplificación panorámica: una llave maestra para toda la experiencia y consecuencias del desorden político. Y la forma más eficaz de investigarlo es a través de los libros de un hombre, Aleksandr Solzhenitsyn. Por lo tanto, merece una descripción minuciosa.

Aleksandr Solzhenitsyn nació en 1918, un año después de la Revolución rusa. Sirvió en el Ejército Rojo como oficial artillero contra los alemanes en la Segunda Guerra Mundial, y, debido a una carta que escribió hacia el final de su servicio militar criticando a Stalin, cumplió ocho años de trabajos forzados en el gulag de Kazajistán. Pero quizá el periodo más importante de su vida lo pasó cerca de la pequeña aldea de Cavendish (Vermont, Estados Unidos), donde durante diecinueve años de soledad escribió varios de los voluminosos libros que componen la serie *Red Wheel*, una historia prácticamente paso a paso de la Revolución rusa. Deténgase y piense: exiliado de la Unión Soviética por exponer sus enormes crímenes contra la humanidad en sus libros anteriores, y, tras ganar el Premio Nobel de Literatura por ese esfuerzo, Solzhenitsyn le dio la espalda al tipo de trato que, por ser una celebridad, podría haberle esperado en Nueva York y en capitales europeas; en 1975 se estableció con su familia en el campo de Vermont, en un paisaje frío y desolado cuyos inviernos se aproximaban a los de Rusia, y se dedicó a escribir. Cavendish estaba especialmente alejada, con una

tienda rural que vendía «armas y munición». Era un mundo aparte de las estaciones de esquí o del otro Vermont más cosmopolita asociado a Bernie Sanders. Evitando generalmente las visitas durante las dos décadas siguientes, Solzhenitsyn escribió unos seis libros, de una media de aproximadamente 750 páginas cada uno, que juntos contaban la historia de la anarquía de la Revolución rusa y sus precedentes, acompañada de un aviso para el siglo XXI . Este acto de pura energía, concentración, autodisciplina y renuncia a los placeres y satisfacciones mundanos convencionales, ofrecidos incluso por una élite literaria escéptica, estaba en el espíritu del propio monacato oriental de Rusia. Esto hizo de Solzhenitsyn, un tradicionalista conservador fallecido en 2008, no solo un gran hombre de la literatura, sino uno de los grandes hombres del siglo XX .

La serie *Red Wheel* consta de diferentes nudos, o «nodos», como Solzhenitsyn prefirió llamarlos más tarde: *Agosto de 1914* , *Noviembre de 1916* , y hasta ahora, cuando escribo, tres gruesos tomos de *Marzo de 1917* . (Saldrán más, ya que el trabajo de traducción [al inglés] de Marian Schwartz continúa). Excepto el primer volumen, *Agosto de 1914* , los demás fueron escritos básicamente en el exilio autoimpuesto en Vermont, antes de que Solzhenitsyn volviera a Rusia tras la disolución de la Unión Soviética.

De nuevo, es amparado en la ficción donde un escritor puede decir la verdad con más precisión. Estas novelas son historia contada con el espíritu del tiempo presente. Solzhenitsyn parece no dejarse nada, ni siquiera el tedio de un desquiciado maratón de noches en vela en los palacios de Petrogrado y de otros lugares, avivado con té y alcohol. Revive y recrea cómo sucedió todo en Rusia en la segunda década del siglo XX , y no permite que este giro de los acontecimientos mundiales sea envilecido por historiadores listillos de retrovisor y los cómodos juicios de valor de nuestro tiempo. Porque su difícil e inapelable mensaje está pensado tanto para Occidente como para sus conciudadanos rusos.

Solzhenitsyn demuestra —no simplemente afirma— la necesidad de orden por encima de todo lo demás. El orden de la Rusia

prerrevolucionaria constituía una totalidad medieval representada por el absolutismo de la dinastía Romanov. El zar Nicolás II era bobo, indeciso y autodestructivo. No tenía criterio. Pero, por mucho que Nicolás se refugiara en un pasado reaccionario —a la vez que la sociedad rusa estaba experimentando los dolores del parto de la modernización—, sencillamente no podía haber Rusia sin monarquía. Ay, Nicolás era tan comprensiblemente odiado como necesaria era su familia: esta es la destacada tragedia que Solzhenitsyn capta en estas novelas.

Más adelante volveré al zar con más detalle. Pero quiero empezar con los puntos más extensos de Solzhenitsyn y luego describir una imagen más amplia de la Rusia prerrevolucionaria en la Primera Guerra Mundial y su subsiguiente agitación política, tal vez la mayor del siglo xx , que tiene repercusión hasta hoy y es clave para el conjunto de mi tesis de Weimar.

Es una presunción del mundo moderno, y en particular de Occidente, sugiere Solzhenitsyn, que la historia esté gobernada por la razón. La razón es como un hacha para el árbol vivo y en desarrollo de la historia, con sus ramas enrevesadas, cada célula y molécula surgiendo por pura contingencia, un edificio sobre el siguiente —para que los grandes acontecimientos surjan de innumerables tramas e hilos—. En estos libros, Solzhenitsyn ofrece un tratado sobre la sinrazón y la posterior creación del mundo moderno en el siglo xx , en el que el eje de la razón, tal y como lo dice, es raro, y, cuando se derrumba, da lugar al terror absoluto.

La Revolución rusa, como el ascenso de Hitler, ha resultado ser el más accidental de los acontecimientos, que empieza con una guerra compleja y fallida y termina con un débil golpe bolchevique que pone en movimiento una mortandad prácticamente sin parangón en la historia, que acabaría con la vida de decenas de millones de personas. Además, nada de esto podría haber sucedido si el resueltamente eficaz y políticamente moderado primer ministro ruso, Piotr Stolypin, una auténtica fuerza para la estabilidad y la agencia humana, no hubiera sido asesinado en el teatro de la ópera de Kiev

en septiembre de 1911. La muerte de Stolypin fue la que puso fin a toda esperanza de que en la corte de Nicolás hubiera una gobernanza aceptable.

«Cuando las cosas están demasiado claras, ya no son interesantes», dice uno de los personajes del autor. Solzhenitsyn sabe que un manojo de pasiones puede decidir una acción aparentemente racional y sin ambages, por no hablar de las decisiones más importantes que pueden tomarse en un estado de ánimo momentáneo: por ejemplo, la decisión del asesino de dar muerte a Stolypin. La retrospectiva es perezosa respecto a esto, da a entender Solzhenitsyn, ya que reduce la complejidad a una falsa claridad. Él sustituye la retrospectiva por una multitud de personajes que piensan y actúan en el momento, de modo que, al principio de la Primera Guerra Mundial, «el reloj del destino estaba suspendido sobre toda la Prusia oriental, y el tictac de su péndulo de casi diez kilómetros podía oírse mientras oscilaba del lado alemán al lado ruso y al contrario otra vez». ¹⁴ De hecho, la vida y muerte de batallones enteros de hombres, como el autor demuestra con mucha habilidad, puede deberse a un movimiento erróneo del lápiz en el mal iluminado mapa de campo del general. La predicción es imposible. Solo aceptando el pasado y siendo conscientes del presente podemos intuir el futuro.

La disección de Solzhenitsyn de la derrota rusa en la batalla de Tannenberg, que abarca buena parte de la acción de *Agosto de 1914*, debería estudiarse de todas las escuelas militares de guerra. Sin este fracaso, bien podría no haber habido abdicación de Romanov ni Lenin y, por lo tanto, tampoco el siglo xx tal y como lo conocemos. Al igual que en la Alemania de Weimar o en nuestro mundo interconectado actual, en aquellos años Rusia era tan institucionalmente frágil que cualquier hecho significativo podía hacerla salir de su camino. La capacidad de la guerra de Ucrania de afectar a la trayectoria de la geopolítica del siglo xxi, en formas que únicamente se perciben ahora, resulta más palpable cuando se lee el análisis de Solzhenitsyn de la batalla de Tannenberg, que ocupa cientos de páginas y es panorámico, inmersivo y magistral; el

equivalente en tinta de máquina de escribir a la pintura *El combate entre don Carnal y doña Cuaresma* de Pieter Brueghel el Viejo. Como cualquier escritor de grandes epopeyas, Solzhenitsyn sabe muchas cosas diferentes: los detalles técnicos de las formaciones de artillería y las maniobras de campo, el proceso mental por el que soldados medio muertos de hambre, sobreagotados y mal dirigidos, se convierten en saqueadores, y cómo afectan los pequeños cambios en el terreno a las marchas forzadas; tan bien como el lugar de las estrellas en el cielo nocturno y los nombres de muchos santos ortodoxos.

En Europa, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, el orden en sí, que había durado más o menos un siglo desde el final de las guerras napoleónicas, estaba totalmente aceptado. En otras palabras, muy pocos pensaban trágicamente en el objetivo de evitar la tragedia. No se daban cuenta de que el pesimismo puede ser constructivo y ayudar a los Estados a evitar la catástrofe. Daban por sentada su buena fortuna y asumían que sería una situación permanente. La guerra entre Rusia y Alemania empieza en una vorágine de emociones en las páginas de Solzhenitsyn. La euforia era general, especialmente en Moscú y Petrogrado. Al fin y al cabo, esta guerra era de las que «no se podían rechazar». Las «obligaciones históricas» con los hermanos eslavos de Serbia era sagrada. «Una guerra europea no puede ser un conflicto prolongado». ¹⁵ Naturalmente, la ingenuidad popular que precedió a la Primera Guerra Mundial es una vieja historia que se ha utilizado en muchos libros. Pero Solzhenitsyn sigue adelante, ilustrando en su saga cómo la misma inocencia llevaría a cabo todo el proceso revolucionario en Rusia, en el que palabras como «guerra» y «revolución» significaban cosas muy diferentes para personas cuyo marco de referencia llegaba solo hasta finales del siglo XIX. Por lo tanto, no tenían ni idea de que la historia podía virar bruscamente en una nueva era tecnológica. No sabrían que el nuevo conflicto militar no se parecería a la guerra franco-prusiana de 1870-1871, o que la revolución que iba a llegar no traería nada como la Revolución francesa de 1789, que incluso con El Terror fue totalmente benigna

comparada con lo que le esperaba a Rusia. La gente caminaba dormida y de espaldas hacia los horrores del siglo xx , acuchillada ciegamente por sus hojas giratorias. Podríamos hacer una pausa para aprender una lección de esto. Porque el pasado, hasta este punto del tiempo, es todo lo que conocemos, debemos practicar siempre un nivel monumental de prudencia con el fin de proteger a nuestra civilización para que no caiga en un desorden hasta ahora inimaginable. Solzhenitsyn no nos dice nada de esto; lo ilustra mediante docenas de personajes desarrollados con todo detalle. La Primera Guerra Mundial, en la interpretación de Solzhenitsyn, define los horrores del modernismo en sí mismo con su rechazo al pasado, ya que dejamos atrás las sociedades tradicionales con sus límites claros y ordenados y entramos en un mundo sin fronteras. Aquí la propia escala se convierte en generadora de crisis, exactamente como en nuestro mundo de hoy.

Tal reino sin fronteras se define por yuxtaposiciones. La Primera Guerra Mundial en el frente oriental empieza con el perturbador espectro del hecho contundente de la cultura nacional evocándose a sí misma. Solzhenitsyn se centra en los aspectos deterministas más obvios de la realidad basada en la Verdad Fundamental que nuestras élites políticas e intelectuales quieren evitar a veces. A saber, un soldado ruso se asombra de la pulcritud del paisaje alemán en cuanto cruza la frontera: la ordenada disposición de las casas de ladrillo, las pocilgas y los manantiales. La iluminación eléctrica hasta en lo más profundo del interior rural y las carreteras bien cuidadas que atraviesan los limpios bosques, prácticamente rasurados, indican una «limpieza inhumana» y un «orden de plaza de armas» espeluznante para un campesino ruso acostumbrado a la mugrienta tristeza de su casa y su aldea. ¹⁶De aquí fluyen muchísimas páginas de descripción de la desorganización y chapucería militar rusa, con una cadena de mando y cuerpo de oficiales generales corrupta por un sistema zarista absolutamente podrido. Los generales rusos hacen brindis con alcohol en comidas abundantes en medio de una campaña militar. Se ordenaba una retirada después de ganar terreno en una batalla horrorosa, simplemente para proteger la reputación

del general frente a la expectativa de que hubiera más pérdidas. En los niveles más altos casi siempre se dan la evitación del riesgo y la recompensa de la mediocridad. Al escribir tan bien sobre el pasado, escribe también sobre el presente. Solzhenitsyn, el nacionalista, se habría entristecido por la catástrofe militar rusa en las primeras fases de la guerra de Ucrania. Pero seguro que no le habría impactado.

Solzhenitsyn dirige su simpatía más bien hacia los oficiales de nivel medio, quienes «llevan todos la marca indeleble de un pasado parecido: tradición militar, largos periodos de servicio en el cuartel en un mundo aislado del resto de la sociedad; un sentido de alienación, de ser despreciados por esa sociedad y ridiculizados por escritores liberales». ¹⁷ Solzhenitsyn es el patriota por antonomasia; el que, con profundas creencias en el Dios cristiano ortodoxo, reconoce la primacía de la cultura y empatiza con los militares, incluso cuando ha de exponer cada aspecto de un sistema decadente y autocrático que le ha fallado a su propio pueblo. La singularidad de Solzhenitsyn descansa sobre su profundo conservadurismo político, combinado con un genio de la narrativa a la altura de Tolstói, y abarcando, como este maestro, muchos universos: desde los horrores del frente rumano en la Primera Guerra Mundial hasta las exaltaciones del enamoramiento en la mediana edad y las fantásticas cenas en salones privados con abundante salmón y esturión ahumados, caldo, crema agria y vodka de serbal.

Solzhenitsyn ve una guerra innecesaria que reacciona en cadena en una sociedad diseminada por la mitad de las longitudes de la tierra. Es una sociedad que durante varios años ya ha estado desmoronándose hasta el caos: con inflación, escasez de alimentos, total disfunción burocrática, una dinastía rayando en la pura «impotencia» e «indecisión», y una agitada дума dada a discursos interminables, floridos y que no conducen a nada, en la peor de las tradiciones parlamentarias. ¹⁸ Aquí, mucho más que incluso en la Alemania de Weimar, está la auténtica textura de la anarquía, con multitudes que atacan a la policía con piedras y trozos de hielo,

mientras la policía, a su vez, teme a los cosacos. Se libera a los criminales de las prisiones. Los soldados desertan del ejército después de casi matar a golpes a sus oficiales. Los motines conducen al desmoronamiento de la Flota del Báltico. Es como si a toda la organización militar rusa se la estuvieran comiendo «microbios». El ejército, la «más estable de las organizaciones de la sociedad» se está «fundiendo y derramando». ¹⁹ Bandas de incendiarios prenden fuego a edificios públicos. Todo el personal de las oficinas del Gobierno desaparece. Unos jóvenes derriban una estatua del gran primer ministro modernizador Stolypin. Mientras tanto, se deja a un batiburrillo de partidos y facciones de partidos para que debatan entre ellos. La charla distendida de borrachos presupone que, si al menos el gobierno cambiara, todo sería mejor y más humano. Hay júbilo general. Bandas que tocan en las calles. Personas que no se conocen se abrazan al pensar que se han librado del zar. Hay casi un romance sobre el futuro, sobre cualquier destino salvo el presente zarista.

Naturalmente, nadie en este punto del tiempo podía prever la gran máquina mortal bolchevique que estaba a punto de llegar; igual que nadie en los vertiginosos, artísticos y caóticos días de Weimar podía prever a Hitler y los nazis; e igual que nadie que viva ahora puede prever exactamente cómo otra guerra innecesaria, esta vez la de Vladímir Putin en Ucrania, podría tener una reacción en cadena con otras agitaciones para fraguar un mundo nuevo en crisis permanente. La Primera Guerra Mundial fue una guerra innecesaria que, en virtud de su escala global, al final tuvo enormes consecuencias: el nacimiento del nazismo y el comunismo. La guerra de Ucrania, a pesar de su horizonte de muerte y destrucción, no es de la misma magnitud. No obstante, se produce en un momento de mayor integración global, por lo que sus efectos, en los años venideros, podrían tener también las más graves consecuencias, para bien o para mal. De modo crucial, es la integración muy restringida de nuestro mundo a través de la tecnología lo que da a cada gran acontecimiento dentro de él un significado añadido, de modo que no haya tiempo de recobrar el aliento. Estamos

abrumados constantemente. La descripción de Solzhenitsyn de Rusia en desorganización refleja vagamente lo que nosotros mismos hacemos en muchas partes del mundo. ¿Somos más perceptivos ahora sobre lo que le espera a nuestro planeta de lo que lo eran los rusos de 1917, o toda Europa en 1914, y ya puestos, los alemanes de las décadas de 1920 y 1930?

El orden, no importa cuán complejo sea el organismo social, se basa en algún tipo de cadena de mando, o de muchas cadenas de mando. La jerarquía lo es todo, especialmente en Rusia, que era un organismo inmenso y geográficamente ilimitado al que le faltaba una clase media auténtica. Y es la dispersión de la jerarquía lo que Solzhenitsyn describe en términos casi táctiles. Instituciones como la familia real, la burocracia imperial, la duma y la policía dejan poco a poco de funcionar, o incluso de rendirse cuentas unos a otros adecuadamente, en el transcurso de estas novelas.

En este proceso revolucionario completo, lo que más penetra en la conciencia del lector inteligente es la locura de las multitudes asociada al romance e irresistibilidad del extremismo, de modo que una minoría acaba cambiando la historia. Escuche las palabras atemporales de Solzhenitsyn, escribiendo en tiempo presente durante la Primera Guerra Mundial:

Desde hace mucho tiempo, ha sido peligroso interponerse en el camino de la revolución y no se han corrido riesgos por ayudarla. Quienes han renunciado a todos los valores tradicionales rusos, la horda revolucionaria, las langostas del abismo, vilipendian y blasfeman y nadie se atreve a hacerles frente. Un periódico de izquierdas puede imprimir el más subversivo de los artículos, un orador de izquierdas puede pronunciar el más incendiario de los discursos; pero intenta señalar los peligros de tales palabras y todo el bando izquierdista alzará un aullido de denuncia. [20](#)

Nadie interfiere con la turba, y mucho menos la refinada y iay!-tan-educada *intelligentsia* rusa, que ve a la izquierda radical como compuesta de un arquetipo más puro y destilado de sus propios valores, y solamente despierta de sus sueños cuando ya es demasiado tarde. Ese es otro de los pilares de la tragedia, según revela Solzhenitsyn. La tiranía de la virtud perfecta, en cuanto a raza

y política exterior, que ha pululado por nuestras universidades de élite en los últimos años, habría aterrorizado obviamente a Solzhenitsyn.

Solzhenitsyn es un hombre de libertad profundamente moral, como el filósofo político Daniel J. Mahoney ha observado. Pero, como hombre de libertad, se da cuenta, como todos los conservadores, de que sin orden, no me canso de repetirlo, no hay libertad para ningún hombre. Y cuanto mayor es el desorden, mayor es la represión que le sigue.

De todos los personajes de la saga de Solzhenitsyn que no son ficticios, sino históricos, el realizado de forma más vívida es Vladimir Lenin, a quien Solzhenitsyn capta en el exilio en Suiza en las páginas de *Noviembre de 1916*. Lenin, tal y como dice un contemporáneo suyo, es un bloque de granito, alguien que no tiene humanidad y está permanentemente centrado en un problema. El entorno de Lenin en *Noviembre de 1916* es un mundo de revolucionarios rusos emigrados en Zúrich y Ginebra: un mundo que Joseph Conrad describe brillantemente en su novela de 1911 *Bajo la mirada de Occidente*. Los personajes de Conrad parecen, como ha observado un crítico, «simios de una selva siniestra» en la que Conrad anuncia que «el espíritu de Rusia es el espíritu del cinismo... Porque es la marca de la autocracia rusa y de la revuelta rusa», ya que las revoluciones empiezan con idealismo y terminan con fanatismo. [21](#) Solzhenitsyn no es cínico en la forma en que lo es Conrad, el polaco. Pero su descripción de Lenin es, no obstante, bastante despiadada:

Todo lo que le faltaba a Lenin era anchura. La salvaje e intolerante estrechez del cismático nato utilizó su tremenda energía en cosas inútiles: fragmentando este grupo, desvinculándose de aquel... desperdiciando su fuerza en luchas sin sentido, sin nada que mostrar salvo montones de papel garabateado. Esta estrechez cismática le condenó a la esterilidad en Europa, no le dejó futuro salvo en Rusia, pero también lo hizo indispensable allí para cualquier actividad. ¡Indispensable ahora! [22](#)

Y de eso se trata. En cuanto se va de Europa y vuelve a Petrogrado, Lenin se convierte en el hombre más concentrado de Rusia, de hecho quizá el único hombre concentrado en Rusia, un hombre cuya

mente estrecha —chirriando como el engranaje de un reloj— se centra en un tema. En esto es como Hitler a finales de la década de 1920 y principios de la de 1930. Mientras todos están discutiendo sobre política, Lenin, como Hitler, planea meticulosamente cómo hacerse de verdad con el poder, que, como deja claro el vasto lienzo de Solzhenitsyn, está, como se suele decir, tirado en la calle esperando que lo recojan (como fue en el Berlín de Weimar). De hecho, en momentos caóticos, desordenados y vulnerables, los políticos y la intelectualidad pueden estar paralizados por la gente singular y fanática que está centrada de verdad, y depender de las titubeantes instituciones para que los detengan o los retarden. Tal y como un periodista, testigo en Petrogrado en aquel momento, el estadounidense John Reed, dijo en *Diez días que estremecieron al mundo*, «los bolcheviques, en una noche, habían hecho desvanecer» el antiguo régimen, «como se sopla para alejar el humo». ²³ A las dos de la mañana del 7 de noviembre de 1917, mientras empezaba el golpe bolchevique, Lenin le dijo a Trotsky: «De ser fugitivo al poder supremo: es demasiado. Me da vértigo». ²⁴ Esto es agencia humana, el poder del individuo, en su momento más alto, aunque no del tipo que los idealistas intelectuales contemplan.

«Solo hay un contrafuerte: ¡el hechizo del nombre del zar!» dice alguien en *Marzo de 1917, Nudo III, Libro 1*. «La gente es en general indiferente a diversos partidos y programas, pero no al hecho de tener un zar». ²⁵ De toda la violencia descrita en estos libros, quizá la más aterradora es la visión del retrato de cuerpo entero del zar colgado en la дума, destrozado por las bayonetas. A pesar de todos sus errores monumentales, la monarquía era el único hecho de estabilidad comprensible en Rusia. Por muy retrasada, reaccionaria e inútil que fuera la monarquía, la perdurabilidad había dado legitimidad a la línea real de Nicolás II, permitiéndole gobernar sin el acero afilado de ninguna de las ideologías extremas del siglo xx, con todos sus espantosos *ismos*. Es por esto, como explicaba el filósofo Daniel Mahoney, por lo que Solzhenitsyn llegó a ver la a menudo olvidada Revolución de Febrero que llevó al poder al

demócrata Aleksandr Kérenski como «la revolución auténtica y el desastre duradero», por la completa ilusión que presentaba de una clase media estable, ya que derribaba el orden monárquico y conducía a Rusia a una total anarquía de la que solo podía surgir un golpe bolchevique, la Revolución de Octubre. [26](#)

El «vaivén del peso de la historia», como lo llama Solzhenitsyn, puede determinarse por los hechos más simples. [27](#) Si Nicolás no hubiera abdicado, tanto por él como por su hijo; si el gran duque Miguel Alexandrovich no hubiera sido obligado a abdicar casi inmediatamente después de que la corona pasara de Nicolás a él; si el de algún modo más capaz gran duque Nicolás Nikoláievich hubiera podido asegurar el trono tras su mandato militar en el Cáucaso; si Stolypin no hubiera sido asesinado; si Kérenski hubiera tenido mejor instinto político y hubiera sido algo más que solo un orador dotado e influyente; si la hemofilia del zarévich Alekséi no hubiera distorsionado la vida y la política de la familia real... mucho podría haber sido diferente. Los bolcheviques podrían no haber obtenido el control del modo en que lo hicieron y cuando lo hicieron. Como en Weimar, las consecuencias del desorden significaban que había demasiado colgando de un hilo, y, puesto que la propia Revolución rusa colgaba de un hilo, también lo hacía la trayectoria del siglo xx .

El crimen seminal del siglo xx que, dados los diversos regímenes que aparecieron en Rusia, se transmitió con su segundo y tercer efecto al siglo xxi , fue el asesinato de la familia de Nicolás II, incluyendo a todos sus hijos, en julio de 1918 en Ekaterimburgo, ordenado probablemente por el propio Lenin. Si puedes matar deliberadamente a niños a quemarropa con pistolas y bayonetas, pues bien, podrías matar a millones de personas.

También podemos incluir el asesinato de toda la familia real iraquí, en julio de 1958, por oficiales del ejército naserita, cuarenta años después y en el mismo mes del asesinato de los Romanov, que condujo a una línea de dictadores militares que culminó con Sadam Huseín. Luego fue la abdicación forzosa del sah Mohamed Reza Pahlevi, en Irán, justo cuando estaba contemplando reformas, lo que condujo a la Revolución islámica. Si la dinastía Pahlevi hubiera

permanecido en el trono, Irán podría haber evolucionado a finales del siglo xx hacia una monarquía constitucional prooccidental y, en términos económicos, haberse convertido en una versión de Corea del Sur en Oriente Medio.

Repito, fue Churchill quien prefería la restauración tanto de los Romanov como de los Hohenzollern, aunque solo fuera como figuras decorativas, para evitar a un Lenin y a un Hitler. Solo en sus primeros meses, la policía secreta de Lenin ejecutó a casi quince mil personas, cerca del doble de los ejecutados por los Romanov en todos los siglos anteriores. ²⁸ Eso fue entonces el siglo xx : un hachazo que dio fin al Viejo Mundo con todas sus tradiciones estabilizadoras, que permitió el ascenso de movimientos abstractos y utópicos desde los nazis a los bolcheviques, Pol Pot y el ayatolá Jomeini, cada uno a su manera constituyendo una dictadura de virtud perfecta, ya que en cada caso la ideología era primordial. Pues, como escribió Kissinger en *Un mundo restaurado* , «el problema más básico de la política (...) no es el control de la maldad sino la limitación de la rectitud». ²⁹ Es el sentir de superioridad moral lo que hay en el corazón de las peores tiranías: la creencia de que tus oponentes pueden ser destruidos porque a tus ojos son fundamentalmente ilegítimos. Esto es lo que finalmente trajo la gran anarquía por toda Rusia. Solzhenitsyn era conservador porque creía en la tradición, y, por lo tanto, en la moderación. Su *Red Wheel* advierte de un futuro con todas sus aterradoras innovaciones tecnológicas e ideológicas. Siempre estará de actualidad.

Naturalmente, no habrá vuelta atrás en el siglo xxi en nada relacionado con la monarquía, con su legitimidad inherente que conjura la inclinación a la ideología extremista y el control violento. Estamos completamente solos en un mundo al que la tecnología convierte en algo íntimo, con su tendencia a desestabilizarse por eslóganes simplistas de los medios de comunicación social y dominós financieros frágiles; y, puesto que sus partes individuales pueden ser en gran medida gobernadas moderada y

democráticamente, sus interacciones muy estrechas, entre ellas la destrucción de los poderes desde dentro, grandes y pequeños, van hacia un Weimar geopolítico.

En este Weimar geopolítico, si bien el poder monárquico —aparte de la península arábiga, con sus reyes, sultanes y emires— se ha desvanecido hasta casi el olvido, el legado del totalitarismo, especialmente el comunismo, permanece autoritario e insensibilizado, contribuyendo a nuestra subyacente inestabilidad. China y Corea del Norte son todavía oficialmente sociedades comunistas, mientras tres cuartos de siglo de comunismo, incluyendo décadas de estalinismo, han hecho suficiente daño a la civilización en Rusia como para dejar su impronta en el gobierno asesino de Vladímir Putin. El totalitarismo, que esencialmente significa que no se permite a ningún ser humano ninguna acción —ni siquiera un pensamiento— fuera de la supervisión del Estado y el permiso del Estado, es un invento del modernismo. Soporta el desdén del modernismo por el pasado, las tradiciones y los métodos de gobierno tradicionales, entre ellos principalmente la monarquía. Se puede observar incluso en la actualidad el daño físico inflingido por el totalitarismo comunista en la «industrialización de la arquitectura» del líder soviético Nikita Jrushchov, con sus «edificios prefabricados, hormigón armado y pisos estandarizados» que siguen afeando muchas ciudades del antiguo bloque soviético en la actualidad y les roban su humanidad y singularidad. ³⁰ Como veremos posteriormente con más detalle en este libro, aunque el comunismo murió en Europa en 1989, la destrucción política y espiritual que causó —al margen del daño arquitectónico— no ha desaparecido aún, y es un actor de reparto en nuestra crisis permanente. Todavía no hemos terminado con el comunismo, incluso mientras el futuro definido por la tecnología avanza al galope. Todas las épocas son momentos de transición, pero estas transiciones monumentales nunca han avanzado a un paso tan irregular como ahora.

Naturalmente, en la historia hay más que enormes fuerzas impersonales como el comunismo, la tecnología, la geopolítica,

etcétera. Hay también personalidades y agencia humana, con todas las contingencias que implica. Vladímir Putin ha sido el líder ruso más peligroso desde Stalin; Xi Jinping es tan implacable e ideológico como Mao Zedong; Donald Trump, cuya carrera política puede estar en tiempo pasado, es incluso más presumido y superficial que Von Papen. El caso es que en el mundo de hoy hay materia prima que puede provocar un auténtico cataclismo, o, por lo menos, mantener viva esta crisis permanente del orden mundial. En otras palabras, no dejará de haber titulares. Olvídense de Hitler. Cada tirano es único, como lo es cada héroe. Y así como la tecnología libera, los demonios tecnológicos abundarán. El elemento clave en todo esto será la proximidad. Todos —Eurasia, África y América— estaremos expuestos a las crisis de los otros como nunca antes. En esto, la parte central y final del siglo **XXI** será al siglo **XX** como lo fue el siglo **XX** al siglo **XIX** e incluso al siglo **XVIII**. Es decir, el ritmo y la calidad de la conectividad —de la proximidad— se acelerarán incesantemente. Por supuesto, esto traerá muchas maravillas. Pero serán las variantes de las enfermedades, los elementos desestabilizadores tóxicos, lo que nos amenazará y nos abrumará.

La geografía no está desapareciendo. Solo se contrae. De hecho, cuanto más pequeño se haga el mundo debido a la tecnología, más importante será cada lugar del mundo. Cada lugar, cada río y cada cordillera serán estratégicos. Un golpe en el país saheliano de Níger, como el que ocurrió allí en 2023, expondrá la fragilidad de nuestro mundo tanto como una crisis económica en China. Imagine un reloj de pulsera de los de antes: muy pequeño, pero, una vez que se empieza a desmontarlo, de repente se convierte en enorme y complicado. Tal es nuestro mundo en la actualidad y lo será en las décadas que vendrán.

Déjeme explicarle nuestro mundo según la expedición siciliana de principios del siglo **V** a. C. Demuestra exactamente que la geografía puede ser a la vez instructiva y comprimida a mediados del siglo **XXI**. Durante décadas, los estrategas han utilizado esta aventura militar de la antigua Atenas, documentada por Tucídides, como metáfora

tanto para la guerra de Vietnam como para la de Irak. Atenas había ido a la guerra para apoyar a sus aliados en la lejana Sicilia, pero acabó allí metida durante muchos años en un atolladero militar. Después de aumentar considerablemente su fuerza invasora, Atenas tuvo que retirarse con su reputación destrozada. Sicilia está cerca de Grecia, mientras que Vietnam e Irak están a medio mundo de Estados Unidos. Sin embargo, como sabemos, la contracción de la geografía debido a la tecnología del transporte ha hecho que Vietnam e Irak estén en la práctica tan cerca de Estados Unidos como lo estaba Sicilia de Grecia; o, dicho de otro modo, la ausencia de tal tecnología en la Atenas del siglo v a. C. hacía que Sicilia estuviera tan lejos como Vietnam e Irak lo estaban de Estados Unidos. Por lo tanto, en ambos casos, la analogía es válida.

Lo mismo puede decirse de la situación mundial y Weimar.

Debido a las comunicaciones digitales, los misiles intercontinentales, los viajes en reactor, los satélites espaciales y muchas cosas más, distintas partes del mundo influyen ahora unas en las otras tan íntimamente como las distintas partes de Alemania influían unas en las otras en la década de 1920 y principios de la de 1930. Claro, Alemania tenía un solo idioma y no contaba con océanos que la separaran. Así que las diferencias entre este mundo y Weimar son muy grandes, si bien los parecidos son intrigantes. De nuevo, la reducción de la geografía nos ha ofrecido una analogía, aunque imperfecta, que no existía antes.

¿Tendrá este nuevo Weimar global el mismo destino catastrófico de la antigua Alemania? ¿O encontrará un grado de estabilidad como en la Alemania de la década de 1920 durante los años de Gustav Stresemann? Porque ese interregno podría haber continuado indefinidamente de no haber sido por la crisis de 1929 que aquejó a todo el mundo desarrollado y empujó a Weimar a un descenso en espiral. Hitler no fue inevitable. Había otras posibilidades. No obstante, tenga en cuenta que cada vez hay más crisis que unifican el mundo mientras al mismo tiempo lo amenazan y también lo dividen. El COVID-19 y el cambio climático, a pesar de todo el problema que han causado, y causarán, no han tenido el mismo

efecto extremadamente concentrado y catastrófico en el mundo que tuvo, por ejemplo, la crisis de 1929 en Alemania, que llevó a Hitler al poder. Pero démosle tiempo. El cambio climático y las pandemias son implacables, especialmente teniendo en cuenta los incrementos absolutos de población en unas pocas décadas, aunque en algunas partes del mundo, y de gente que, cada vez más, vive en zonas medioambientales frágiles, sujetas a desprendimientos de tierra, aumentos del nivel del mar y cosas por el estilo. Y esto por no hablar de guerras y de grandes fracturas de poder.

Y de este modo volvemos ahora a nuestro propio mundo.

John von Neumann fue un niño prodigio brillante y visionario que creció en la ecléctica y decadente cultura de Budapest de los últimos Habsburgo y emigró a Estados Unidos para huir de Hitler. Era capaz de citar a Voltaire, Goethe y Tucídides de memoria y trabajó también en el desarrollo de la bomba atómica y de la de hidrógeno. ³¹ Pocos han combinado alguna vez tal genio literario, histórico y científico. Llamarlo uno de los grandes matemáticos de su tiempo, que sin duda lo fue, sería quitarle importancia. A mediados del siglo xx, Von Neumann sostenía que una geografía planetaria poco poblada siempre había condicionado tanto los avances militares como los tecnológicos. Las armas podían tener cada vez mayor alcance y ser más precisas, pero la tierra seguía siendo un lugar enorme y, por lo tanto, podía absorber casi cualquier impacto gracias a los espacios vacíos y a los territorios escasamente poblados. Sin embargo, a Von Neumann le preocupaba que la geografía estuviera empezando a perder la batalla. El tamaño finito de la tierra sería cada vez más un factor de inestabilidad, ya que las poblaciones se expandían y la tecnología militar y los programas informáticos tarde o temprano reducirían las distancias en el mapa geopolítico. «Es un cambio que se puede pasar por alto fácilmente porque es gradual», advertía el científico político de Yale Paul Bracken en 1999, haciéndose eco de las palabras de Von Neumann. ³²

En realidad, todo esto había empezado a ocurrir en serio medio siglo antes de que Von Neumann hiciera sus inteligentes observaciones. El geógrafo británico Halford Mackinder, muy en los inicios del siglo xx , electrizó a una gran parte del mundo intelectual con su hoy célebre teoría del «eje», que afirmaba que, puesto que el supercontinente euroasiático iba a conectarse pronto por ferrocarril, el «centro del mundo», o vasto centro de Eurasia, tenía la llave del poder mundial, ya que era equidistante de todos los puntos estratégicos en cualquier dirección. Para llegar a esta conclusión, Mackinder entendió que las grandes potencias imperiales europeas, al expandir su control político hasta los rincones más remotos de África y Asia, básicamente habían «cartografiado» todo el mundo, sin dejar más espacio para la expansión, lo que significaba que sus energías ya no podían emplearse en conquistas lejanas de selvas y desiertos, y, por lo tanto, las grandes potencias se volverían cada vez más las unas contra las otras. Las guerras se harían a escala mundial, ya que cualquier lugar podría estar en disputa. Así, Mackinder intuyó vagamente dos guerras mundiales y la Guerra Fría décadas antes de que tuvieran lugar. «Cada explosión de las fuerzas sociales», escribió en 1904, «en vez de disiparse por los alrededores en un espacio desconocido y un caos brutal, tendrá [en lo sucesivo] un fuerte eco desde el otro lado del globo, y los elementos débiles», entre tanto, «serán destrozados como consecuencia». ³³ En casi cualquier parte habrá asentamientos humanos importantes y conectados, pues cada lugar pasará a tener una relevancia crítica. No habrá ningún sitio a donde poder huir. Las grandes potencias estarán atrapadas juntas en un planeta finito, exactamente como Von Neumann conceptualizó de forma tan sencilla y elegante a mediados del siglo xx .

La Primera Guerra Mundial puede haber representado la primera vez, en términos tan duros, en que las grandes potencias de Europa y Estados Unidos estaban todas estrechamente unidas en un solo sistema. Pero su desgaste supone un cambio enorme. De hecho, la Segunda Guerra Mundial vio a todos los principales continentes de la zona templada —Europa, América del Norte y Asia— integrados en el

mismo sistema de conflicto destructivo: un sistema mundial que solo se profundizó e intensificó durante el casi medio siglo que duró la Guerra Fría. Y desde entonces hasta la década de 2020 ha habido un constante avance tecnológico que ha hecho que el mundo y sus conflictos sean cada vez más claustrofóbicos. Una crisis en una parte del mundo puede migrar fácil e instantáneamente a la otra parte del mundo. Puesto que cada lugar es estratégico, las posibilidades de conflicto resultan más numerosas que nunca. Y, a pesar de ello, jamás se ha visto un gobierno mundial en perspectiva. Las Naciones Unidas han servido de extensión de los conflictos de las grandes potencias, sin mitigarlos, o de foro de acción en esos conflictos, en particular en rincones remotos del mundo en vías de desarrollo, como el África subsahariana, que las grandes potencias consideran por lo menos secundarios o irrelevantes. En cuanto a instituciones globales como el G-7 o el G-20, la descripción más precisa, como el presidente de Eurasia Group, Ian Bremmer, ha indicado, es G-CERO. Es decir, no existe un grupo de países que puedan trabajar juntos coherentemente con el fin de aliviar las crisis individuales del mundo. La guerra de Ucrania ha sido un asunto entre Rusia y Estados Unidos. La unidad de la OTAN no fue el factor clave que ha permitido sobrevivir a los ucranianos de forma tan impresionante como lo han hecho durante meses: han sobrevivido gracias al descomunal poder del *establishment* económico y militar de Estados Unidos, que permitió la transferencia de muchas decenas de miles de millones de dólares en armas a Kiev; en comparación, la ayuda europea fue menos significativa. El hecho es que ninguna institución supranacional puede en última instancia sustituir al propio interés de los Estados: algo que en sí mismo se basa en las necesidades elementales de la masa de ciudadanos, personas dentro del promedio en vez de los pocos liberales progresistas. Los avances en temas globales como el cambio climático y la pobreza en el mundo generan más titulares que la acción radical, teniendo en cuenta la escala real de estos problemas. Mientras tanto, las luchas territoriales, como las de Ucrania, Taiwán y Gaza, van a generar comportamientos ancestrales basados en el puro interés nacional, y tendrán muchas más consecuencias inmediatas basadas en la

sangre y el tesoro, incluso cuando se multiplique su tendencia a interactuar con otras luchas en algún lugar diferente del planeta.

La inestabilidad global se intensificará incluso cuando momentos decadentes e incómodos como la toma de fotografías a los líderes del G-7 resulten ineficaces y no tengan nada que ver con el asunto, por la forma en que la integración militar, económica, financiera y tecnológica continuará magnificando crisis futuras más allá de la imaginación.

El erudito e historiador de la Universidad de Columbia Adam Tooze ha elaborado una serie de imágenes de crisis —*Krisenbilder*, como prefiere llamarlas, utilizando el equivalente alemán— que demuestran la abrumadora interconectividad de diversas crisis mundiales. Durante la guerra de Ucrania, el mapa de crisis de Tooze era tan complejo que resultó casi ilegible. Conté unas treinta y cinco flechas conectando en direcciones diferentes sobre veinticuatro puntos de interacción, entre ellos el virus ómicron, la guerra de Ucrania, el riesgo de escalada nuclear, el boicot al gas ruso, el aumento de los precios del petróleo y de los alimentos, los refugiados en el este de Europa, el riesgo de estanflación, la crisis climática, etcétera. Tooze proporcionó más contexto cronológico mientras aún seguía la guerra de Ucrania:

Para hacer las cosas todavía más complicadas», empieza, «esta presentación sincrónica oculta la génesis histórica de estas fuerzas. Las tensiones en los mercados de la energía y la alimentación eran ya muy evidentes en 2021. La guerra tiene el impacto que tiene porque ha exacerbado las tensiones existentes. Los precios de los alimentos ya estaban subiendo en 2021 (...) Los mercados de la energía estaban tensionados mucho antes de que estallara la guerra. Ahora ambas tensiones están unidas con la guerra. [34](#)

Y todo esto es decir poco sobre los propios mercados financieros, cuyas bolsas de valores y bonos influyen mundialmente de forma directa en la riqueza de las clases media y alta, e indirecta en las clases trabajadoras y más pobres. Los mercados financieros se cruzan con todas las crisis de Tooze mencionadas más arriba y registran el nivel de riesgo e inestabilidad que conllevan. Ahora que la tecnología ha unificado los mercados financieros de todo el

mundo, además de los mecanismos de generación de riqueza, son extensiones de sistemas de conflictos militares e ideológicos, y lo serán mas en una época de guerra total, el nuevo distintivo de la estrategia rusa y china: en la que el enemigo busca no solo causar daños en el campo de batalla convencional y en infraestructuras clave, sino también causar daño económico y desmoralizar a la población por medio de la desinformación. Así es como la geopolítica se integrará con las fluctuaciones del mercado.

Es verdad que dos décadas de contiendas con Estados Unidos implicado en Oriente Próximo y Oriente Medio no influyeron mucho en los mercados de valores, que equilibraron con los precios con relativa facilidad las alteraciones en el mercado del petróleo. Por otro lado, la guerra de Ucrania, al cruzarse con muchas de las demás crisis del mapa de Tooze, ciertamente ha tenido un ligero efecto a la baja en los mercados al contribuir a la inflación a través de los problemas en la cadena de suministros. De hecho, la combinación COVID-19 y guerra de Ucrania, dos cosas que no irían comúnmente en la misma categoría, al trastornar las cadenas de suministros contribuyó a un cierto grado de inflación y desglobalización. [35](#)

Tenga en cuenta que, sea cual sea el efecto que la guerra de Ucrania haya tenido en otras crisis —cadenas de suministros, alimentación, petróleo, amenazas nucleares, mercados financieros—, Ucrania y Rusia siguen siendo partes sumamente pequeñas de la economía mundial, así que la guerra no nos ha aportado más que una muestra de lo que podemos esperar. Sin embargo, una guerra que dure solamente unos días en los mares del sur y del este de China, o en Taiwán, que haga que tres de las mayores economías del mundo —Estados Unidos, China y Japón— lleguen a las manos con armamento sofisticado, podría influir drásticamente en los mercados, y obviamente para peor. Y eso incluso si la guerra no se extiende más allá de esas dos áreas marítimas, lo cual puede ser dudoso en esta época cibernética y digital.

Hay también otras cosas que considerar.

¿Y si una guerra así continúa durante semanas, si no más? La inteligencia artificial (IA) desempeñará un papel en los sistemas

armamentísticos navales del futuro a corto y medio plazo, quizá activando respuestas y reacciones en cadena que llevan los misiles y otros ataques más allá de lo que las partes enfrentadas en el Pacífico pretenden: muy al interior de China, por ejemplo, donde se localicen las baterías de misiles chinas. Olvídense de las batallas navales de la Segunda Guerra Mundial como la batalla del mar de Filipinas. Esta será una batalla con armas automáticas y sistemas de navegación por satélite. La rivalidad entre Estados Unidos y China, a diferencia de la rivalidad en la Guerra Fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética, tiene niveles con características arcanas tales como valoraciones de deuda y altas finanzas, así como en esos sistemas armamentísticos, ya que las economías de ambos países están delicadamente interrelacionadas. China, como segunda mayor economía del mundo, será todavía más difícil de boicotear que Rusia durante la guerra de Ucrania. Una guerra así entre China y Estados Unidos podría enredar la economía mundial en un llamado círculo vicioso. En cuanto al aspecto militar de tal guerra, no espere que los chinos sean tan incompetentes en su estrategia y maquinaria bélica como lo fueron los rusos al inicio. Los chinos son grandes estudiosos de la guerra. Estudiaron obsesivamente la intervención dirigida por estadounidenses en los Balcanes en la década de 1990, así como las dos guerras del Golfo. Por lo tanto, podemos asumir que han estudiado cada aspecto de la guerra de Ucrania: militar, político y económico. Si alguna vez deciden invadir Taiwán, estarán mejor equipados para hacerlo con toda precisión gracias a las lecciones aprendidas al observar a Ucrania. O, por otro lado, el espectáculo de la inmensa ayuda militar estadounidense a Ucrania podría también disuadir a China de intentar alguna vez tal invasión.

En cualquier caso, el fantasma de años o décadas de competencia estratégica entre Estados Unidos y China no constituirá simplemente otra guerra fría —un término anticuado para una época tecnológica anterior—. Mientras que la antigua Unión Soviética no tenía una economía así, la economía china, los muy innovadores productos de consumo y las redes digitales están profundamente integrados en los mercados occidentales. (Naturalmente, la geopolítica influyó, de hecho, en los mercados mundiales, hasta cierto punto, durante la

Guerra Fría, aunque esta tendencia está ahora a punto de multiplicarse). El hecho de que un conflicto militar en el granero de Ucrania detuviera durante un tiempo el envío de cereales a países necesitados de Oriente y África, haciendo que subieran los precios de los artículos en todo el mundo, fue un fenómeno relativamente simple y mecánico, del tipo que hemos visto en épocas de guerra pasadas. Pero la línea de falla geopolítica entre Estados Unidos y China aún podría tener las consecuencias más profundas e impredecibles en las cadenas de suministros y los sistemas operativos digitales. Esto se debe a que la complejidad conduce a la fragilidad, en la que cualquiera de los innumerables puntos nodales sometidos a un ataque puede desbaratar todo un sistema. Podemos ser capaces de predecir con más facilidad los efectos de segundo y tercer orden de un arma nuclear detonada en una guerra que de predecir los efectos de un ciberconflicto masivo en el que todavía tengan que definirse con claridad las líneas rojas. Ni siquiera conocemos los límites de la guerra cibernética y de la información, potenciados por la inteligencia artificial, que es posible que pudiera hacer mucho más daño de distintas formas que un intercambio nuclear. Los ciberataques que hemos visto hasta ahora han tenido un alcance limitado, como hackear el sistema informático de una empresa e incluso, como ha hecho China, hackear los archivos del personal del Pentágono. Pero cosas tales como hacer que baje un mercado de valores líder mundial o una red eléctrica pueden estar entre las capacidades de grupos criminales y de algunos Estados. Los ciberataques podrían extenderse de formas involuntarias y desconocidas, como ataques químicos o biológicos. ³⁶ Todavía estamos en una etapa primitiva de este fenómeno, y en una fase relativamente temprana de la diplomacia para regularlo.

Por supuesto, los optimistas también pueden tener razón. Así que claro que me doy cuenta de lo obsesivamente negativo que estoy siendo. Al fin y al cabo, entre muchas otras buenas novedades, ha descendido la pobreza extrema en el mundo, la tecnología está derrotando a las enfermedades y las personas viven mucho más. Pero son exactamente esos y otros muchos tipos de avances

tecnológicos los que acompañarán (e intensificarán) interacciones desestabilizadoras entre Estados y grupos, personas y mercados, incluso como nuevas y esforzadas clases medias que surgen de la pobreza exigiendo incesantemente cada vez más a sus gobiernos. Las clases medias son desagradecidas. Quieren cada vez *más* . Por no hablar del desarrollo de sistemas armamentísticos cada vez más precisos y letales por parte de una especie que no ha conocido un siglo de paz en sus cientos de miles de años de existencia. Así que aviso siguiendo la tradición de la predicción ansiosa. «El optimismo y el pesimismo pueden ser actitudes peligrosas que subyacen en las políticas. Pero, de las dos, el optimismo es apto para matar con mayor certeza», escribe Colin S. Gray, el fallecido estudioso británico-estadounidense de temas geopolíticos y militares. «Mientras que el pesimismo puede inspirar una magnífica estrategia y especialmente una preparación para la defensa (...), el optimismo tiene potencial para poner en riesgo la seguridad nacional e incluso el orden internacional de forma más general». [37](#)

Por lo tanto, continuaré en esta línea.

Aunque las ciberarmas y formas de inteligencia artificial pueden superarlas en poder destructivo, también tenemos que recordar que las armas nucleares, una creación de mediados del siglo xx , siguen aún con nosotros.

En 1958, un Henry Kissinger de treinta y cinco años definió, en su libro *Las armas nucleares y la política exterior* , el problema al que nos enfrentamos ahora. Si bien el peligro obvio entonces era la guerra termonuclear entre Estados Unidos y la Unión Soviética, Kissinger dijo que la amenaza menos obvia pero más probable era una guerra limitada donde se utilizaran armas nucleares tácticas menores combinadas con las convencionales. En tal guerra limitada, explicaba, «la ecuación psicológica, paradójicamente, cambia sin cesar contra el lado que parece estar ganando», ya que, cuanto más se acerca ese lado a la victoria, más probable es que el lado más débil recurra a las armas nucleares. Es más, la introducción de armas nucleares en una guerra de este tipo sucedería «bajo las

peores condiciones posibles (...) en la confusión de la batalla», sin que cada lado tuviera «experiencia previa que sirviera de guía». ³⁸ Naturalmente, esto fue un conflicto en 2022 y 2023, en la guerra de Ucrania, cuando los rusos iban perdiendo, o al menos no conseguían sus objetivos declarados, y con el presidente Vladímir Putin amenazando indirectamente con el uso de armas nucleares tácticas de bajo rendimiento. Existe también una perenne tensión nuclear India-Pakistán, en la que es más probable que Pakistán, la parte más débil, recurra a tales armas, tal y como predijo Kissinger. De hecho, la destrucción de muchas, si no la mayoría, de las bombas de hidrógeno después de la Guerra Fría y el desarrollo de nuevos y sofisticados tipos de bombas nucleares tácticas de bajo rendimiento hace que las preocupaciones de Kissinger cobren más importancia, como si hubiera previsto las nuevas formas de hacer la guerra.

Las armas nucleares siguen teniendo su uso, y no solo para el lado perdedor o más débil en una guerra convencional. Un líder provisto de armas nucleares, o cualquier clase de armas de destrucción masiva (ADM) en realidad, tiene protección frente a una invasión extranjera. El dictador libio Muamar el Gadafi renunció a sus armas de destrucción masiva y en consecuencia los estadounidenses apoyaron su derrocamiento y asesinato, pues estaba claro que no tenía defensa frente a una revuelta popular ni armas no convencionales a gran escala para utilizar o amenazar con utilizar. El dictador norcoreano Kim Jong-un mantuvo sus armas nucleares, así que Estados Unidos no se ha arriesgado a una guerra con su régimen. Muchos regímenes tienen, quieren y querrán armas nucleares para usarlas exactamente como lo hicieron las superpotencias de la Guerra Fría durante medio siglo: para provocar miedo y, en relación con esto, como la forma suprema de tener poder negociador. Putin ha obtenido un partido considerable de su arsenal nuclear durante la guerra de Ucrania. Simplemente mencionar de pasada que tenía ese tipo de armas a su disposición hizo que el presidente de Estados Unidos, Joe Biden, tuviera mucho más cuidado respecto a la clase de armas que su administración suministraba a los ucranianos, y que buscara en serio una forma de

poner fin a la guerra, por temor a arrinconar a Putin donde pudiera usar sus armas nucleares. Si Rusia no hubiera tenido un arsenal de armas nucleares, la administración Biden habría dotado probablemente a Ucrania con más tipos de armamento y mucho antes. Luego está el caso del clerical Irán, que durante décadas se concentró obsesivamente en su programa nuclear porque sabía que, incluso sin detonar una de esas bombas, su capacidad para intimidar a sus vecinos se multiplicaría por varios órdenes de magnitud. Los arsenales nucleares, o sus equivalentes, existirán probablemente siempre, ya que no es necesario detonar una bomba nuclear para sacarle partido.

Mientras tanto, la memoria viva visceral de un ataque nuclear en una guerra se desvanece con el paso de las generaciones desde Hiroshima y Nagasaki, de modo que sigue disminuyendo la inhibición ante el uso de tales armas, especialmente con el desarrollo posterior de pequeñas armas nucleares para el campo de batalla. Esto es especialmente cierto en el caso de los líderes y poblaciones de lugares tales como Rusia y Pakistán.

Las armas nucleares nacieron en parte debido a la falta de municiones que pudieran ser dirigidas con precisión. Puesto que era difícil darle a un blanco lejano con una exactitud razonable, el objetivo era destruir tanto como fuera posible en la zona circundante más amplia. En otras palabras: cuanto mayor fuera la bomba, mejor. De hecho, ese ha sido el relato de la guerra y el desarrollo armamentístico durante toda la historia de la humanidad hasta hace poco. Las armas nucleares fueron la culminación de un proceso que había empezado con las antiguas catapultas. Pero de repente, con la llegada de las armas inteligentes, a su vez derivadas de la invención del microchip, la violencia provocada por el Estado se hace, al menos en teoría, más tentadora y menos letal. (Esto lo vimos principalmente por primera vez en la guerra del Golfo de 1991, en la que los misiles estadounidenses lanzados desde el mar en el golfo Pérsico acertaron sobre edificios concretos de Bagdad a varios kilómetros de distancia). Recuerde que en conflictos como la Segunda Guerra Mundial y la guerra de Vietnam hubo que bombardear áreas completas para dar a objetivos específicos, tales

como un puente o una fábrica, causando daños colaterales, especialmente a civiles. Esto sigue siendo así, aunque en mucha menor medida, en la guerra de Gaza, en la que Israel, con todas sus bombas inteligentes, todavía ha causado daños importantes en zonas civiles de Palestina. Puesto que las municiones guiadas de precisión son ahora las armas preferidas en la forma occidental de hacer la guerra, los riesgos de iniciar la violencia pueden aumentar en realidad. El mejor ejemplo de esto han sido las campañas de asesinatos dirigidas por varias administraciones estadounidenses, demócratas y republicanas, contra terroristas islámicos de alto rango, en las que se emplearon drones y aviones de combate con bombas inteligentes. Por supuesto, Ucrania no ha sido ejemplo de esto en general, por sus enormes bajas civiles y de destrucción de sus infraestructuras. Eso se ha debido al atraso general y la brutalidad intencionada del ejército ruso, que ha continuado deliberadamente una guerra de escasos límites contra una gran población de civiles europeos, demostrando que la propensión a matar a escala industrial sigue siendo, lamentablemente, una característica de la especie humana. Mire el ataque de Hamás en Israel del 7 de octubre de 2023, y especialmente la respuesta militar israelí. Con todo, en el futuro se harán guerras, para bien o para mal, que proporcionarán más demostraciones clínicas del armamento de alta gama.

Y estas armas inteligentes serán, en muchos casos, misiles de algún tipo. La tierra se encuentra al borde de estar rodeada por trayectorias superpuestas de misiles. A medida que los misiles eclipsan a los ejércitos de tierra, que se mueven con más lentitud, la tierra y su geopolítica experimentan todavía otra capa más de claustrofobia. Los misiles, a su vez, son característicos de redes de lucha automatizada, como el sistema de combate Aegis de los destructores de la armada de Estados Unidos: cada buque va equipado con potencia de fuego suficiente como para arrasar parcialmente una gran ciudad. La letalidad, en términos de cantidad, calidad y velocidad de las armas disparadas en cada nave, multiplicada por los cientos y cientos de buques de guerra de superficie y submarinos de las armadas de Estados Unidos y de otros

países del primer mundo, ha tenido siempre potencial para sumir a la tierra en un conflicto violento. Esto ha pasado desapercibido, sobre todo, porque las armadas, emplazadas en alta mar en aguas de todo el mundo, en gran parte no se ven, a menos que, por supuesto, se viva cerca de una base naval. Como todas estas armas son subnucleares, la reticencia a usarlas es menor. Mantener la cabeza fría es lo único que nos ha impedido destruir nuestro propio mundo.

Pero no hay que asumir que la cabeza fría va a prevalecer en cada caso, especialmente mientras la Marina de guerra china consigue la paridad con la nuestra, e incluso la supera. La Guerra Fría con la Unión Soviética permaneció en paz en el corazón de Europa, con la violencia masiva restringida a la periferia del tercer mundo, en gran medida debido al temor provocado por las bombas termonucleares. Pero apenas existen ya arsenales a tal escala, incluso cuando ha habido una revolución en el armamento —a diferencia de las ojivas de hidrógeno— que se piensa utilizar. Por lo tanto, no deberíamos asumir automáticamente que evitar una guerra frontal con una gran potencia en la segunda mitad del siglo xx haya de continuar hasta bien entrado el siglo **xxi** . La guerra de Ucrania, en la que Rusia ha llevado a cabo bombardeos aéreos masivos sobre áreas civiles densamente pobladas, debería habernos alertado del hecho de que ahora, literalmente, cualquier cosa es posible.

El máximo peligro siempre estará en dejar de tener la cabeza fría. Pues bien, puede preguntar: si las cabezas frías se han impuesto durante muchas décadas, ¿por qué iban a dejar de hacerlo? Al fin y al cabo, la guerra de Vladímir Putin en Ucrania bien podría ser la excepción que confirma la regla. Los chinos, más formales, burocráticos y tecnocráticos —comparados con los rusos— jamás, a fin de cuentas, desencadenarían tal terror en Taiwán, a pesar de sus objetivos, y Estados Unidos siempre sería cauto para lanzar cualquier respuesta militar. El problema con estas asunciones reconfortantes es que se asume que siempre van a predominar las voces moderadas y realistas en el Gobierno. Pero ese podría no ser siempre el caso. Y la razón tiene menos que ver con personalidades

que con fuerzas sociales y tecnológicas que moldean esas personalidades.

Las décadas de tomas de decisiones en frío, especialmente en Estados Unidos, coincidieron con la época de la imprenta y la máquina de escribir: una forma de tecnología que se prestaba a explicaciones objetivas y detalladas de los asuntos, alentando tanto a las personas como a sus líderes a la moderación. Al presidente Dwight Eisenhower, que representaba el epítome de la sabiduría equilibrada y analítica, es imposible imaginarlo en un mundo de vídeos digitales y de pasiones agitadas encendidas por los medios sociales. Incluso en su época más comedida, Eisenhower, en la década de 1950, casi lanzó ataques nucleares contra China por el destino de Quemoy y Matsu, dos islas del estrecho de Taiwán en poder de Taiwán y reclamadas por el continente. Al final, Eisenhower se contuvo varias veces de usar armas nucleares: cuando podrían haber puesto fin a la guerra de Corea en circunstancias más favorables para Estados Unidos al principio de su presidencia, cuando podrían haber salvado la guarnición francesa en Dien Bien Phu en Vietnam en 1954, y cuando podrían haber acabado con las amenazas soviéticas a Berlín hacia el final de su presidencia. Una y otra vez, sus asesores, que claramente no estaban motivados por la contención tal y como se entiende en la actualidad, apremiaron a Eisenhower para que utilizara su arsenal nuclear. Pero Eisenhower siempre dudó. ³⁹ Al presidente Donald Trump, que, por el contrario, representaba el epítome del egocentrismo y los impulsos emocionales, es imposible imaginarlo fuera del mundo de los vídeos digitales. Desde luego, hay muchas diferencias fundamentales entre Eisenhower y Trump que no tienen nada que ver con la tecnología. Al fin y al cabo, Eisenhower fue un general y un héroe de guerra; Trump eludió cinco veces el servicio militar. Pero sus diferencias son también símbolo de diferentes tiempos en la historia y la tecnología en la que gobernaron. El hecho es que la revolución de las comunicaciones ha cambiado la forma en que trabaja nuestra mente. La Guerra Fría coincidió con la imprenta y la máquina de escribir, que en realidad podrían haber sido tan responsables de

evitar una guerra termonuclear como el temor a tales bombas en sí mismas. Nosotros habitamos ahora un mundo de megaciudades incendiadas por los medios sociales, que recompensan más la pasión que el análisis sereno. Y la nueva generación de líderes será producto de tales fuerzas tanto como los líderes anteriores fueron producto de fuerzas de comunicación más simples. Ciertamente, todavía es posible la toma de decisión equilibrada, como la administración Biden ha demostrado generalmente en su demasiado prudente gestión de la guerra de Ucrania y en sus obstinados intentos de lograr un alto el fuego en Gaza, incluso apoyando a Israel, aliado de Estados Unidos desde hace mucho tiempo. Pero ahora es más difícil pensar fríamente.

Recuerde que la Casa Blanca siempre ha querido estar bien considerada por los medios. Eso no ha cambiado. Lo que ocurre es que los medios por los que quería estar bien considerada han cambiado fundamentalmente, en dirección a los extremos por la derecha y por la izquierda, exacerbados por un notable incremento de las pretensiones de superioridad moral, y los políticos han cambiado con los tiempos.

Esta tierra nuestra, frágil y limitada, descansa, por encima de todo, sobre la moderación, que esta nueva época tecnológica está socavando de raíz. Esto es lo que alimenta de raíz nuestra crisis permanente. Recuerde que Weimar tenía líderes moderados hasta que un día dejó de tenerlos. Al menos, nosotros podemos hallar consuelo en el hecho de que nuestras instituciones, por muy imperfectas que sean, son mucho más sólidas que las de Weimar.

Ahora todo es posible porque la tecnología ha evolucionado, pero la naturaleza humana no; incluso cuando la tecnología ha hecho que la guerra a gran escala sea más probable que durante los tiempos de las bombas de hidrógeno. El ser humano tiene tal propensión a la violencia que hasta fueron necesarias las bombas de hidrógeno para mantenerlo temporalmente a raya. (La violencia durante la Guerra Fría estaba limitada generalmente al tercer mundo y no incluía el lejano y estratégicamente más importante territorio de la propia

Europa). La guerra de Ucrania de Putin, como diversas agresiones militares de Hitler, como el intento de Napoleón de dominar militarmente a Europa, trae a colación otro asunto aparte de la pérdida de protección proporcionada por las bombas de hidrógeno y que periódicamente afecta a la historia, y, tenemos que creerlo, continuará afectándola: es decir, el problema de los «caciques revolucionarios» de Kissinger, el epítome del lado oscuro de la naturaleza humana, hombres que dirigen Estados revolucionarios.

Tales hombres y Estados «aparecen proclamando con descaro que su propósito es destruir la estructura existente [del orden mundial] y cambiarla por completo», explica Kissinger en *Armas nucleares y política internacional*. «Las potencias que representan el *statu quo* ... están en profunda desventaja con respecto a una potencia revolucionaria. Tienen mucho que ganar si creen en su buena fe, ya que la tranquilidad que buscan es inalcanzable sin ella. Todos sus instintos harán que busquen integrar el poder revolucionario en el marco legítimo que les resulta familiar y que para ellos es “natural”». Pero mientras los poderes del *statu quo* buscan por su propia naturaleza una «condición estática» en asuntos internacionales, el poder revolucionario, también por su propia naturaleza, busca lo contrario: darle la vuelta al orden establecido. Este es el motivo por el que uno de los sellos del poder revolucionario siempre es «llenar un vacío». Para las potencias del *statu quo*, las negociaciones y conferencias son un medio para avanzar; para los poderes revolucionarios, son solo una forma de ganar tiempo hasta la siguiente agresión. ⁴⁰

Podemos ver este proceso en funcionamiento, de forma clara y muy conocida, en acciones de Napoleón y Hitler, y mucho más recientemente en las de Putin, que durante dos décadas estuvo socavando decisiones occidentales por medio de la creación de conflictos congelados en diversos lugares del Cáucaso, los Balcanes (Transnistria) y en el este de Ucrania, por no mencionar su anexión de Crimea en 2014 y su intervención militar en Siria al año siguiente. En cualquier parte donde Putin identificaba un vacío, lo llenaba. Su invasión sin freno de Ucrania en febrero de 2022, al estilo de la

Segunda Guerra Mundial, fue la culminación de un proceso en el que Estados Unidos, la OTAN y especialmente Alemania estuvieron tratando de integrar a Putin en el orden establecido y con el tiempo claramente fracasaron. Estos intentos de integrar a un cacique revolucionario implicaban mucho autoengaño por parte de las potencias del *statu quo*, como suele suceder. (Aunque Recep Tayyip Erdogan, de Turquía, y Viktor Orbán, de Hungría, no llegan al nivel de caciques revolucionarios, los ruegos de Europa para que fueran al menos razonables, no han obtenido resultados positivos). Porque estos fracasos del orden establecido al tratar con las potencias revolucionarias no son aberraciones, sino la propia esencia de la historia, que le proporciona tanto su dramatismo como su dirección, y que, por lo tanto, podemos asumir que nos va a acosar periódicamente en el futuro: un futuro que se caracterizará por armamento más exquisito y mayor conexión entre los distintos lugares de la tierra.

De nuevo, es la contracción de la geografía por la tecnología lo que puede permitir que crisis en el patrón de Ucrania y Gaza se extiendan por las zonas horarias y reaccionen con crisis en cadena en otras partes. Ucrania es ahora; Gaza es ahora; Taiwán es un ejemplo del futuro próximo. El presidente chino Xi Jinping puede ser más formal y menos rudo que el presidente ruso Vladímir Putin; pero Xi, al declarar públicamente su deseo de unificar Taiwán y la China continental, por la fuerza si es necesario, es con todo el sentido un cacique revolucionario, al buscar la primacía china en la gran región Asia-Pacífico. Además, no dé por sentado que una guerra sobre Taiwán permanecería en Taiwán y el estrecho de Taiwán, en especial porque Taiwán hace frontera con las otras zonas de contención entre China y Estados Unidos, y entre China y Japón: el mar de la China Meridional y el mar de la China Oriental. Y esto por no citar las baterías de misiles de China situadas muy en su interior continental, que llegarían a ser objetivos legítimos de Estados Unidos en el momento en que empezaran las hostilidades. Aquí estamos tratando con una zona de guerra que enfatiza el poder naval, aéreo y espacial de alcance militar mucho más sofisticado y de alto nivel que en las batallas en Ucrania, que recuerdan a las de la Primera Guerra

Mundial y la Segunda Guerra Mundial. La de Ucrania ha sido una guerra híbrida: con atributos del pasado y del futuro. La de Taiwán sería más al estilo de *La guerra de las galaxias* de mediados del siglo XXI . De hecho, una guerra breve e intensa de unos cuantos días en el Pacífico Oeste puede ser materia para juegos de guerra del Pentágono, pero nunca deberíamos asumir que tales guerras serían breves e intensas. Con la misma facilidad podrían llegar a prolongarse y agrandarse geográficamente, como otras guerras.

Weimar llegó a su fin con Adolf Hitler. Es casi seguro que el Weimar global del siglo XXI no terminará de ese modo. Pero, si la historia sirve de guía, el planeta sufrirá por otras clases inferiores de caciques revolucionarios; probablemente muchos, teniendo en cuenta el estado de nuestro mundo.

No obstante, antes de seguir, he de tratar un asunto incómodo para el lector: mi convencimiento de que la naturaleza humana en sí misma no va a mejorar. ¿Cómo lo sé? No lo sé. Pero estoy convencido de que es la verdad. Para explicar por qué, permítame enfrentarme al razonamiento del portavoz más serio y elocuente de quienes creen que la naturaleza humana está, de hecho, mejorando: el psicólogo cognitivo de Harvard Steven Pinker, cuyo libro de 2011 *Los ángeles que llevamos dentro. El declive de la violencia y sus implicaciones* fue un acontecimiento intelectual.

El libro de ochocientas páginas de Pinker hace una afirmación escueta e inequívoca: que a lo largo de los siglos la humanidad se ha ido haciendo menos violenta y que esta tendencia va a continuar. Pinker no está diciendo que la violencia haya disminuido en un sentido absoluto, sino en un sentido relativo crucial. La Segunda Guerra Mundial acabó con la vida de cincuenta y cinco millones de personas y fue, en términos absolutos —es decir, en números absolutos—, la mayor atrocidad de la historia. Pero, cuando se ajusta esa cifra al porcentaje de la población mundial a la que se dio muerte entre 1939 y 1945, la Segunda Guerra Mundial pasa a ser solo la novena peor atrocidad (después de la Rebelión de An Lushan del siglo VIII , las conquistas mongoles del siglo XIII , el comercio de

esclavos de los siglos VII al XIX , la caída de la dinastía Ming en el siglo XVII , entre otras).

La refutación más sucinta a la tesis de Pinker la dio el historiador de la Universidad de Yale Timothy Snyder en *Foreign Affairs* . [41](#) Snyder indica que, simplemente, no puede ser cierto que haya disminuido el instinto violento en el hombre. Se trata solo de que, en términos relativos, la capacidad de carga de la tierra para mantener grandes poblaciones mediante fertilizantes y antibióticos está ganando la carrera a las ametralladoras. Snyder explica que la modernidad y la educación no han pacificado al hombre como declara Pinker, porque es imposible imaginar las guerras religiosas en Europa de los siglos XVI y XVII sin la llegada de la imprenta. La conclusión de Snyder es que Pinker «pierde la visión del mundo moderno en el que en realidad vivimos». De hecho, la propia modernidad —los periodos industrial y preindustrial— nos ha traído desde tanques y portaaviones hasta bombas atómicas, y protagonistas de la historia desde Adolf Hitler y Mao Zedong hasta Osama bin Laden.

Pinker le contesta que la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto en Europa no fueron producto de la modernidad *per se* , sino de las decisiones de liderazgo de un individuo con una fuerza hipnotizadora: Hitler. Pinker también señala que a la anomalía estadística de dos guerras mundiales en poco más de una generación le ha seguido una larga paz, sugiriendo que la guerra entre Estados —cuando más muertos hay— podría estar menguando históricamente.

El pacifista británico Norman Angell publicó en 1909 un libro parecido al de Pinker, *The Great Illusion* , en el que declaraba que la guerra ya no tenía sentido económico y, por lo tanto, podría pasar de moda. La Primera Guerra Mundial estalló cinco años más tarde y Angell fue humillado. Pinker defiende a Angell, dice que este puede ser el último en reír en las próximas décadas, que podrían ver el final tanto del militarismo como de la inevitabilidad de la guerra por medio de la educación laica y la feminización de la cultura a escala mundial.

Lamentablemente, la geopolítica y su acompañante, el realismo, que Pinker menosprecia, no cooperarán. De hecho, es difícil leer a Pinker sin pensar en las guerras de Ucrania y Gaza, que estallaron una década después de que publicara su libro y que, en términos absolutos y temáticos, socava su argumento general. En cuanto a la naturaleza humana en general, más que mejorar, como él da a entender, puede que solo esté canalizando sus peores impulsos en direcciones igual de letales, aunque menos violentas, a través de internet y el ciberespacio, donde todas las formas de perversión, desde la pornografía y el *phishing* hasta el hackeo delictivo y el robo de identidad, y muchas más, constituyen hechos comunes, podríamos decir que normales. El género humano es tan perverso como siempre, solo que la tecnología ha evolucionado.

Al final, y es bastante irónico, Pinker está en contra no solo de la naturaleza humana, sino del hecho, como él afirma correctamente, de que con frecuencia es solo un reducido número de hombres el que puede causar caos en una región de la tierra. Sí, Pinker tiene razón: si no hay Hitler, no hay Holocausto. Y en realidad: si no hay Osama bin Laden, no hay 11 de septiembre y, por lo tanto, no hay guerra de Irak. Pero de eso se trata. La historia no la hacen solo la geopolítica y otras enormes fuerzas impersonales, sino también las acciones de cada hombre: hombres carismáticos que llevarán a otros a la violencia, que rechazan el racionalismo de la Ilustración y buscan ser «puros y auténticos» en cuanto a sus instintos. Y, cuanto más rutinaria y artificial se haga la vida debido a la tecnología —cuanto más se pacifique y feminice esa naturaleza humana en la visión del mundo de Pinker—, más probable será que los instintos de ciertos líderes se rebelen contra esas mismas tendencias, y eso los convierta en caciques revolucionarios. ⁴²

Colin S. Gray, el fallecido analista estratégico y militar británico-estadounidense, publicó *Another Bloody Century: Future Warfare* en 2005 siete años antes que *The Better Angels of Our Nature* de Pinker. Sin embargo, Gray explica el hecho de la guerra de Ucrania, así como el drástico aumento de la tensión militar en el Pacífico, por no hablar de la guerra Israel-Gaza, de una forma en que no lo hace

Pinker. Gray, empezando desde mucho más atrás en el tiempo, tiene más visión de futuro. El tema principal de su libro, publicado en plena guerra global contra el terrorismo en Oriente Próximo y Oriente Medio, cuando las luchas entre las grandes potencias, entre Estados Unidos y Rusia y entre Estados Unidos y China, estaba en la mente de pocas personas, era que las rivalidades de las grandes potencias, y tal vez incluso las guerras más relevantes entre Estados, conformarían el núcleo de la historia en el siglo **xxi** . ¿Cómo llegó Gray a esta conclusión a pesar de los escasos indicios para ello en el mundo de 2005? Sencillo. El pasado es la única guía para el futuro, explica. «La institución social llamada guerra sobrevivió a la revolución agraria del 6000 a. C. y a las revoluciones industrial y científica de los siglos **xix** y **xx** . Sería apostar sobre seguro esperar que la forma de hacer la guerra se adaptara, o la adaptaran, a cualquier cambio que la tecnología, la economía y las prácticas sociales y políticas nos deparen en el futuro». De hecho, Gray explica que la globalización y el cambio climático, al conectar diversas crisis entre sí y provocar luchas por recursos escasos, pueden aumentar las probabilidades de guerra. Además, está la expansión de actividades militares al espacio y el ciberespacio, que sucede en la misma línea en que la guerra se extiende a los océanos tras la era de los descubrimientos de finales de la Edad Media y principios de la Edad Moderna. ⁴³

«No creo en el progreso en asuntos de seguridad», declara Gray. «Sin embargo, me impresiona nuestra capacidad para arreglárnoslas». Para Gray, los pensadores como Pinker, más que perspicaces, son meramente reflexivos respecto a su propio medio cultural. «Nuestro Occidente sin guerras», explica Gray, «es una isla de calma en un mar de conflictos. Que se vea ese hecho como un modelo de esperanza para el mundo o como una peligrosa fuente de autoengaño, depende de la elección individual». ⁴⁴

Por supuesto, ese mar en calma debe ser calificado. El lector encontrará cantidad de ejemplos de Occidente en caos, desde tiroteos en colegios y deterioro de las normas de comportamiento hasta la decadencia cultural en general y la decadencia de nuestra

propia democracia, que analizaré más adelante en este libro. Es obvio que Gray está siendo relativo, ya que el mundo más allá de Occidente está todavía más agitado que el propio Occidente, mientras que Occidente, como fenómeno de civilización, se disuelve lentamente y se funde con el resto del mundo. Y, mientras sucede esto, de nuevo, a medida que el mundo se contrae, la visión de Gray es que en lo más profundo del siglo XXI vamos a ver tanto la expansión de la guerra al espacio y el ciberespacio como la combinación de guerra entre Estados regular y la guerra de guerrilla irregular. Desde luego, esto ya está pasando. Tal y como Ralph Peters, analista y anterior oficial del Ejército de Estados Unidos, escribió dos años antes del 11 de septiembre, «Las tecnologías van y vienen, pero lo primitivo perdura». ⁴⁵

La guerra solo está empezando, en opinión del historiador militar israelí Martin van Creveld, cuyo libro, *The Transformation of War*, publicado en 1991, está considerado un clásico rompedor. Van Creveld explica que no estaba predeterminado que solo los Estados hicieran la guerra. Fue principalmente el surgimiento de Estados fuertes en los inicios de la Europa moderna lo que llevó a los ejércitos regulares a dominar la guerra. En nuestro mundo actual, acuciado por los incrementos absolutos de población en el mundo en vías de desarrollo, donde los Estados son frágiles —en especial en zonas de *bush* y *hinterland*, alejadas de las ciudades principales—, operan diversos grupos armados no estatales. Son personas que sienten que *tienen que luchar*. Para entenderlas, Van Creveld escribe: «Ha llegado el momento de dejar la estrategia y en su lugar mirar el alma humana (...) Igual que no tiene sentido preguntar “por qué come la gente” o “para qué duerme”, luchar de muchas formas no es un medio, sino un fin». ⁴⁶

La tesis de Van Creveld de 1991 se ha hecho concreta por la violencia y la inestabilidad política en África, ya que los ejércitos locales arrasan el *hinterland*. El número de mayo-junio de 2022 de *Foreign Affairs* tenía un largo informe, «Rebels Without a Cause: The New Face of African Warfare», de Jason K. Stearns, que ha vivido y trabajado en el centro de África durante muchos años.

Stearns escribe que los conflictos armados de África es ya raro que tengan que ver con la política. «Quienes toman las armas hoy en día es más probable que lo hagan como medio para negociar con los recursos». En África, los funcionarios del Gobierno buscan a menudo «prolongar e incluso instigar conflictos, siempre y cuando» no amenacen la supervivencia del régimen. Los conflictos africanos violentos, escribe, se han hecho «más frecuentes» y también «más periféricos», es decir, menos centrales para la política. En la década pasada, «el número de grupos armados en el Congo se ha duplicado, hasta alrededor de ciento veinte. Probablemente hay más de cuarenta de esos grupos en Sudán del Sur, veinte en Libia, y al menos varias docenas en Nigeria». En vez de derrocar regímenes, estos grupos negocian con ellos «por medio de la violencia (...) África ha entrado en una época de inestabilidad y conflictos estancados de bajo nivel». Dicho de otro modo, luchar se ha convertido en una forma de vida en partes importantes de nuestro mundo, tal y como profetizó Van Creveld. Digo «partes importantes de nuestro mundo» porque, a medida que el mundo se contrae hasta una situación similar a la de Weimar, las llamadas partes remotas de África en nuestro cada vez más interconectado mundo nos importan mucho más de lo que solían importarnos. Todos somos parte de la misma familia humana, como sabemos por la enfermedad, la emigración y la inmigración, por mucho que ese hecho nos incomode a algunos de nosotros.

Por ejemplo, el sistema político estadounidense, a juzgar por sus batallas ideológicas, no tiene buena solución para la crisis de su frontera sur con México. Esa crisis, de raíz, tiene que ver con el fracaso de la gobernanza en muchos países centroamericanos, acosados por las bandas y la anarquía, a su vez agravada por el clima cambiante, el aumento de poblaciones jóvenes y el dilema de los recursos. Este es el aspecto americano de la crisis migratoria global. La capacidad de carga de la tierra se enfrenta a un desafío que nunca antes había tenido. Además, Estados Unidos está delimitado por océanos y escasamente poblado, con un Canadá de clase media al norte, de modo que solo una de nuestras fronteras es

conflictiva, y por eso no reparamos en esta evolución tanto como deberíamos.

Añada a todo esto la profusión de enfermedades y virus en este planeta más abarrotado de gente mucho más allá de América Central, con su escasez de recursos, situaciones dramáticas relacionadas con el clima y cortes de energía periódicos causados por complejas cadenas de suministros y conflictos políticos. La propia gobernanza está resultando cada vez más desafiante, no menos. De nuevo, esto se debe al muy poblado, urbanizado y, por lo tanto, complejo planeta en el que cada vez habitamos más.

«La bestia apenas ha empezado a gruñir», escribe el periodista científico Peter Brannen refiriéndose a la Tierra. «Toda la historia registrada de la humanidad —en solo unos cuantos años, un mero instante en tiempo geológico— ha tenido lugar en quizá la ventana climática más estable de los últimos 650.000 años. Hemos estado protegidos de la violencia del clima por nuestra corta memoria como civilización, y nuestra clara buena suerte», continúa. «Pero el experimento químico que está llevando a cabo la humanidad en nuestro planeta podría llevar al clima mucho más allá de esos ajustados parámetros históricos hasta un estado que no se ha visto en decenas de millones de años, un mundo para el que no evolucionó el *Homo sapiens*». ⁴⁷

Brannen nos ha dado lo fundamental en relación al cambio climático, concentrando el miedo a la impotencia en un planeta en el que estamos «inyectando CO₂ al aire a diez veces más velocidad que incluso durante los periodos más extremos de la era de los mamíferos», explica. ⁴⁸ En otras palabras, en esto estamos todos juntos, ya que nuestra lealtad cambia lenta e imperceptiblemente de la nacional a la planetaria, haciendo que mi analogía sobre Weimar, que tiene que ver solo con los vacíos políticos y la desorganización, sea incluso curiosa, puesto que los problemas a los que nos enfrentamos van mucho más allá de la política.

La observación que hace Brannen sobre cómo estamos inyectando dióxido de carbono a la atmósfera a niveles de récord enlaza indirectamente con el tema de la población, puesto que, cuantas más personas haya, más contaminación se genera. Mientras la población mundial envejece y el crecimiento demográfico se ralentiza en términos relativos, algo que será más rápido en una o dos generaciones, nosotros seguimos sumando más seres humanos al planeta casi a niveles de récord. Nunca ha habido tantos seres humanos en la tierra, y cada año, durante varias décadas, veremos incluso más antes de que se reduzca la población humana hasta estabilizarse y disminuir. Esto tiene enormes implicaciones en términos de sostenibilidad medioambiental y gobernanza en general, ya que cuantas más personas —más sujetos o ciudadanos o electores— haya que gobernar, más difícil será regir un territorio, haciendo que muchos de los problemas que he mencionado hasta ahora en este libro sean mucho más difíciles. Cuantas más personas, menos territorio para cada una de ellas, y por lo tanto, más se reduce el territorio, dando como consecuencia Weimar.

Un mundo Weimar es también un mundo maltusiano. No existe un filósofo más vilipendiado entre la élite culta, tanto en la izquierda como en la derecha, que Thomas Robert Malthus, cuyo ensayo publicado en 1798, *On the Principle of Population, as It Affects the Future Improvement of Society*, es considerado el epítome del pesimismo y el determinismo. Malthus sigue siendo ridiculizado por declarar que, mientras la población aumenta geométricamente, el suministro de alimentos lo hace solo aritméticamente, por lo que la humanidad corre el riesgo de acabar sufriendo escasez y hambruna. De hecho, durante su vida, Malthus revisó su teoría seis veces mientras mantenía su tesis central: que la población se expande hasta los límites impuestos por los medios de subsistencia. Pero los teóricos sociales pueden ser juzgados por las cuestiones que estimulan en vez de por las que responden. Y, aún más que Adam Smith hiciera en *La riqueza de las naciones*, Malthus introdujo todo lo referente a los ecosistemas en la filosofía política contemporánea, enriqueciéndola inmensamente. El género humano podría ser más noble que el de los simios, pero seguimos siendo seres biológicos.

Por lo tanto, nuestra política, sugirió Malthus, está influida tanto por las condiciones naturales como por las densidades en las que habitamos la tierra. Si Malthus está equivocado, ¿por qué es necesario demostrar que está equivocado una y otra vez, cada década y cada siglo? Tal vez porque, en algún nivel fundamental relacionado con la degradación de nuestro entorno natural menguado, haya un temor a que Malthus pueda tener razón. ⁴⁹ Ciertamente, incluso mientras intentamos reducir nuestra dependencia de los hidrocarburos, eso solo significa excavar la tierra para buscar metales valiosos como cobre, litio y cobalto. La «Gran Pala» sustituye al «Gran Petróleo». ⁵⁰ Repito, la Tierra es finita. Siempre que debatimos sobre los límites del crecimiento y la urbanización o de salvar una especie vegetal o algo así, estamos siguiendo los pasos de Malthus.

El escritor sobre viajes Paul Theroux puede que no esté interesado o no tenga una opinión sobre Malthus. Sin embargo, algunas de sus descripciones de África pueden ser etiquetadas de maltusianas. Cuando era más joven, Theroux vivió durante más de seis años seguidos en África y volvía allí a menudo. África está llena de buenos recuerdos personales para él. Pero ha visto cambiar al continente y no siempre de buena forma. En su último libro de viajes sobre África, publicado en 2013, *The Last Train to Zona Verde*, ofrece una desgarradora descripción tras otra.

Theroux empieza señalando que, en el momento en que escribe, doscientos millones de personas del África subsahariana viven en barrios marginales, «el mayor número de infraviviendas del mundo» según las Naciones Unidas. «Y “barrio marginal” es una palabra bastante engañosa para estos lugares sin futuro —como yo iba a comprobar— de impresionante desorden». Refiriéndose a Sudáfrica, continúa: «La mayoría (...) vive en lo más bajo, no en aldeas pintorescas o chozas de paja en verdes laderas. Tres cuartas partes de los africanos que habitan en ciudades viven en los barrios más inmundos y en asentamientos irregulares». Theroux viaja al norte en

autobús y en coche desde Sudáfrica a Namibia y Angola, «un mundo de controles de carretera y turbas, de carreteras horribles o ni siquiera carreteras...». Nunca hay tregua. «Los angoleños vivían entre montones de basura —botellas de plástico, latas de refresco, bolsas rasgadas, sillas rotas, perros muertos, comida podrida, líquido indefinible...—. Este cáncer no era “oscuridad”, el degradante epíteto africano, sino una vacuidad reluciente (...) No hay nada más triste que la miseria a plena luz del día». A medida que viaja hacia el norte, cada pueblo «parece exactamente igual...». Se pregunta: «¿Por qué seguir más?». En este punto, Theroux está triste y desmoralizado, lo que quiere es describir escenas más esperanzadoras, pero se ha comprometido a mostrar con claridad la verdad de lo que vea. «Siempre he sentido que la verdad es profética, y que si escribo con precisión sobre el presente, viendo las cosas como son, se sugerirán aspectos del futuro». ⁵¹

Años antes de que Jason Stearns publicara su informe en *Foreign Affairs*, Theroux, que acababa de recorrer unos dos mil quinientos kilómetros por tierra, informaba de que muchos de los *hinterlands* de África habían sido controlados por «señores de la guerra fuertemente armados» y gente así. ⁵² África, incluso sus territorios más remotos, es una parte importante de nuestro muy conectado planeta, en la que la «anarquía», como escribe el columnista Janan Ganesh en el *Financial Times*, «es un riesgo más probable que la tiranía». ⁵³ De hecho, mientras los periodistas se obsesionan con los dictadores y los hombres fuertes, es la propia ausencia de gobernanza lo que podría representar el mayor riesgo, y no solo en el mundo en vías de desarrollo, sino también en Occidente.

Este pronunciado deterioro institucional, un abismo en realidad, en partes importantes del mundo me transporta al número de febrero de 1994 de *The Atlantic*, en el que publiqué un tema de portada indudablemente antiestadounidense: antiestadounidense en el sentido de que era pesimista y determinista y, lo más importante, declaraba que la victoria de Estados Unidos en la recién terminada

Guerra Fría no sería tan efímera como irrelevante debido a diversas fuerzas naturales, demográficas y culturales en marcha en el mundo, que aplastarían la visión clásicamente liberal de Estados Unidos. Se evita el debate sobre ideales que tradicionalmente ha sido el alimento de las páginas de opinión de las revistas y periódicos intelectuales. Por otra parte, a causa del desmedido optimismo de la época —en la década de 1990, globalización se utilizaba como palabra de moda recién creada y positiva— el pesimismo de mi ensayo era profundamente alienante, si no abominable, para muchos. El título que eligieron los editores lo decía todo: «La anarquía que viene: de qué forma la carestía, el crimen, la superpoblación, el tribalismo y la enfermedad están destruyendo el tejido social del planeta».

Mi objetivo era exponer el autoengaño de un conocimiento que en realidad existía poco entre las élites. En conferencias lujosas y en los principales medios de la época, la gente hablaba alegremente de que la democracia pronto conquistaría el mundo, sin saber de primera mano cómo era en realidad el mundo del que estaban hablando; en especial en los países en vías de desarrollo, más allá de los hoteles de lujo, los ministerios gubernamentales y los enclaves residenciales protegidos. Para refutar esta tendencia, visité barrios marginales de ciudades de África occidental y Turquía, dos partes del mundo radicalmente distintas, comparando la cultura de la pobreza de dos regiones, y sacando conclusiones. Lo que dije fue provocador, o al menos fue considerado así por adalides displicentes de la globalización.

Declaré que en un mundo cada vez más claustrofóbico, hecho más pequeño por la tecnología y la propagación de enfermedades, los lugares más recónditos de África podrían acabar siendo centrales para el futuro de Occidente; que África, en vez de ser colocada en un pedestal de protección y tratada exclusivamente en sus propios términos, debería ser comparada legítimamente en vívidos detalles de desarrollo con otras partes del mundo de las que formaba un elemento vital. En otras palabras, a mis ojos África no era marginal. En cuanto a Turquía, su gran abundancia de recursos hídricos la

convertiría en un jugador imprescindible en el siglo XXI , un tiempo en el que, como escribí en 1994, la escasez de recursos jugaría un papel importante en política.

De hecho, enfatiqué que las interacciones políticas y sociales, entre ellas la guerra, estarían cada vez más sujetas al medio natural, al que llamé «el asunto de seguridad nacional» del siglo XXI . Mientras las páginas de opinión del momento, tanto liberales como conservadoras, estaban obsesionadas con las ideas enfrentadas que conformaban el mundo posterior a la Guerra Fría, yo me concentré en que la creciente escasez de aguas subterráneas y la creciente escasez de nutrientes en los suelos sobreexplotados exacerbaría, indirectamente, las divisiones étnicas, religiosas y tribales ya existentes. Y en que este factor, unido al número siempre creciente de hombres jóvenes en las sociedades más económica y políticamente frágiles, aumentaría el riesgo de conflictos extremistas y violentos. Había fuerzas naturales en acción que intensificarían la inestabilidad política: si no necesariamente en todas partes, seguro que sí en las regiones menos gobernables del mundo. Las partes más incultas del occidente de África eran un microcosmos, si bien es cierto que de una forma exagerada, de la agitación que iba a llegar a todo el globo. Desde luego, África tenía algo que enseñarnos.

La crítica dijo que mi visión deprimente era desmoralizadora. Pero yo solo estaba siguiendo la máxima del fallecido profesor de Harvard Samuel P. Huntington, que dijo que el trabajo de un investigador académico o de un observador no es necesariamente mejorar el mundo, sino contar sin rodeos lo que piensa que realmente está sucediendo en él. Cuando se trata de hacer predicciones, un periodista como yo mismo no puede conocer el futuro específico a corto plazo: si habrá o no un golpe de Estado en un país la semana siguiente. Eso depende de la dinámica shakespeariana entre los actores políticos esenciales y la inteligencia clave que incluso la mejor agencia de espionaje tiene dificultad para descubrir; tampoco puede un periodista o un analista conocer la situación de un país de aquí a varias décadas, ya que muchos factores, especialmente el avance de la tecnología, hacen que tal predicción no sea más que

especulación. Pero lo que un periodista o un analista puede hacer es que el lector se sorprenda sensiblemente menos por lo que pasa en un lugar determinado en un futuro a medio plazo: digamos cinco años, diez años o quince años después. Y esta idea no es original. Predicciones de unos diez años es el marco temporal que utilizan muchas empresas en sus ejercicios de planificación, como sé por mi propio trabajo de asesor geopolítico para Stratfor y Eurasia Group. Se trata de ocupar un lugar durante un momento en el tiempo.

«La anarquía que viene» empieza con una descripción detallada de Sierra Leona y Costa de Marfil a mediados de 1993, con referencias a la situación general en el África occidental durante este periodo. Esto constituía aproximadamente la primera parte de mi largo ensayo, y pintaba esencialmente lo más crudo de las posibilidades de esos lugares, que yo describía básicamente como países tan débilmente gobernados que en realidad no eran países del todo, sino meramente lugares con fronteras ficticias y carentes de significado en el mapa. Sierra Leona era un Estado político extremadamente frágil cuando lo visité; y en Occidente todavía se consideraba a Costa de Marfil, una historia de éxito africana —según el cliché—, aunque estaba deteriorándose imperceptiblemente. Los artículos de los principales periódicos del mundo de la segunda mitad de la década de 1990 pintaban una imagen optimista de las perspectivas de estos lugares como democracias en ciernes.

Pero mi observación, en «La anarquía que viene» y en un tema de portada relacionado en *The Atlantic* titulado «¿Fue democracia solo un momento?» en el número de diciembre de 1997, era que las elecciones por sí mismas no importaban casi tanto como la construcción de instituciones burocráticas modernas. Y los países del África occidental, en los que la población continuaría creciendo notablemente en términos absolutos durante décadas, no habían desarrollado prácticamente ninguna. Esto me hizo pesimista. En 1999, media década después de publicar mi ensayo, Sierra Leona cayó en una completa anarquía, en la que adolescentes enloquecidos por las drogas cortaron a machetazos las extremidades de más de mil civiles solo en la capital, Freetown, y mataron a varios miles más, mientras grupos armados —bandas juveniles más que

soldados disciplinados— causaban terror en la ciudad. El número de refugiados y personas desplazadas superaba con creces el millón, casi una cuarta parte del total de la población. (Las tropas de pacificación de las Naciones Unidas se vieron obligadas a permanecer en Sierra Leona hasta 2005). Durante ese tiempo, un golpe de Estado sacudió Costa de Marfil, y el país entró en un periodo de guerra civil y fracturas políticas caóticas basadas en la geografía que duraron una década, hasta 2011. La guerra de Liberia siguió hasta 2003, y Nigeria nunca puso freno en realidad a su declive como Estado coherente con un gobierno central. Durante los últimos años, Sierra Leona y Costa de Marfil han ido ganando un mínimo de estabilidad, a pesar de que la violencia política, el tribalismo y el crimen siguen estando presentes. De 2013 a 2016, Sierra Leona, Liberia y Guinea sufrieron un brote importante de ébola. Naturalmente, más allá, en Oriente Próximo, las caóticas debacles de Irak, Siria, Libia y Yemen, después de las intervenciones encabezadas por Estados Unidos o los rigores del movimiento por la democracia de la Primavera Árabe, indicaban que bajo el caparazón de la tiranía en esos lugares había un completo vacío institucional comparable al que yo había encontrado en el África occidental. (Mientras lo que sucedió en Sierra Leona y Costa de Marfil fue consecuencia de la práctica ausencia de instituciones y autoridad, el genocidio de 1994 en Ruanda no tenía conexión con el caos hobbesiano. Con un aparato político y de seguridad rígidamente organizado, que perpetró un crimen con un aura característica modernista y sistematizada, Ruanda representó la maldad que es posible bajo un Estado fuerte).

El modernismo, que supone un mundo de Estados y fronteras bien definidos, ha sido especialmente cruel tanto con África occidental como con la más extensa África interior, donde las fronteras étnicas, tribales y lingüísticas «se cruzan y superponen sin las líneas rectas que tanto gustan a los estadistas occidentales desde los tratados de Westfalia», observa Gerard Prunier, un investigador académico francés y experto en África. Aquí, dice, las fronteras funcionan mejor como «membranas porosas» que no están establecidas en las

«férreas» líneas forzadas por los imperialistas occidentales. ⁵⁴ «La anarquía que viene» describía el occidente de África en un momento en el que la cultura tradicional todavía estaba siendo destruida por el modernismo y por las falsas fronteras del modernismo, pero antes de que las nuevas formas políticas y sociales pudieran echar raíces.

«La anarquía que viene» también se centró en que las élites verían el medio natural, especialmente la escasez de agua y la erosión del suelo —además de los cambios del propio clima terrestre— cada vez más como un tema importante de política exterior. Esto era mucho menos claro en 1994 que ahora. Por otra parte, dije que las guerras futuras estarían motivadas por la supervivencia de la comunidad, agravada en algunos casos por la carestía medioambiental. La disminución del nivel freático en Oriente Próximo y Oriente Medio nunca se mencionaría en informes de los conflictos armados de allí, pero, de todos modos, funcionaría como factor silencioso e indirecto. Como concluí, un mundo cada vez más reducido, acuciado por un enorme cambio tecnológico, escasez medioambiental, cambio climático e incrementos absolutos de la población en los países más pobres, no puede, sencillamente, estar en paz. ⁵⁵

Aquí me he concentrado en África porque, mientras actualmente supone el 16 % de la población mundial, aumentará al 26 % para 2050, y será casi el 40 % en 2100. Al llegar el siglo **XXI**, Europa y África tenían aproximadamente la misma población. Al final de este siglo, podría haber siete africanos por cada europeo. Aunque el destino de Europa parece estar hoy en el este, en Ucrania, con el avance del siglo estará cada vez más en el sur, a medida que se mantiene la migración desde el sur del Sáhara. Empujadas por las crecientes expectativas y el cambio climático, habrá gente en todas partes que se desplazará, ya que cada vez es más obvio que todos somos miembros de la misma familia humana.

De hecho, África es un microcosmos de la población mundial que se espera que aumente de 8.000 millones a 10.400 millones antes de que termine el siglo, a pesar del obvio envejecimiento de la humanidad, ya que la población, especialmente en el mundo

desarrollado es cada vez más vieja. Del 75 % al 90 % del crecimiento urbano futuro en el mundo tendrá lugar en barrios marginales, buena parte en el África subsahariana, según Naciones Unidas. Deténgase un momento a pensar: una población humana que todavía está creciendo casi un 20 % antes de estabilizarse, afectada por una pobreza extenuante en asentamientos pésimamente urbanizados, por la intensificación del cambio climático, y, en los extremos más altos del espectro económico, por los ciberataques que desafían las fronteras a una escala cuya probabilidad no hemos visto con nitidez. El género humano en el planeta Tierra constituirá un sistema cerrado y cada vez más reducido, dividido contra sí mismo y armado hasta los dientes. La comparación con la República de Weimar, alarmante al principio, puede, en última instancia parecer, de nuevo, pintoresca.

En la última parte de este libro volveré a las fuerzas sociales, históricas y tecnológicas que agitan nuestro planeta. Antes he de describir la situación geopolítica con la que nos vamos a encontrar durante los años venideros, puesto que la geopolítica es el principal elemento superficial a través del cual van a actuar muchas de estas fuerzas históricas.

II

LAS GRANDES POTENCIAS EN DECLIVE

Henry Adams fue el erudito nieto de John Quincy Adams, sexto presidente de Estados Unidos, y bisnieto de John Adams, el segundo presidente de Estados Unidos. Más introvertido que extrovertido, creyéndose más apto para una época anterior y menos alborotada que las últimas décadas del siglo XIX y principios del siglo XX, Henry Adams se apartó de la dura vocación política de sus antepasados y se hizo historiador; fue más conocido por su autobiografía publicada póstumamente, *La educación de Henry Adams*. Hombre de aguda visión histórica y habilidades descriptivas, creía que el viaje real no importaba, y que es solo el recuerdo de tales viajes —las lecciones aprendidas— lo que conforma una educación. *La educación de Henry Adams* es una obra literaria magnífica, escrita un poco en tono sentencioso en tercera persona, sobre un hombre que se enfrenta a la oleada de acontecimientos del momento y los efectos que tienen en él. Elitista nato, Adams era demasiado culto y escéptico para ser romántico. Sin embargo, su pluma era exuberante. El Washington del siglo XIX le parecía un lugar curiosamente inhóspito y a medio terminar: «templos griegos blancos en graveras abandonadas de una ciudad siria desierta». Entre las muchas agudas intuiciones de Adams en *La educación de Henry Adams*, que inicialmente se imprimió en privado en 1907, hubo una sobre el pasado y futuro de Europa en relación con Rusia, tema en el que se había centrado mientras fue secretario particular del embajador estadounidense en Londres:

«Naturalmente, Rusia era un problema diez veces más difícil [que Alemania]», escribió. «La historia de Europa durante doscientos años había conseguido poco, aparte de enumerar uno o dos aspectos del problema de Rusia. El año que pasé en Berlín durante mi juventud (...) me abrió los ojos respecto al enigma de Rusia» y el «horror fascinante» que engendraba. Adams continúa en esta línea,

esencialmente diciendo en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial que el principal dilema de Europa era, y siempre lo sería, Rusia: una cosa demasiado grande, demasiado bizantina, demasiado asiática casi, para encajar con las democracias más puras y ordenadas de Europa, con sus instituciones comparativamente más fuertes. Adams escribe: «El último y mayor triunfo de la historia sería, en su opinión, incorporar a Rusia a la unión atlántica». ¹

La educación de Henry Adams se publicó en 1918, el año en que murió Adams, pero, como he dicho, se imprimió en privado en 1907, así que esas palabras fueron escritas en los primeros años del siglo xx . La guerra civil europea, que duró desde 1914 hasta 1989 e incluía el intervalo de la República de Weimar entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial, confirmaría trágicamente las palabras de Adams sobre la centralidad de Rusia. Adams vio venir no solo el futuro inmediato sino el siglo que empezaba y algo más. Hoy, con la guerra de Ucrania, hemos vuelto de verdad al surco de la historia, definido por Rusia, identificado por Adams.

Fue un surco establecido en serio en agosto de 1914. Recuerde que las guerras napoleónicas, que culminaron con la destrucción del ejército francés al batirse en retirada desde Moscú en el invierno de 1812, irían seguidas por casi un siglo de relativa paz en Europa, debido a los tratados forjados en el Congreso de Viena por los ministros de Exteriores de Austria, Francia y Gran Bretaña, que establecieron el orden de seguridad posnapoleónico. Fue la Primera Guerra Mundial la que, al final, rompió irrevocablemente este acuerdo continental de las grandes potencias que había sido creado por aquellos tres brillantes diplomáticos del siglo xix : Metternich, Talleyrand y Castlereagh. Porque las muchas décadas de paz que su realismo legó a Europa habían hecho a la población de los Estados europeos irónicamente poco realista en cuanto a la naturaleza de los asuntos humanos en una época de avances tecnológicos, de modo que los europeos se precipitaron a la Primera Guerra Mundial en un arrebató de euforia, pensando que todo terminaría en unas semanas. Ese espejismo empezó a deshacerse en agosto de 1914, el primer mes de una guerra industrial que duraría cuatro años y

mataría a unos veinte millones de personas. Podría decirse que la batalla más grande y más decisiva de ese mes fue, como sabemos, Tannenberg, identificada por Aleksandr Solzhenitsyn como una señal de derrota militar para Rusia que condujo, por una cadena de acontecimientos, al final de la dinastía Romanov, el nacimiento de la Unión Soviética, y casi tres cuartos de siglo de comunismo.

La historiadora Barbara Tuchman, en su obra clásica *The Guns of August*, demuestra que Tannenberg expuso toda la debilidad del sistema zarista: «La deficiencia de entrenamiento y de materiales, la incompetencia de los generales, la ineficiencia en la organización, quedaron al descubierto en la batalla». (Podría haber estado escribiendo sobre la primera parte de la guerra de Ucrania, tal es la continuidad en la historia de Rusia). Y continúa: «La apisonadora rusa en la que los aliados occidentales pusieron sus esperanzas, que tras su desastre en el frente occidental era esperada incluso con más ansias, se rompió en el camino como si la hubieran montado con alfileres». ² Tannenberg, que enfrentó a Alemania con Rusia en lo que actualmente es territorio polaco, porque socavaba mucho al régimen zarista, daría forma al desarrollo de los acontecimientos en el siglo xx en Europa y en el mundo. Como pronosticó Adams, Rusia estuvo y seguiría estando en el centro mismo de las cosas.

Rusia, en el periodo de entreguerras, continuó impactando a Occidente a medida que las consecuencias de la Revolución bolchevique se acumulaban y Stalin sucedía a Lenin en 1924. El *Holodomor*, o hambruna del terror ucraniana, infligido deliberadamente por las autoridades bolcheviques en 1922 y 1923, pero originado unos años antes, acabó con la vida de aproximadamente cuatro millones de personas, aunque las estimaciones difieren mucho. Nunca olvidaré cuando leí a mediados de la década de 1980 las palabras con las que empezaba *The Harvest of Sorrow: Soviet Collectivization and the Terror-Famine*, del poeta e historiador británico Robert Conquest:

«Hace cincuenta años, respecto al momento en que escribo estas palabras, Ucrania y los cosacos ucranianos y otras áreas al este de estos —una extensión territorial de unos cuarenta millones de

habitantes— eran como un enorme Belsen. Una cuarta parte de la población rural, hombres, mujeres y niños, yacía muerta o moribunda, y el resto se hallaba en diversas etapas de debilitamiento... Al mismo tiempo (como en Belsen), patrullas de policías o funcionarios del partido bien alimentados supervisaban a las víctimas». ³

Esta era la llamada «revolución desde arriba» de Stalin, en la que aplastó a dos elementos hostiles al régimen soviético: el campesinado, en su totalidad, y la nación ucraniana, en particular. Por supuesto, las depredaciones de Stalin continuarían y aumentarían hasta incluir purgas en su propio partido comunista y en la dirección del propio Ejército soviético. Todo esto puso a la Unión Soviética (es decir, al Imperio ruso), tan central para el destino de Europa a pesar de ser tan frágil, en una situación extremadamente peligrosa cuando la Alemania nazi invadió el interior de Rusia en junio de 1941, penetrando cientos de kilómetros hasta las afueras de Moscú. En consecuencia, aproximadamente veintisiete millones de ciudadanos soviéticos murieron. No obstante, los rusos mostraron una capacidad para resistir el dolor que iba más allá de lo creíble, y fueron empujando poco a poco a las fuerzas de Hitler hasta Berlín, mientras se apoderaban de todo el territorio del centro y este de Europa. De este modo, el frente oriental, en cuestión de sangre, sufrimiento y pura contundencia militar, fue el eje real y campo de pruebas de la Segunda Guerra Mundial. Como se solía decir, los británicos, al estar solos entre la invasión nazi de Polonia en 1939 y Pearl Harbor en 1941, compraron «tiempo» para el mundo libre. Los estadounidenses aportaron el dinero y el poder industrial para la guerra. Pero fueron los rusos, principalmente, quienes pagaron el precio de sangre. Estados Unidos y Gran Bretaña no podían haber ganado la guerra solos. La política de Stalin de «¡Ni un paso atrás!» era característica de su determinación brutal, y se hizo realidad en la batalla de Stalingrado de 1942-1943, en la que las tropas de primera línea tenían justo detrás unidades de seguridad especiales para disparar a cualquier soldado que retrocediera: 13.500 soldados soviéticos fueron ejecutados por su

propio bando durante la fatídica batalla que invirtió el sentido de la corriente de la Segunda Guerra Mundial. ⁴

La Guerra Fría de cuarenta y cuatro años que siguió a la Segunda Guerra Mundial continuó el relato de Rusia como principal hecho e irresoluble dilema de Europa. Este continente estaba dividido en dos: la mitad occidental, bajo la influencia económica y militar de Estados Unidos, era libre, próspera y democrática; la mitad oriental, bajo la influencia militar soviética y del partido comunista, era reprimida, pobre y despótica. La Gran Rusia se extendía ahora literalmente desde el corazón de Europa Central hasta el Pacífico. Rusia no era solo un «enigma», como lo había expresado Adams, sino la potencia que prácticamente convirtió a toda Europa en un campo armado en la segunda mitad del siglo xx . Rusia, en lugar de ser absorbida por la «unión atlántica» de Adams —es decir, por Europa Occidental— estaba absorbiendo (Europa Central y Oriental). «El último y mayor triunfo de la historia» tendría que esperar.

No es que el «bloque soviético», como se le empezó a llamar, produjera un todo uniforme e infeliz. Las diferencias dentro del Pacto de Varsovia eran enormes. Tengo recuerdos de juventud, de cuando era estudiante y joven periodista, de viajar con relativa libertad desde Polonia y Hungría, que tenían formas más liberales de comunismo, hasta la Rumanía estalinista, donde el régimen era como un bloque de hormigón sobre el pecho de la gente; y desde las tierras de oscura represión pero profundamente cultas de la Alemania Oriental y Checoslovaquia hasta las inhóspitas y pobres de la Bulgaria rural más parecidas a las de Anatolia. Con todo, esta inmensa mitad oriental del continente, que se extiende desde Europa Central hasta los Balcanes, a pesar de tener una idiosincrasia nacional tan diversa y una historia tan diferente, sí constituía una unidad, en un sentido negativo, debido a la dominación soviética (Gran Rusia). Era como si se hubiera quitado el color del paisaje dejándolo todo en blanco y negro, como las tonalidades de un negativo fotográfico. Mientras tanto, la mitad occidental del continente había sido empujada hasta un dinámico milagro económico de posguerra, que condujo a una época dorada en el arte

y el cine, en la que las redes de prosperidad y protección social fueron el feliz resultado de que los estadounidenses pagaran la factura de la seguridad. Por el contrario, Europa Oriental, es decir, la geografía política del bloque soviético, había quedado en un estado de pobreza congelada, como de una época anterior, marcado por calles mal iluminadas y lúgubres, y bloques de viviendas. Así fue la huella que Rusia dejó en, literalmente, la mitad de Europa, entre el final de la Segunda Guerra Mundial en 1945 y la caída del muro de Berlín en 1989.

El final de la Guerra Fría marcó una victoria inesperada y decisiva para Occidente. Fue el resultado de profundas fuerzas estructurales y de la intervención humana, principalmente de un hombre, el líder soviético Mijaíl Gorbachov, que llegó al poder en 1985, con el presidente de Estados Unidos, Ronald Reagan, y el papa polaco de nacimiento, Juan Pablo II, en papeles secundarios. Gorbachov, reconociendo las profundas debilidades económicas y burocráticas del sistema comunista, permitió el debate libre (*glasnost*) y los intentos de una reforma radical (*perestroika*), incluso cuando dejó de apoyar a los partidos comunistas en la Europa Oriental. Las consecuencias fueron trascendentales. En cuestión de tan solo unas semanas en los últimos meses de 1989, todos los regímenes del Pacto de Varsovia se desmoronaron. De aquí en adelante, la advertencia de Adams entró en remisión por primera vez desde 1914, cuando el Imperio ruso hizo lo que había estado haciendo periódicamente a lo largo de su historia, pero no desde antes del nacimiento de la modernidad que llegó con la Revolución Industrial: prácticamente se desintegró en gran parte de su centro.

Por lo tanto, hubo una interrupción histórica en el escenario de Adams en cuanto a la centralidad de Rusia para Europa, puesto que el desplome de la Unión Soviética bajo la presión de las reformas de Gorbachov al final de la Guerra Fría dejó a Rusia política y económicamente debilitada durante más de diez años, desde 1989 hasta la década de 2000. Rusia empezó inmediatamente a centrarse tanto en sus problemas internos que dejó de ser un factor relevante que tener en cuenta. Naturalmente, en aquel momento, pocas de las élites occidentales pensaron que este nuevo estado de las cosas era

una interrupción, puesto que consideraban que se trataba del nacimiento de un nuevo orden en el que Rusia iría transformándose gradualmente en una democracia benigna en la línea de las occidentales.

En este momento, ningún historiador o analista captó el fracaso de la imaginación de la élite estadounidense, en lo referente a Rusia, mejor que el fallecido profesor de la Universidad de Nueva York Stephen F. Cohen, que documentó la totalmente ingenua política de la administración Clinton para rehacer a Rusia a la propia imagen de Estados Unidos en el periodo inmediatamente posterior a la Guerra Fría. Durante la década de 1990, se prometió la «terapia de choque» económica como mecanismo para dar lugar a un nuevo sistema capitalista y democrático. Cohen explica que los aviones repletos de estadounidenses muy acreditados a los que se llamó «asesores» — economistas, financieros y académicos, entre ellos politólogos, etcétera— que se bajaron en Rusia con la bendición de la administración Clinton, eran en realidad «misioneros y predicadores políticos». Estas personas encarnaban el «Consenso de Washington» en Rusia, que siempre tuvo esperanza en el gobierno de Boris Yeltsin, sucesor de Gorbachov. «El optimismo prevalece universalmente entre aquellos que están familiarizados con lo que está sucediendo en Rusia», declaró el vicepresidente Al Gore en 1998. Sin embargo, al aplicar bruscamente un capitalismo auténtico a un sistema comunista chirriante, apenas occidental y en ruinas, que había gobernado durante décadas en once husos horarios, estos expertos cometieron «el peor desastre de la política exterior estadounidense desde Vietnam (...) con consecuencias más a largo plazo y peligrosas», según Cohen. ⁵ Por lo que sabemos ahora, esta política equivocada, que ayudó a fomentar el caos institucional y la caída en picado de los estándares de vida, abrió un vacío en la gobernanza que al final llenaría el gobierno esencialmente desastroso de Vladímir Putin. De hecho, la moneda rusa colapsó. La liberalización de los precios condujo a una inflación de más del 200 %. Las empresas estatales y otros activos se liquidaron a precios de ocasión a lo que acabaría siendo una nueva clase de oligarcas. En

consecuencia, «la democracia», escribe Steven Lee Myers, un corresponsal en Rusia para *The New York Times*, «había echado raíces en suelo estéril». ⁶

Geopolíticamente, la caída de Rusia en la década de 1990 (gracias en parte a la ayuda errónea de Estados Unidos) llevó a un entorno benigno sin precedentes en la antigua Europa Oriental, ya que muchos países del anterior Pacto de Varsovia se unieron a la OTAN. A Rusia no le gustó, pero era demasiado débil para hacer algo en contra. Francamente, el «problema» y el «enigma» ruso de Adams parecían haberse evaporado de momento. La gente sigue debatiendo si fue acertado para la OTAN expandirse hacia el este, pero probablemente la drástica y repentina victoria de Occidente en la Guerra Fría hizo inevitable la expansión. Así, en las décadas de 1990 y 2000, Occidente tenía libertad por toda Europa, ya que no solo la OTAN se expandió hacia el este, sino también la Unión Europea.

En este clima, las intervenciones militares de la OTAN en 1995 en Bosnia y en 1999 en Kosovo únicamente resultaron como lo hicieron a causa de la debilidad de Rusia. Si Rusia hubiera seguido fuerte en la década de 1990, habría sido capaz de negociar los términos de la intervención occidental en los Balcanes, donde la influencia rusa, especialmente entre los eslavos de la Gran Serbia, ha sido históricamente innegable. La miserable debilidad de Rusia y el hecho de que la gran Marina china no surgiría hasta una década después fueron lo que hizo posible que los periodistas e intelectuales occidentales de la última década del siglo xx creyeran que la democracia liberal estaba extendiéndose por el mundo, guiada por un Estados Unidos que no era cuestionado por ningún competidor real. Así, el poder militar quedó subsumido por preocupaciones humanitarias a medida que los compromisos morales exigidos por la política de las grandes potencias desaparecían con el fin de la Guerra Fría. Por lo tanto, la década de 1990 fue más un paréntesis que el final de la historia, por decirlo así.

Todo esto modeló el contexto internacional para los ataques de Al Qaeda del 11 de septiembre de 2001 y la respuesta que se les dio.

Debido a que en ese momento no había ninguna amenaza de ninguna gran potencia, se asumió con naturalidad que el terrorismo islámico se había convertido en el principal desafío estratégico, en lo que la administración de George W. Bush llamó «la guerra global contra el terrorismo». Después de todo, la mayor amenaza a la seguridad ya se había producido: Estados Unidos había sido atacado en su propio territorio de una forma radical con enormes pérdidas de vidas por primera vez desde el ataque japonés a Pearl Harbor en 1941, que llevó a Estados Unidos a entrar en la Segunda Guerra Mundial. Las subsiguientes invasiones de Afganistán e Irak, cuando se miran desde una distancia desapasionada, se originaron no por la urgencia de cambiar a los países de Oriente Próximo y Oriente Medio a democracias, sino por la exigencia de seguridad absoluta, incluso más allá de lo que el debilitamiento de Rusia había logrado en la década de 1990. La construcción de una democracia vendría después y derivaba del elemental miedo entre los políticos clave de que hubiera más ataques procedentes de esa zona. La invasión de Irak, por no hablar de la de Afganistán, no se habría producido jamás sin el 11 de septiembre, que nos desvió todavía más de la política de las grandes potencias.

Porque el temor a más ataques terroristas en esos primeros años del nuevo siglo era vívido y absorbente. La intensidad del momento presente —la imagen irreal televisada de las torres gemelas derrumbándose— había borrado cualquier pensamiento acerca del pasado o el futuro. Esto es algo que será más común a medida que la tecnología de las comunicaciones avance y nos haga menos conscientes, en lugar de más, de las dificultades y desastres del futuro. La tecnología deificará cada vez más el presente haciéndolo más vívido e irresistible, socavando así nuestro sentido de la historia, que es una consciencia del pasado y del futuro. Y ese fue un factor en los meses y años inmediatos tras el 11 de septiembre, y en las semanas y meses posteriores al ataque de Hamás contra Israel el 7 de octubre de 2023.

Sin embargo, como resultaría después de toda la tragedia, el 11 de septiembre demostró ser una *finta* : una distracción trascendental mientras el presidente de Rusia, Vladímir Putin, reconstruía

metódicamente el Estado ruso con la ayuda de los servicios militares y de inteligencia; y mientras China, sobre todo bajo el liderazgo de Xi Jinping, finalmente surgía como potencia militar, económica y tecnológicamente agresiva. Como es obvio, esto lo hemos sabido solo después. En su momento, relativamente pocos analistas (Colin Gray fue una excepción) percibían el gran esquema del futuro, y no se les escuchaba. Desafortunadamente, en la segunda década del siglo **XXI** se había hecho evidente que las guerras de Afganistán e Irak, ambas empresas imperiales distantes, habían debilitado mucho a Estados Unidos y dado ventaja a sus adversarios en su renovada competencia estratégica.

Naturalmente, mientras escribo podríamos estar perdiéndonos otro gran esquema de la historia que la intensidad cinematográfica de las guerras de Ucrania y Gaza nos impide ver: por ejemplo, una futura combinación de grandes potencias, ataques terroristas periódicos y ciberguerra integrada con el uso de inteligencia artificial, que añadirá nuevas dimensiones e incertidumbres a la forma de hacer la guerra. Todavía tenemos poca idea, teniendo en cuenta cómo va la tecnología posindustrial, de cómo podría ser en el futuro la guerra de las grandes potencias, igual que en las décadas posteriores a la guerra franco-prusiana de 1870-1871 pocos tenían alguna idea de cómo sería la guerra industrial del futuro. El problema al predecir el futuro es que generalmente lleva a un pensamiento lineal, a la mera extensión de las tendencias actuales. Por este motivo, la mejor futurología puede ser una descripción de un aspecto del presente que sea ignorado por los medios y esté más allá del alcance convencional de las cámaras de televisión.

De hecho, el monumental y arrollador ataque militar de Rusia a Ucrania, que hizo que la teoría de Adams sobre la historia europea volviera con mayor vigencia, tiene sus raíces en esa oscuridad relativa. Durante años y décadas, como sabemos, Putin ha intervenido en un lugar tras otro de la región del Cáucaso y del mar Negro —Abjasia, Osetia del Sur, Georgia, Crimea, etcétera— mientras los medios estaban ocupados en otra parte, cubriendo obsesivamente la anarquía de Siria (en la que Rusia también estaba

involucrada militarmente) y la guerra relacionada contra el Estado Islámico. Así, Putin inició una guerra *proxy* en el este de Ucrania. Pero este y otros conflictos en los que Rusia estaba involucrada en la anterior Unión Soviética activaron a las élites políticas solo en Washington y Nueva York, que habían gritado en vano para frenar en seco a Putin. Estos conflictos dejaron solo una huella débil en la mente de la población occidental, ya que, con su desconocida geografía y los topónimos exóticos, esas zonas parecían ser de relativamente menor consecuencia: «países remotos de los que sabemos poco», por parafrasear el comentario del primer ministro británico Neville Chamberlain sobre por qué le concedió los Sudetes a Hitler en Múnich. Y, de un modo similar al de Hitler, Putin, al encontrar solo respuestas poco importantes de Occidente a esas primeras incursiones, siguió presionando hacia lo que concebía como un vacío en la voluntad de Estados Unidos y Europa. Entonces, en febrero de 2022, con el bombardeo de ciudades ucranianas y de otras áreas civiles que continuaría durante meses, con enormes columnas de tanques avanzando, miles de muertos y más de diez millones de refugiados y personas desplazadas, resultó claro de repente que estábamos en un mundo nuevo —o un mundo muy antiguo, francamente— con las guerras de Afganistán y de Irak consignadas en nuestra mente a un pasado imperial lejano e incluso más antiguo, y a un bucle de la historia: como Vietnam.

Irónicamente, la caótica retirada de Afganistán de la administración Biden en agosto de 2021 pudo haber alentado el plan de Putin de invadir Ucrania, por creer que Estados Unidos y Occidente eran impotentes. El fracaso en Afganistán pudo haber forzado también a la Administración Biden a unificarse burocráticamente por la buena gestión de las crisis futuras. Sin la amarga retirada de Afganistán, claro está, la Administración no podría haber actuado tan bien como lo hizo al principio de la guerra de Ucrania. La historia está llena de ironías como esta.

De repente, la invasión rusa de Ucrania hizo que la Segunda Guerra Mundial, aunque había tenido lugar ocho décadas antes, se sintiera mucho más cerca en el tiempo, ya que no había habido nada que se la pudiera comparar en Europa desde la destrucción de Berlín

por los aliados en 1945. Sí, habíamos vuelto con firmeza al surco de la historia, como lo había definido Henry Adams. Rusia todavía era (y más que nunca) el problema por definición de Europa.

En comparación, las guerras de la década de 1990 en la antigua Yugoslavia, con la que se obsesionó una generación entera de periodistas de élite, involucraron solo a pequeños Estados que no eran potencias nucleares; y, por muy brutales que fueran las batallas —y lo espantosos que fueran los crímenes de guerra—, estas guerras siguen sin ser comparables, en cuanto a su alcance de destrucción, con la de Ucrania. Mientras que Estados Unidos intervino en los Balcanes motivado por sus ideales y después de que los intensos combates se estancaran, intervino en Ucrania con gran cantidad de armamento de última generación con los propósitos más estratégicos y geopolíticos: debilitar a otra gran potencia. La de los Balcanes era una guerra de élites; es decir, a la gente de a pie no le enganchaba emocionalmente. Por el contrario, la de Ucrania ha sido un tema sobre el que una amplia franja de estadounidenses tenía opinión, especialmente cuando el presidente ucraniano Volodímir Zelenski visitó Washington y se dirigió al Congreso en diciembre de 2022. De tal magnitud es la guerra de Ucrania que más meses de combates en su territorio podrían afectar a Europa y Eurasia durante los próximos años y decenios. El desarrollo de la guerra, en la que un país de 44 millones de habitantes ha tenido en ocasiones ventaja militar sobre una potencia nuclear de 143 millones, ha expuesto al Imperio ruso como el hombre enfermo de Eurasia, tal y como el Imperio otomano fue durante décadas el hombre enfermo de Europa antes de colapsar en la Primera Guerra Mundial.

La guerra de Ucrania, aunque ha expuesto los límites militares rusos (de los que tendré más que decir), sin embargo, cuanto más lo piensas, también ha demostrado que no hay ni ha habido orden mundial ni comunidad internacional ni sistema basado en reglas en Europa ni en ninguna otra parte. La guerra de Gaza ha puesto de manifiesto lo mismo pero con otra puntuación. Las distintas partes del mundo fueron simplemente determinadas por sus propios

sistemas de equilibrio de poder que, debido a que normalmente resistieron bien, se tomaron por un orden basado en reglas que de hecho no aparecían por ninguna parte. Como dijo Jakub Grygiel, profesor de la Universidad Católica: «Un espacio de seguridad que abarque toda la Tierra gobernado por reglas globales (...) no existe». En su lugar solo hay «equilibrios regionales» con sus propias dinámicas militares «impulsadas por sus competiciones históricas locales». [7](#)

Rusia y Ucrania habían representado una especie de equilibrio regional en el que un nivel relativamente bajo de violencia en el este de Ucrania, perpetrado por Rusia durante unos cuantos años, junto a la anexión de Crimea en 2014, nunca tuvieron en realidad un impacto significativo en la conciencia occidental. Y, por lo tanto, esta situación en la mente de muchos se consideraba estable. Pero el 24 de febrero de 2022, el día que columnas de tanques rusos entraron en Ucrania, esa idea cambió. Demostró no solo que la violencia masiva perpetrada por Estados relevantes fue posible en Europa en otros tiempos, sino que las décadas anteriores en Europa, durante la Guerra Fría y después, no habían constituido un periodo de paz sino una tregua armada. Además, dio aviso de que otras partes del mundo eran menos estables de lo que se pensaba. Los despiadados ataques de Hamás contra civiles israelíes, entre ellos mujeres y niños —y la respuesta de fuerza bruta israelí— son signos de que las fuerzas primitivas son más intensas que las atenuadas resoluciones que emanan regularmente de grupos como las Naciones Unidas y el G-20 sobre esto o aquello, porque demuestran que nuestro mundo sigue siendo un mundo enzarzado en implacables luchas de poder que ponen en ridículo la postura de las élites.

Piense en otros lugares donde actualmente se mantienen equilibrios pero que podrían desmoronarse o explotar: la determinación de China, expresada pero todavía sin realizar, de conquistar Taiwán, por la fuerza si fuera necesario; los tensos enfrentamientos navales en los mares de la China Oriental y de la China Meridional; la decisión de Irán de adquirir un arsenal nuclear, unido a sus misiles de precisión orientados hacia instalaciones

petrolíferas de Arabia Saudita y otras del golfo Pérsico, por no hablar de su red de fuerzas subsidiarias e insurgentes terroristas que se enfrentan a una alianza *de facto* israelísunita en Oriente Próximo. Estas son precisamente las amplias áreas de preocupación más allá de Rusia y Europa, donde, por cierto, la continuación de la guerra de Ucrania amenaza con empezar a desbaratar todo el Imperio ruso y sus zonas de influencia desde el Cáucaso hasta Siberia y el Lejano Oriente. Más lejos está el perenne enfrentamiento militar convencional y nuclear entre la India y Pakistán, el riesgo real de guerra en la península de Corea, y el incremento de la tensión entre Egipto y Etiopía por el reparto de agua después de la construcción de una nueva presa en el Nilo Azul. Luego están todos los conflictos anárquicos y las grandes migraciones de refugiados en Centroamérica y el África subsahariana, que reciben poca o ninguna atención de los medios. Este no es, ciertamente, un mundo basado en reglas, como les gusta definirlo en las educadas reuniones de la élite global, sino más bien un mundo de extensas áreas de tensión que se solapan, intimidación evidente y enfrentamientos militares. De hecho, no hay un vigilante nocturno para mantener la paz en este mundo agitado y violento definido por la inestabilidad.

En cuanto a las Naciones Unidas, ha degenerado principalmente en una fábrica de palabras más importante para la élite global en sí misma que para el mundo en general. Lamentablemente, la ONU parece estar desapareciendo ante nuestros ojos. En los primeros años de la televisión, especialmente en blanco y negro, había sitio para la gran tragedia de la Guerra Fría, que al menos fascinaba al público estadounidense, de modo que la ONU importaba de algún modo. Entonces, la ONU expuso las profundas divisiones ideológicas en el mundo, pero también su ferviente esperanza de que surgiera la paz al terminar la Segunda Guerra Mundial. A principios de la década de 1960, estaban el líder cubano Fidel Castro con uniforme de camuflaje hablando durante horas en el podio, y el líder soviético Nikita Jrushchov iracundo, con el zapato en la mano, en la Asamblea General, defendiendo el sistema comunista. Más adelante, cuando el color empezaba a sustituir al blanco y negro, estaba la elegancia del ministro de Exteriores israelí Abba Eban defendiendo el ataque de su

país a los Estados árabes vecinos en la Guerra de los Seis Días de 1967. A mediados de la década de 1970, estaba la oratoria del embajador de Estados Unidos en las Naciones Unidas, Daniel Patrick Moynihan, que denunciaba la resolución «Sionismo es Racismo» en la Asamblea General. La cualidad teatral sigue existiendo en la ONU, pero no es lo que solía ser, y la institución importa menos, ya que están pasando muchas cosas en los medios por todas partes, y la ONU siempre se ha enfocado en gran medida en política performativa. Por esta razón, los secretarios generales recientes son menos conocidos que los del pasado. Dag Hammarskjöld, U Thant, Kurt Waldheim y Kofi Annan, para bien o para mal, estaban más a la vista del público que Ban Ki-moon y António Guterres. Hay algo sencillamente anticuado sobre en la ONU, quizá porque representa a una división de poderes posterior a la Segunda Guerra Mundial, en la que Francia es miembro del Consejo de Seguridad, pero la India, un Estado global clave que maniobra entre grandes potencias, no lo es.

La guerra de Ucrania también ha perjudicado a la ONU, ya que refleja un mundo de potencia militar dura —en el que los Estados hacen lo que les parece— en contraste con el poder blando e ineficaz de la ONU. El Consejo de Seguridad parece incluso menos relevante ahora que Rusia sigue siendo miembro, a la vez que la India, de nuevo, no lo es. Durante la Guerra Fría, recuerde, se veía a la Unión Soviética como miembro legítimo del Consejo de Seguridad, porque había sido aliada en la Segunda Guerra Mundial, al mando del bloque de Estados, y no iniciando directamente guerras importantes. El Consejo de Seguridad siempre funcionaba en cierta medida mientras sus miembros no estuvieran realmente en guerra entre ellos. Pero, por primera vez desde la creación de la ONU en 1945, dos miembros se situaron en lados opuestos de una guerra grande y caliente en Europa. La ONU siempre había manejado asuntos en lo que denominábamos Tercer Mundo, que para las potencias principales eran secundarios, mientras estaban formalizando lo que las potencias principales habían acordado previamente. Pero lo hacía asumiendo un orden basado en reglas que ojalá se hicieran realidad. Ahora eso parece más improbable que nunca. Las Naciones Unidas, aunque buscan tanto preservar como

lograr la paz entre las naciones, solo pueden prosperar, irónicamente, si tal paz ya existe en cierta medida, ya que un mundo de grandes potencias al borde de la guerra deja debilitada a la ONU. La cruda violencia del conflicto Israel-Gaza, la limpieza étnica de armenios en Nagorno-Karabaj, los tiroteos entre albanos y serbios étnicos en Kosovo y la guerra de trincheras en Ucrania, todo ello manifiesta una realidad mucho más vívida que la que representan las Naciones Unidas y grupos como el G-20 con sus resoluciones aguadas y santurronas. En cuanto a la globalización, es verdad que las Naciones Unidas representaron una vez un destello de un mundo global, pero últimamente ha sido sustituido por la muy destartalada realidad de la propia globalización.

La globalización, que está basada en el comercio, los desplazamientos a gran escala de personas en avión, y los rápidos avances tecnológicos en los campos electrónico y digital, encaja perfectamente en un mundo en crisis permanente. Esto es porque la crisis permanente exige una densa red de interacciones entre zonas en crisis en todo el mundo, generada por la globalización. La de Ucrania, la de Gaza y otras guerras importantes tienen sus efectos amplificados, en vez de mitigados, por la globalización. Un mundo al estilo de Weimar, en el sentido en que yo lo uso, sería imposible sin globalización.

Hasta ahora, la globalización puede dividirse en dos grandes fases que yo denominaré Globalización 1.0 y Globalización 2.0, con el coronavirus funcionando *grosso modo* como un cambio de capítulo entre las dos.

Al final de la Guerra Fría, recuerde, no había, en términos generales, internet, correo electrónico, teléfonos inteligentes, una élite global bien establecida con sus redes de influencias y conferencias, no había ninguna de las cosas que ahora admitimos como alimento esencial para nuestro mundo interconectado. Todo esto sucedió en el contexto de un mundo que, en cuanto a la seguridad, estaba unido inicialmente por unos Estados Unidos como hegemon unipolar, cuando la victoria ideológica de Estados Unidos

frente al comunismo soviético, en la década de 1990, condujo a la difusión por todo el planeta del capitalismo posmoderno y las prácticas de gestión estadounidenses, creando ciudades nuevas y relucientes en lugares que antes carecían de dinamismo o al menos estaban infravalorados, como Bangalore, Bakú, Hanói, todas las capitales del golfo Pérsico, etcétera. Silicon Valley, que depende básicamente de ingenieros informáticos y programadores de lugares tan diversos como la India, Israel y Rusia, no podría haberse convertido en el fenómeno en que se convirtió de no haber sido en un mundo posterior a la Guerra Fría. Esta explosión de creatividad económica y tecnológica dio lugar a la Globalización 1.0.

La Globalización 1.0 fue básicamente una narrativa de buenas noticias, ya que en su momento —la emocionante década de 1990—, «globalización» se confundió en realidad con un acuerdo sistemático de seguridad que garantizaba algo que podría llamarse paz universal kantiana, a pesar de que proliferaban guerras menores por aquí y por allá. Además de la prodigiosa evolución de la tecnología, la Globalización 1.0 trataba de la difusión de la democracia y de la creación y aumento de las clases medias más allá de Occidente y en particular en la Europa Central anteriormente comunista. También trataba del desmantelamiento de los arsenales termonucleares de Estados Unidos y de la anterior Unión Soviética, de la erradicación de una gran parte de la pobreza extrema en lo que se llamaba Tercer Mundo, y de la creación de un sistema integrado de mercados de valores globales, junto a una plétora de nuevas empresas globales en las que la junta directiva y el personal era internacional y plurilingüe. Una élite global parecía estar en ese momento al mando, alegando organizar la realidad desde arriba y en todo el mundo en virtud de las estupendas conferencias que daba —como en Davos, Aspen y Bilderberg—. El progreso se consideraba automático, lineal y determinista, y en consecuencia se perdió el sentimiento de lo trágico. De nuevo, hubo una aflicción de *presentidad*, como si el presente con toda su intensidad, mejorado y aumentado constantemente por la tecnología, pudiera durar para siempre y seguir prosperando. La Guerra Fría, con sus profundas y arraigadas divisiones entre grandes potencias, parecía haber

ocurrido hacía décadas y no solo unos años antes. Y, debido a que prácticamente se había olvidado un pasado difícil por la repentina e inesperada victoria de Estados Unidos en la Guerra Fría, tampoco existía una sensación de que el futuro sería difícil.

La década de 1990 terminó tarde, el 11 de septiembre de 2001. Fue sorprendente ver lo rápido que puede cambiar un estado de ánimo. Un día, todas las personas inteligentes decían que la geopolítica había sido sustituida por la geoeconomía en esta nueva época de paz perpetua, al estilo del filósofo Immanuel Kant, exactamente tal y como había creído Bill Clinton muy al principio de su presidencia. Al día siguiente, todo era terrorismo e ir a la guerra contra los «malos». Un día George W. Bush era considerado sencillamente un buen presidente. Al día siguiente se planteaba la pregunta: «¿Está cualificado para ese trabajo?». Después de todo, como me dijo un destacado republicano, «si hubiéramos estado todavía en una situación como la de la Guerra Fría antes de las elecciones del año 2000, los dirigentes del partido le habrían dicho amablemente a Bush padre que su hijo tenía buenas posibilidades pero necesitaba más experiencia y madurez. Bush hijo fue elegido entre el final de la Guerra Fría y el 11 de septiembre, cuando no parecía que hubiera nada serio en juego».

A los ataques del 11 de septiembre siguió rápidamente la invasión estadounidense de Afganistán y, diecisiete meses después, la guerra de Irak. El gran Oriente Próximo y Medio consumía ahora nuestro pensamiento estratégico e histórico. Pero, mientras tanto, los chinos construían metódicamente un gigantesco complejo militar de última generación, haciendo hincapié en buques de guerra, cazas, misiles y capacidades para la guerra cibernética. Con el tiempo, perfeccionarían el arte de convertir la tecnología para usarla con fines orwellianos, husmeando en las búsquedas en línea de incontables millones de sus ciudadanos para determinar su lealtad al Estado, y de paso complicar el optimismo tecnológico que había estado tan en boga en Occidente. En este momento, mientras Estados Unidos seguía obsesionado con Oriente Próximo y Oriente Medio, Vladímir Putin estaba también metódicamente empezando a estabilizar Rusia mediante una mezcla de autoritarismo y redes del

crimen organizado, después del caos de los años de Yeltsin con su experimento fallido de democracia. Esto también inició un periodo en el que las ansiedades sociales y económicas empezaron a calar en las nuevas clases medias que se extendían por el mundo que habían sido creadas por la Globalización 1.0, y que dieron lugar a un aumento gradual de populismo y nuevas formas de autoritarismo en muchos países occidentales y de lo que se denominaba Tercer Mundo. Tanto si se trataba del fortalecimiento de un movimiento maligno de derechas en Francia o Hungría o Brasil o Turquía o donde fuera, el impulso siempre parecía fluir desde la Rusia recién ascendida de Putin. Evidentemente, la contracción del sistema mundial había ayudado a permitir no solo la difusión de las buenas tendencias, sino también de las malas. La Globalización 2.0 ya nos había alcanzado, y no era del todo una narrativa de buenas noticias.

El COVID-19, que detuvo significativamente la economía mundial, estalló a finales de 2019 y sus efectos se prolongaron varios años. A medida que el mundo salía de la pandemia, la globalización —que había ayudado a difundir rápidamente el virus— ya no parecía tan benigna. Al lector medio le gustan los cambios de capítulo, y el COVID-19 fue un cambio de capítulo cómodo pero muy imperfecto entre la Globalización 1.0 y la Globalización 2.0. Ahora estábamos en un mundo nuevo, y la globalización parecía un claro desarrollo histórico neutro en valores, tan bueno como malo, y de hecho central para la crisis permanente tipo Weimar que he estado describiendo.

Un mundo unido era también un mundo en el que no había lugar donde esconderse. La creencia de que un mundo más pequeño sería necesariamente un mundo mejor era fundamentalmente un error, ya que asumía una bondad inherente en el hecho de la proximidad, que a menudo no es el caso. Después de todo, de vez en cuando no nos llevamos bien con nuestros vecinos. Los países tienen choques a lo largo de sus fronteras. La enfermedad no respeta las fronteras. Por estos y muchos otros ejemplos, con frecuencia añoramos la separación y la quietud. Una de las razones de que Estados Unidos sea poderoso es que está protegido por océanos. Y una de las razones de que los estadounidenses se sientan ahora menos seguros

es que los océanos les ofrecen menos protección que antes. De nuevo, la tierra finita pierde gradualmente la carrera contra la tecnología y el crecimiento de la población, como indicaba John von Neumann. El COVID-19 se extendió tanto y tan rápido como lo hizo debido a este fenómeno. La pandemia podría en realidad haber sido un factor menor en la decisión de Putin de invadir Ucrania, ya que aumentó su aislamiento respecto a otras personas, lo que le dejaba más a menudo a solas con sus propios pensamientos. Tanto el virus como la guerra de Ucrania, por cierto, cada uno a su manera, alteraron las cadenas de suministros, contribuyendo a un elemento de desglobalización, por muy corto que fuera. Es precisamente porque todo afecta a todo lo demás en un mundo más pequeño, por lo que un mundo así es por definición inestable.

Los periodistas empezaron a registrar una serie interminable de cataclismos: el COVID-19 y los confinamientos masivos; el asesinato del afroamericano George Floyd por policías de Mineápolis y los posteriores disturbios y protestas; la insurrección en el Capitolio el 6 de enero de 2021, como culminación de las crisis interminables de la presidencia de Trump; la invasión rusa de Ucrania y el rearme parcial de Europa; el endurecimiento de las medidas de China sobre Hong Kong junto a la amenaza militar intensificada de Pekín sobre Taiwán; la guerra de Gaza después del ataque de Hamás contra Israel, etcétera, todo sumado a las crisis en el escenario internacional. La historia había continuado su marcha con los acontecimientos nacionales entrettejidos con los mundiales, y no había tiempo para recobrar el aliento. Y era historia real, pues el efecto de cada uno de esos acontecimientos sobre la sociedad y la geopolítica era profundo. El asesinato de George Floyd cambió nuestras ideas sobre la raza y el pasado de Estados Unidos. Incluso cambió nuestro idioma y cómo debíamos expresarnos. La presidencia de Trump de 2017 a 2021 nos hizo cuestionarnos la viabilidad misma de la democracia de Estados Unidos y el orden político. La guerra de Ucrania nos hizo temer aquello que pensábamos que habíamos dejado atrás muchas décadas antes: un conflicto militar convencional entre las grandes potencias. La nueva sensación de claustrofobia de la humanidad, motivada por la reducción de la

distancia, a su vez motivada por la tecnología, estaba en sí misma intensificando la magnitud de cada crisis según se percibía. El medio *caliente* de la comunicación por vídeo digital nos encerró en unos silos emocionales, filosóficos e ideológicos mucho más de lo que lo hizo el medio gris *frío* del periodismo de máquina de escribir e imprenta. Los periodistas nos lanzaron sus opiniones a la cara de un modo que era más difícil de hacer con la tecnología antigua. Fueron participantes, tomando partido como nunca antes solían hacerlo, y eso solo sirvió para intensificar más todo lo que pensábamos y oíamos. Todos sentíamos que estábamos en la arena además de ser espectadores desde las gradas. La vida personal tiene cada vez más ansiedades, desde luego, pero la vida pública había llegado a ser insoportable.

Durante muchos años, las discusiones políticas más combativas solían ser sobre Oriente Próximo y Oriente Medio, pero rápidamente se degradaron en un nosotros-contra-ellos: estabas del lado de los judíos o del lado de los árabes. En la actualidad, todo el mundo y buena parte de la vida pública se han vuelto tan confrontacionales como Oriente Próximo y Oriente Medio. Esa es la realidad totémica de la globalización.

Enredadas en el tumulto de la globalización, con todo su caos, están las grandes potencias, de las que depende la apariencia de orden mundial, todas ellas pasando por dificultades graves. Sea cual sea el estado de agitación en Estados Unidos, el hecho es que Rusia y China están experimentando algo más profundo y más fundamental. Pero déjeme empezar con Estados Unidos y Rusia.

En el primer cuarto del siglo **xxi** , dos de las tres grandes potencias, Estados Unidos y Rusia, iniciaron dos guerras de elección verdaderamente innecesarias y desastrosas: Estados Unidos en Irak y Rusia en Ucrania. Podríamos añadir también la guerra de Estados Unidos en Afganistán, que empezó bien entrado el otoño de 2001 con ingenio táctico y una economía de fuerza militar, pero que se transformó rápidamente en una ocupación de dos décadas por parte de una enorme y chirriante burocracia del ejército estadounidense,

algo completamente inadecuado para un país de crecimiento descontrolado, montañoso y subdesarrollado. La cuestión es que el propio poder nacional y la fuerza económica dependen en última instancia del buen juicio de sus líderes: no todo el tiempo, pero la mayor parte del tiempo y especialmente cuando hacen falta decisiones clave que puedan constituir ejes históricos. Las guerras de Irak y Ucrania muestran la escasez de liderazgo sabio y cauto no solo en Estados Unidos después de la Guerra Fría, sino también en Rusia, ya que los líderes soviéticos desde Leonid Brézhnev hasta Mijaíl Gorbachov fueron en general mucho más sabios y más cautos que Putin. De hecho, el liderazgo es vital para una gran potencia o un imperio. Constituye el elemento shakespeariano que en el fondo eclipsa las vastas fuerzas impersonales del destino geopolítico y económico. Por eso la obsesión del líder chino Xi Jinping de absorber, e incluso conquistar, Taiwán podría indicar que no solo Estados Unidos y Rusia, sino también China, se enfrentan a largo plazo a lo que yo llamo declive shakespeariano. Me refiero a los demonios interiores que llevan a los líderes políticos a cierto grado de locura, y el mejor ejemplo puede verse en algunas de las obras de Shakespeare. Resulta misterioso, es como si las tres grandes potencias hubieran dado líderes con un deseo de muerte, cada uno de ellos movido por tormentos personales. Y, cuanto más concentrado e indiscutible sea su poder individual, mayor será su proclividad a causar daño real al equilibrio geopolítico mundial.

Naturalmente, los errores de los líderes estadounidenses y rusos no han sido de la misma magnitud (aunque en el caso de China no podemos estar seguros, ya que todavía puede producirse un conflicto militar contra Taiwán en el futuro). Por ejemplo, la guerra de Irak, que empezó el presidente George W. Bush, nunca fue tan central para la reputación en declive del poder de Estados Unidos en las dos primeras décadas del siglo XXI como lo fue la guerra de Ucrania para la reputación en declive de Rusia por el juicio y salvaguarda de su extenso imperio en la tercera década del siglo. Irak, por mucho que haya dominado las noticias a principios y mediados de la década de 2000, y por muy grande que haya sido la

carnicería civil y militar —más de 7.000 soldados y contratistas civiles estadounidenses muertos y 35.000 heridos graves, además de los cientos de miles de civiles iraquíes muertos—, a fin de cuentas fue una gran aventura imperial en un lugar remoto que se torció, de la que Estados Unidos consiguió recuperarse, aunque suene muy duro.

⁸Irak, ciertamente, contribuyó a la insatisfacción de los republicanos y de la nación en general que culminó con la elección de Donald Trump para la presidencia en 2016. Los soldados y marines de familias obreras que lucharon en Irak y Afganistán —de los que puedo atestiguar como reportero de guerra empotrado que estaban entusiasmados al principio con las posibilidades de victoria— en buena medida apoyaron a Trump después del humillante fracaso en ambas guerras, algo que se hizo innegablemente evidente en torno al inicio de la segunda década del siglo. Sin embargo, el fracaso en la guerra de Irak nunca fue verdaderamente clave en la elección de Trump; no tanto como la externalización de empleos industriales bien pagados a China y otros países en vías de desarrollo, los efectos adicionales de la destrucción de puestos de trabajo debido a la automatización, el crecimiento anémico de la economía estadounidense en los años anteriores a la victoria de Trump, o los temas culturales generales que ocupaban los medios y obviamente desempeñaron un papel importante. Durante todo este proceso, Irak sencillamente no fue tan importante para la identidad geopolítica de Estados Unidos como había sido Ucrania para Rusia.

Pero Irak fue importante de otra forma más sutil. Fue el ejemplo más nítido del deterioro general en la calidad del liderazgo estadounidense desde el final de la Guerra Fría. Incluso considerando la gestión modestamente competente de la administración Biden de la guerra de Ucrania hasta la fecha, el nivel de liderazgo presidencial en política exterior desde Harry Truman hasta George H. W. Bush (incluyendo a Dwight Eisenhower, Richard Nixon y Ronald Reagan) fue de un calibre mucho mayor que desde Bill Clinton hasta el actual ocupante de la Casa Blanca (incluyendo a George H. W. Bush y Donald Trump). La diferencia entre el liderazgo presidencial en la Guerra Fría y el posterior a ese periodo habría sido

incluso mayor si no hubieran asesinado a John F. Kennedy en noviembre de 1963. A Kennedy, un héroe genuino de la Segunda Guerra Mundial, fiable y rico, que estaba extremadamente bien formado en asuntos exteriores, probablemente no le habrían colado el consejo del Pentágono de ampliar a gran escala la guerra de Vietnam, exactamente como hizo en 1965 el presidente Lyndon Johnson, un neófito en política exterior.

Un declive tan patente de un grupo al otro, a pesar de las variaciones individuales, estaba relacionado con la decadencia de la cultura de la vida pública, especialmente de los medios, en los que las fuerzas que actuaban sobre todos estos hombres se habían hecho más divisivas, intolerantes e incluso histéricas a veces. Y, en la medida en que los medios se han vuelto menos serios, también lo han hecho nuestros líderes. Los medios, con sus extremos de derecha y de izquierda, cada uno buscando proclamar sus virtudes a su manera, han animado a nuestros presidentes después de la Guerra Fría a ser moralistas en vez de morales. La pasión, a menudo enemiga del análisis, precisamente lo que fomentan los medios sociales, ha tenido un efecto insidioso en nuestra política. Hasta cierto punto, las naciones, especialmente las democracias, tienen los líderes que merecen. Estados Unidos fue una gran democracia de masas que funcionó bien en la época de la máquina de escribir y la imprenta. No está claro que pueda seguir así en la época del vídeo digital agravada por los medios sociales, que promete estar más manipulada por la inteligencia artificial.

Abordaré la sociedad estadounidense con mucho más detalle en la tercera y última parte de este libro. De momento, basta con decir que la debilidad de Estados Unidos y su capacidad para decaer es más bien sutil; es decir, independiente de las fuerzas estructurales fundamentales como la geografía, por ejemplo. Puede que esté en decadencia, pero sigue siendo un gigante poderoso. Después de todo, Estados Unidos limita por dos de sus lados con grandes océanos y una fina franja de civilización de clase media en Canadá por el norte. Su única frontera problemática es con México, al sur.

Además, Estados Unidos ha sido unificado por los sistemas fluviales del Misisipi, el Misuri y el Ohio, que han transportado

productos de un extremo al otro del continente, permitiendo a la vez que se desarrollara un gran mercado interno. Por otro lado, China tiene una larga frontera con un enemigo histórico al norte, Rusia, y con sus enemigos históricos, la India y Vietnam, al sur; por el este, China se enfrenta a un verdadero muro marítimo hostil, los países proestadounidenses. En cuanto a Rusia, su costa norte está bloqueada por el hielo la mayor parte del año, y se extiende por la mitad de las longitudes de la tierra sin sistemas fluviales situados estratégicamente, como sí tiene Estados Unidos, que la conecten en su interior, y sin fronteras naturales, como mares y montañas, que la protejan de las invasiones; y eso es lo que está en la raíz de la inseguridad rusa que la ha llevado a ser excesivamente agresiva. Estados Unidos no solo es privilegiado geográficamente, sino que tecnológicamente es incluso superior a China, gracias a su sociedad libre y la resultante tradición investigadora y de toma de riesgos.

Son las divisiones políticas, sociales y culturales de Estados Unidos las que han menoscabado el liderazgo político del país, y eso es así incluso si Donald Trump desaparece de la escena. En conclusión, la sociedad estadounidense está claramente dedicada a una especie de guerra partidista continua, pero principalmente sin tiros. De hecho, Estados Unidos ha recorrido un largo camino —en cuanto a estar más dividido— desde que en 1958, a los seis años, vi una multitud liberal en Eastern Parkway, en Brooklyn, vitoreando a los ancianos veteranos de la guerra hispano-estadounidense de 1898, uno de mis primeros recuerdos de infancia más vívidos. Unos años después, la guerra de Vietnam hizo pedazos la unidad de la sociedad estadounidense y provocó que un amplio segmento de la población perdiera su confianza en el Gobierno, una confianza que se había nutrido del éxito del New Deal, la Segunda Guerra Mundial y el programa espacial. Pero, como he dicho, abordaré las patologías sociales y políticas de Estados Unidos más adelante.

El declive de Rusia está en una escala totalmente diferente. Durante dos décadas, mientras le devolvía a Rusia su estatus de gran potencia —después de la debacle del final de la Guerra Fría y la

desintegración de la Unión Soviética—, Vladímir Putin se fue haciendo cada vez más peligroso, autocrático y, de hecho, francamente cruel, como quedó demostrado por, entre otras cosas, el espeluznante envenenamiento de varios disidentes rusos. Putin inició guerras congeladas; es decir, conflictos y enfrentamientos militares permanentes por toda Ucrania y el Cáucaso. Asesinó o destruyó de otros modos a adversarios en la sociedad rusa, y los envenenamientos no son más que meros ejemplos. Y reconstruyó el complejo militar y de seguridad ruso, con una repugnante tendencia a lanzar ciberataques contra Occidente. Pero todo eso fue a una escala más bien pequeña. Por otro lado, contaba con gas natural de alta calidad y relativamente barato para vender a los países de la OTAN, en particular a Alemania.

Alemania fue clave para la estrategia de Putin. Alemania, que se vanagloriaba de ser la economía y la base industrial más potente de Europa, tenía, como sabemos, una larga y penosa historia con Rusia. Su amplio frente oriental con Rusia fue extremadamente sangriento en la Primera Guerra Mundial. Y, en la Segunda Guerra Mundial, el frente oriental constituyó, con gran diferencia, la contienda más sangrienta de todo el escenario europeo. Repito, unos veintisiete millones de soviéticos murieron durante la Segunda Guerra Mundial luchando contra la Alemania nazi. Solo en la batalla de Stalingrado, que cambió la suerte de la guerra contra Hitler, hubo aproximadamente dos millones de bajas alemanas y soviéticas. Como cuenta el historiador británico Antony Beevor, los extensos campos de muertos y moribundos en Stalingrado, aquejados por el hambre, la congelación, los piojos, las marchas forzadas y las ejecuciones, podrían incluso ser comparados con los sufrimientos en los campos de concentración nazis. Luego llegó la Guerra Fría, cuando el poder militar ruso puro y duro partió Alemania en dos. Alemania Oriental fue en gran medida un Estado comunista artificial ocupado por el Ejército soviético. Con esta historia traumática, los alemanes, a principios del siglo **xxi** , deseaban desesperadamente una relación normal con Rusia. De hecho, la *Ostpolitik* , la política de Alemania Occidental para normalizar las relaciones con la Alemania

Oriental comunista y el resto del bloque oriental a finales de la década 1960 y durante la de 1970, tuvo como tema central tender la mano a la Unión Soviética (el imperio comunista ruso) con el fin de reconducir esta historia difícil. En pocas palabras, ningún alemán quería otra guerra en el este. El gas natural ruso, transportado por gasoductos hasta Alemania y el resto del centro y este de Europa desde los yacimientos siberianos, parecía ofrecer una solución práctica y rentable a este dilema histórico.

El gas ruso, así se creía, resolvería las necesidades energéticas de Alemania a la vez que forjaba una relación estable e incluso amistosa entre Alemania y Rusia. Los acuerdos sobre el gas con Rusia hicieron sentirse bien al *establishment* político alemán consigo mismo, ya que estos acuerdos evitarían otra guerra en Europa, a la vez que ayudaban a Alemania y a los miembros clave de su *establishment* a hacerse extraordinariamente ricos. Por esta razón el *establishment* alemán apoyó que el anterior canciller, Gerhard Schröder, ocupara lucrativos puestos ejecutivos de alto nivel en empresas de energía rusas, como Nord Stream AG, Rosneft y Gazprom. Piénselo: un excanciller alemán, el equivalente a un expresidente de Estados Unidos, ocupando puestos directivos en las principales compañías energéticas de una gran potencia dictatorial y rival. Schröder solo podría haberlo hecho con el visto bueno de la canciller del momento, Angela Merkel. Merkel, del principal partido de centro derecha, la Unión Demócrata Cristiana, y Schröder, del principal partido de centro izquierda, el Partido Socialdemócrata, forjaron eficazmente una alianza política basada en el gas ruso que condujo a Alemania en una dirección estratégica neutralista situada entre la OTAN y Rusia, si bien Alemania era miembro de la OTAN y Estados Unidos pagaba su defensa. Era un buen trato, si podías conseguirlo. Y Alemania lo consiguió.

Solo había un obstáculo: el mismo Vladímir Putin. Toda la estrategia alemana que Merkel y su predecesor Schröder habían asumido se basaba en la premisa de que Putin iba a ser racional y fiable —es decir, a pesar de ser agresivo, desagradable y problemático, dieron por sentado que no haría estallar Europa—. Su anexión de Crimea y el inicio de una pequeña guerra no

convencional en el este de Ucrania en 2014, unido al envenenamiento de sus principales enemigos, sin duda era preocupante. Pero, mientras no hiciera algo como iniciar una guerra terrestre importante, podías hacer negocios con él, o así lo pensaba esencialmente el *establishment* político y económico alemán. Resultaría que este riesgo calculado y esta evaluación de un solo hombre eran totalmente erróneos.

Mientras sucedía todo esto —mientras atrapaba a Alemania y a otros países europeos con el gas natural ruso— Putin también los dividió apoyando a líderes populistas europeos como Viktor Orbán en Hungría y Marine Le Pen en Francia, líderes que, como el propio Putin, creían en la realidad de la nación étnica por encima de la realidad del individuo. Por todo lo anterior, Putin creía que una invasión rápida y eficaz de Ucrania forjaría una alianza permanente con la débil e insegura Alemania, desgajándola prácticamente de Occidente, lo cual tendría el efecto indirecto de socavar aún más las otras democracias liberales de Europa. Dividir Europa era claramente el interés de Putin, tal y como él lo definía. Se trataba solo de una invasión con éxito, o incluso solo de una invasión con éxito parcial, de Ucrania que podría terminar en cuestión de semanas con relativamente poco derramamiento de sangre.

La decisión de Putin de invadir Ucrania no fue la locura que parece. En el par de décadas anteriores a la invasión, había intervenido con éxito en Siria, Osetia del Sur y otros países, donde aprendió una lección diferente a la que aprendió George W. Bush en Irak. Lo que Putin pensó que había aprendido era que, en realidad, las guerras podían hacerse de forma económica y con éxito. De hecho, en aquellas guerras, así como en las operaciones mercenarias de Rusia en el África subsahariana, habían participado unidades relativamente pequeñas y profesionales, entregadas a la disciplina, con el entrenamiento adecuado y una moral razonablemente alta. En cuanto a Siria, Rusia intervino sobre todo desde el aire. Por lo tanto, a Putin debió parecerle que había conseguido modernizar a las Fuerzas Armadas rusas después del colapso de la Unión Soviética en la generación anterior.

Pero así como el *establishment* político y económico alemán malinterpretó a Putin, este malinterpretó a Ucrania. La historia, entre otras cosas, es un registro de estos errores de cálculo. Lo más conocido, tal vez, es la forma en que los líderes europeos a principios y mediados de la década de 1930 malinterpretaron a Hitler, y este, tras una racha de agresiones militares exitosas, malinterpretó la dificultad de conquistar la Unión Soviética. En la misma línea, Ucrania dio un vuelco a la idea de la racha de éxito en las intervenciones del propio Putin. No se trata de comparar a Hitler con Putin, hombres tremendamente distintos, sino de sugerir que la historia, en sentido muy amplio, puede seguir patrones similares.

Ucrania dio un vuelco a la idea de Putin de su propia invencibilidad. Porque él intentaba una guerra de escala en un país grande, no solo con la participación de fuerzas especiales y mercenarios, sino principalmente con un gran número de tropas convencionales y unidades de tanques. De repente, por primera vez en el registro de aventuras militares de Putin, hicieron falta armas combinadas, es decir, coordinación entre fuerzas aéreas, terrestres y navales, así como una estrategia realista digna de una campaña a la escala de la Segunda Guerra Mundial. Y eso, a la vez, significaba logística, logística y logística: coordinar el abastecimiento de combustible, alimentos, repuestos, unidades de mantenimiento, municiones, y vaya usted a saber qué más para un ejército grande adentrándose por separado en media docena de vías principales de avance. Resultó que ninguno de esos elementos fue evidente en la agresión inicial de Rusia contra Ucrania.

Varios años empotrado en las fuerzas terrestres de Estados Unidos durante la guerra global contra el terrorismo me habían enseñado que un ejército del primer mundo está formado en torno a su cuerpo de suboficiales: los diversos tipos de sargentos, cabos y otros suboficiales que imponen orgullo y disciplina a miles de soldados. Los oficiales diseñan la política y los planes, los suboficiales los aplican. La cultura militar depende mucho más de los suboficiales que de los oficiales. Los militares rusos que Putin envió a Ucrania apenas contaban con suboficiales. En las unidades de fuerzas especiales que habían luchado en las guerras pequeñas de Rusia,

eso no había importado mucho. El Grupo Wagner en Oriente Próximo, Oriente Medio y África y los «hombrecitos verdes» en el este de Ucrania eran mercenarios con otro nombre. Pero, dada la numerosa fuerza convencional que Rusia envió a Ucrania, la ausencia de un cuerpo de suboficiales fuerte y competente lo fue todo. Por eso un número relativamente grande de generales rusos murió pronto en la guerra: después de todo, en vez de permanecer en la retaguardia dirigiendo los movimientos a gran escala como en el ejército occidental, estaban adelantados y, consecuentemente, eran vulnerables porque no había suficientes oficiales de menor rango con autoridad ni suboficiales para cumplir sus órdenes. Un ejército del primer mundo, producto de la democracia occidental, descentraliza la toma de decisiones derivándola de rango en rango; un ejército del tercer mundo, especialmente si es producto de un legado soviético comunista, no lo hace. Rusia no lo hizo.

Además, los antiguos demonios rusos de décadas y siglos pasados de guerra terrestre ahora se reafirmaron. Los rusos eran más una turba en acción que un ejército. Este había sido siempre el caso. Por ejemplo, Nancy Mitford, en su biografía de Federico el Grande, escribe que, si bien se consideraba que en una campaña de 1759 el ejército prusiano quemó unas mil casas de civiles, los rusos quemaron unas quince mil. ⁹ Está también, por citar otro ejemplo raro pero revelador de la historia de las depredaciones, el tratamiento de Stalin a los civiles de etnia alemana fuera de Alemania al final de la Segunda Guerra Mundial. Los soviéticos deportaron y reclutaron a cientos de miles de estas personas para trabajos forzados, y consideraron esta acción atroz una compensación justa por la invasión alemana de la Unión Soviética. Un líder que podía perpetrar juicios-pantomima a enemigos políticos imaginarios y ampliar un sistema penal zarista hasta convertirlo en un archipiélago de campos de trabajos forzados conocidos como gulag —en los que murieron entre uno y dos millones de reclusos—, podía perpetrar fácilmente crímenes secundarios como los que cometió contra los alemanes étnicos. El mando de Putin tiene

antecedentes terroríficos de los que resulta que no puede divorciarse completamente.

Hasta qué punto son terroríficos estos antecedentes queda demostrado tal vez por la afirmación breve e impactante más grandiosa sobre la brutalidad del régimen estalinista, que tuvo sus raíces en el dictado de Lenin de que se debía perseguir a los inocentes con el fin de crear terror puro en la población. Me refiero a *Un día en la vida de Iván Denísovich*, la austera novela de Aleksandr Solzhenitsyn que relata hora a hora la experiencia de un recluso en un campo de trabajo soviético: «Los que habían agotado su tiempo (...) habían sido mantenidos en “pendientes de órdenes posteriores” (...) De forma que los sentenciados a tres años al principio cumplían un total de cinco. Podían retorcer la ley como quisieran. Cuando llegabas al final de tus diez años podían decir: “bueno, pues otros diez”. O enviarte exiliado a algún lugar olvidado de la mano de Dios». De este modo lacónico revela Solzhenitsyn que el edificio de la ideología comunista se cimentaba sobre un absoluto cinismo. Porque se trata de un mundo en el que unas botas que se agrietaran cerca del fuego podrían condenar a muerte a un hombre en el invierno siberiano, puesto que las autoridades no le iban a dar un par nuevo hasta la primavera. [10](#)

Tal malicia y brutalidad contra los inocentes privaba completamente de significado al individuo en lo que para los soviéticos era la lucha esencialista entre naciones y grupos étnicos: algo que definía las acciones rusas a lo largo de la historia y que constituye una tradición de la que Putin es heredero. De igual manera, la destrucción indiscriminada y la crueldad abyecta, compañeros de cama de la indisciplina, en combinación con una baja moral y un legado histórico de ver a individuos de carne y hueso como meras abstracciones que podrían borrarse de una pizarra, eran rasgos característicos del ejército ruso en Ucrania, donde, como en los días de Stalin, imperaba el cinismo.

Sea cual sea el declive social y político que haya ocurrido en Estados Unidos tras el final de la Guerra Fría, la guerra de Ucrania mostró que Rusia —especialmente como ha revelado su máquina de

guerra— estaba en un estado de podredumbre mucho más avanzado. Estas dos situaciones, sencillamente, no tienen comparación. Al fin y al cabo, la guerra a gran escala, con su énfasis, como sabemos, en pertrechos, logística y organización social, puede constituir una auténtica auditoría de toda una cultura y civilización. ¹¹ De hecho, la sociedad rusa puede en realidad haber retrocedido en algunos aspectos desde que terminó la Guerra Fría, puesto que podría argumentarse que la actuación de sus fuerzas armadas en Afganistán en la década de 1980 fue mejor que en Ucrania. Lo que derrotó a la Unión Soviética en Afganistán no fue realmente la actuación de sus tropas y su logística, sino la tarea misma de llevar control y orden a una sociedad subdesarrollada situada en un terreno extenso y montañoso. Las Fuerzas Armadas soviéticas fueron mal utilizadas en Afganistán de forma similar a como las fuerzas militares estadounidenses fueron mal utilizadas tanto en Afganistán como en Irak. Sí, las guerras pueden ser auditorías de sociedades enteras. Y la guerra demostró que la Rusia de 2022 a 2024 en realidad puede haber estado retrocediendo desde los días de la antigua Unión Soviética. Una victoria rusa en Ucrania solo puede producirse mediante una gran y contundente incorporación de tropas y pertrechos de refresco.

Por lo tanto, si bien la política estadounidense ha luchado para encontrar una nueva normalidad tras décadas de dura división política, la política rusa, a juzgar por la auditoría de la guerra de Ucrania, necesita reconstruirse casi desde cero. En Ucrania, al final de 2023, Rusia había perdido ya 2.200 de sus 3.500 tanques y 315.000 de sus 360.000 soldados, por lo que se vio obligada a lanzar campañas de reclutamiento y a asaltar el sistema penitenciario. Es como si todo el tercio de siglo desde el colapso de la Unión Soviética —seguido por la caótica democracia de Boris Yeltsin y luego por la tiranía más disciplinada de Putin— hubiera sido un falso comienzo, como si fuera necesario empezar de nuevo, como si fuera 1991 otra vez.

Lo que solo el paso del tiempo podría revelar en su auténtica enormidad es que la cultura política rusa se haya deformado y

degradado tanto debido a largas décadas moralmente destructivas de comunismo y especialmente estalinismo, que solo algún tipo de réplica —en este caso el estilo de gobernar de Putin, cuyo fundamento era el cinismo más absoluto siguiendo la tradición de Lenin y Stalin— sería posible en el desastre resultante. Sin lugar a dudas, la tiranía de Vladímir Putin ha demostrado que los problemas del comunismo persisten en Rusia bien entrada la tercera década del siglo XXI .

De alguna manera, todos fuimos ingenuos sobre el comunismo cuando finalizó la Guerra Fría, asumimos automáticamente que Rusia y la antigua central comunista y la Europa del Este podrían simplemente quitarse las cadenas y ser libres. De hecho la Europa Central, que había tenido una tradición de clase media anterior a los cuarenta y cuatro años de comunismo, tenía muchas más posibilidades que la propia Rusia, que carecía en gran medida de esa tradición y había sufrido más de siete décadas de comunismo. El resurgimiento de un nivel leninista de cinismo en la forma del poder de Putin, seguido del caos de la década de 1990, fue previsto en realidad, aunque indirectamente, por la ya fallecida intelectual de la política y anterior embajadora de Estados Unidos en las Naciones Unidas Jeane J. Kirkpatrick, en su ensayo histórico y seminal «Dictatorships and Double Standards», publicado en el número de noviembre de 1979 de *Commentary* . Merece la pena dedicar algún tiempo al ensayo de Kirkpatrick para comprender contra qué seguimos enfrentándonos.

Las locuras en política exterior de la administración Carter fueron lo que motivó a Kirkpatrick a escribir su ensayo. Va al grano desde la primera frase: «El fracaso de la política exterior de la administración Carter está ahora claro para todo el mundo, salvo para sus arquitectos, e incluso ellos deben de tener ciertas dudas...». El problema, dice, es que el presidente Jimmy Carter se comporta como un hombre que «aborrece» solo a los autócratas de derechas, no a los de izquierdas. Y son estos últimos, a los que define como «revolucionarios», los que representan el verdadero problema. «Solo

la moda intelectual y la tiranía del pensamiento de derechas/izquierdas evita que los hombres inteligentes de buena voluntad perciban los hechos que demuestran que los gobiernos autoritarios tradicionales», es decir, los de derechas, «son menos represores que las autocracias [de izquierdas] revolucionarias, que son menos susceptibles a la liberalización y que son más compatibles con los intereses de Estados Unidos».

Continúa Kirkpatrick, y vale la pena citar esto en toda su extensión:

«Los autócratas tradicionales mantienen los repartos existentes de riqueza, poder, estatus y otros recursos que en la mayoría de las sociedades tradicionales favorecen a unos cuantos ricos y mantienen a las masas en la pobreza. Pero adoran a los dioses tradicionales y respetan los tabúes tradicionales. No alteran los ritmos de trabajo y ocio habituales, los lugares de residencia habituales, los patrones de las relaciones familiares y personales habituales». Pero, continúa, «precisamente lo contrario es cierto en los regímenes comunistas revolucionarios. Crean millones de refugiados porque reclaman la jurisdicción sobre toda la vida de la sociedad y demandan cambios que violan de tal manera sus valores interiorizados y sus hábitos que los habitantes huyen a decenas de miles con la curiosa expectativa de que sus actitudes, valores y objetivos “encajarán” mejor en un país extranjero que en su tierra natal».

Debido a que Kirkpatrick está escribiendo a finales de la década de 1970, fija su atención en los regímenes comunistas de Asia, en particular de Indochina, cuyos gobiernos enviaron al exilio a poblaciones completas. También defiende el régimen derechista de Somoza en Nicaragua y al sah de Irán, quienes, a pesar de todos sus defectos, no buscaban reformar sus sociedades «a la luz de alguna idea abstracta de justicia social o virtud política». Como ahora sabemos, los marxistas nicaragüenses posteriores a Somoza y los ayatolás iraníes después del sah, hicieron exactamente eso, y por ello llevaron a sus sociedades a tiranías mucho peores, dándole la razón a Kirkpatrick.

Kirkpatrick fue una pensadora original porque su filosofía era tanto realista como neoconservadora, posturas que normalmente se

oponen. Era realista en el sentido de que sabía que a lo largo de la historia la autocracia ha sido la opción por defecto mientras que la democracia es problemática. Por ejemplo, en Gran Bretaña, el recorrido desde la Carta Magna hasta los grandes proyectos de reformas duró siete siglos. Estados Unidos no puede generalmente ser la «comadrona» de la democracia en lugares lejanos, creía. Fue neoconservadora durante la Guerra Fría porque sentía, como el presidente Ronald Reagan, que Estados Unidos tenía que derrotar al comunismo, no simplemente coexistir con él. Los regímenes revolucionarios comunistas destruyen del todo las sociedades — eliminando todas las capas de organizaciones cívicas entre el régimen, arriba, y la familia, abajo— y por lo tanto repararlas, como probablemente entendió bien, sería un proyecto de décadas. Los desastres de los regímenes de Yeltsin y Putin en Rusia después del comunismo de nuevo le han dado la razón.

Por lo tanto, el prolongado legado del comunismo (con todo su cinismo) en nuestro mundo actual debe ser añadido a la mezcla mortífera que acompaña los usos distópicos de la tecnología, el tamaño finito de la Tierra, las catástrofes por el cambio climático, el final tanto de las monarquías como de los imperios, el desarrollo acelerado del armamento de precisión así como la inteligencia artificial, etcétera. Y esta combinación mortífera también incluye las patologías de la urbanización que describiré en la tercera parte de este libro; todo esto explica la crisis permanente que, como veremos más adelante, se acerca a la lógica interior del poema de T. S. Eliot *La tierra baldía* , que incorporará un significado nuevo y más profundo con el paso de los años.

Imagine, Putin había tenido un aspecto tan potente, prácticamente invencible, en vísperas de la invasión de Ucrania el 23 de febrero de 2022, con sus ejércitos concentrados en tres de las fronteras de Ucrania, listos para avanzar. La OTAN en ese momento todavía seguía dividida, con los alemanes y franceses adoptando un enfoque más suave que los polacos, bálticos y otros europeos del centro y

del este que sí comparten fronteras con Rusia. Y el gas natural ruso era el factor central como lo había sido durante años. El recuerdo de las victorias de Putin en las guerras pequeñas en el cambio al siglo XXI estaba fresco todavía. Putin, en este momento, era respetado a regañadientes como táctico fabuloso. Su anexión de Crimea y la subversión militar del este de Ucrania en 2014 fueron populares internamente, incluso cuando hicieron enfadar a las élites políticas occidentales. Pero, como en las guerras de los Balcanes de la década de 1990, la mayor parte de la población estadounidense y europea no se implicó, por lo que podemos decir que Putin también se salió con la suya en este caso. La historia descansa a menudo sobre un pivote. No todo trata de vastas fuerzas impersonales sino con frecuencia de las emociones de un líder individual. Y la elección que Putin tenía que hacer era extremadamente binaria, incluso cuando se enfrentó a una situación en el terreno en Ucrania que parecía turbia y dada al misterio. ¿Se rendirían pronto los ucranianos? ¿O se defenderían con todas sus fuerzas?

Si Putin no hubiera invadido y negociado la neutralidad de Ucrania desde una posición de fuerza, Rusia probablemente seguiría siendo percibida como una gran potencia desconcertante. Pero, como optó por enviar columnas de tanques a través de la frontera, pronto quedó expuesto que su ejército y el armamento que llevaba —y la cultura que ambos encarnaban— carecían, sencillamente, de la calidad del primer mundo, y, por lo tanto, fue fácil contrarrestarlo al principio con las entregas de armas de la OTAN a los ucranianos. De hecho, lo que siguió —dado el espíritu de lucha de los ucranianos y las decenas de miles de millones de dólares en equipo militar que la administración Biden envió a Ucrania— fue la mayor demostración del poderío estadounidense desde la Primera Guerra del Golfo de 1991, cuando Estados Unidos expulsó a las fuerzas iraquíes de Kuwait durante la presidencia de George H. W. Bush. De repente, Estados Unidos se alzó como un gigante sobre los desventurados rusos que pronto enviarían al combate a cientos de miles de reclutas novatos, y apenas entrenados, para ganar unos centímetros o metros de territorio. Rusia se recuperaría, seguro, y lucharía contra

los ucranianos hasta llegar a un punto muerto, e incluso aguantar más que ellos. Pero ¿finalmente el Imperio ruso —es decir, la profunda influencia de Rusia en el Cáucaso meridional y septentrional, en Asia central, Siberia y el Lejano Oriente— sería capaz de soportar la enorme desviación de recursos para la guerra de Ucrania? La Primera Guerra Mundial cambió el siglo xx y el mundo porque se prolongó cuatro años. Si hubiera durado solo un año, o tal vez dos, la destrucción habría sido mitigada; quizá Lenin no hubiera accedido al poder, y tampoco Hitler más tarde. Por lo tanto, cada mes adicional de lucha continuada en Ucrania podría afectar a Rusia y a su proyecto imperial de modo similar, por no hablar del efecto que tendría en el mundo.

En las décadas anteriores a la Primera Guerra Mundial, las potencias europeas estaban distraídas con la llamada Cuestión Oriental, que trataba sobre cómo responder al fallecimiento a cámara lenta del Imperio otomano, cuya crueldad estaba «suavizada solo por la incompetencia». ¹² Lo mismo podría decirse de los rusos en Ucrania. Y de igual modo, la Cuestión Oriental puede volver a estar sobre la mesa, en la medida en que Estados Unidos y Europa dediquen los años a enfrentarse con la muerte o transformación del Imperio ruso.

Una vez más, el declive estadounidense era, en términos relativos, sutil y cualitativo, con los dos partidos políticos principales gravitando a veces hacia los extremos, con tensiones raciales periódicamente a punto de estallar, con los estándares culturales en caos, con las artes liberales que educan a las nuevas generaciones de estadounidenses amenazadas por la ideología, etcétera. Pero el declive de la civilización de Rusia era fundamental y cuantitativo: sencillamente, no tenía instituciones utilizables, ni siquiera un sistema para la sustitución del liderazgo. El Estado era una fuerza de la naturaleza que convenía evitar siempre que fuera posible. En este sentido, el fracaso inicial del Ejército fue obviamente un reflejo de todo el Estado ruso, empezando por arriba, donde nadie se atrevía a decirle a Putin la verdad. Esta fue en última instancia la razón por la que al principio tuvo tantas dificultades para conseguir la victoria en

Ucrania. Ese es el principal problema con los líderes autoritarios. La misma naturaleza intimidatoria de su modo de gobernar hace difícil que los subordinados se enfrenten a su jefe y, por lo tanto, el propio afán de prevenir tomando como base hechos desagradables — precisamente los hechos necesarios para las decisiones difíciles— es más difícil de conseguir de lo habitual. Los líderes autoritarios como Vladímir Putin y Xi Jinping están, hasta cierto punto, actuando a ciegas. Y, debido a su enorme poder sobre los acontecimientos, no solo ponen en peligro a sus países, sino, en consecuencia, a todo el mundo. Puede que las democracias no sean dinámicas, que lleguen con retraso y sean débiles en la toma de decisiones. Pero, en sus formas consultivas, las democracias tienen generalmente menos capacidad para cometer rotundos errores garrafales que los autoritarios. Sí, claro, el joven Bush elegido democráticamente invadió Irak. Pero Putin cometió el error garrafal más grande de invadir Ucrania, Stalin diezmó a su cuerpo de oficiales antes de la Segunda Guerra Mundial y Hitler invadió la Unión Soviética. La lista de errores garrafales autodestructivos de los dictadores es mucho más larga que la de los demócratas. Un mundo en el que las mayores potencias estén gobernadas por líderes autoritarios es, por lo tanto, mucho más inestable. Los líderes autoritarios que gobiernan Rusia, China, Irán, etcétera, constituyen otro elemento de nuestra crisis permanente. Aportan orden, pero de una clase extremadamente incierta.

La caída, tarde o temprano, de Putin conducirá más probablemente a la anarquía que a una democracia estable, o más probablemente a una situación política destartalada y mal definida en Rusia. Deberíamos tener en mente la situación semianárquica de Rusia en la década de 1990 para considerar lo que puede llegar en los próximos años. Los peligros posteriores a una autocracia son reales. Al igual que los imperios, los autócratas surgen a menudo del caos, pero también dejan el caos a su paso. Puesto que el análisis de Jeane Kirkpatrick de la diferencia entre dictadores de derechas y de izquierdas fue correcto, y ha soportado admirablemente el paso del tiempo, debemos ser pacientes respecto a Rusia. Como nos recordaba Daniel Patrick Moynihan, la verdad conservadora central

es la preeminencia de la cultura, no de la política, para determinar el éxito de una sociedad. En el caso de Rusia, el daño causado durante más de un siglo de desgobierno extremo en la cultura no se va a curar en una semana ni en un año siquiera. Lo repito: al igual que los diplomáticos europeos del siglo XIX se enfrentaron a la Cuestión Oriental surgida por el debilitamiento de la Turquía otomana, los diplomáticos occidentales del siglo XXI se enfrentarán a la Cuestión Euroasiática surgida por el debilitamiento potencial y la transición tumultuosa de Rusia.

Además del declive ruso y estadounidense, está también la variante china.

Durante décadas, a los estadounidenses China les ha parecido con frecuencia invencible, el propio motor de desarrollo económico y tecnológico que la ha transformado tanto a sí misma como al mundo. Ninguna nación en la historia económica conocida ha mejorado el estándar y la calidad de vida de tantas personas con tanta rapidez como lo ha hecho China bajo el extraordinario gobierno de Deng Xiaoping y sus sucesores inmediatos.

Deng ha sido subestimado a menudo en Occidente. Cuando el siglo pasado llegó a su fin, los entendidos e intelectuales estadounidenses estaban divididos respecto a quién era el hombre más grande de los últimos cien años: Winston Churchill, Franklin D. Roosevelt o Albert Einstein. El nombre de Deng Xiaoping, que gobernó China de forma oficial y *de facto*, desde mediados de la década de 1970 hasta principios la década de 1990, apenas se mencionaba. Eso reflejaba el modo clásico de pensar occidental, centrado en su propia experiencia histórica en vez de en las de los demás, que ve la libertad en términos políticos y filosóficos más que en términos sociales y económicos. Pero, teniendo en cuenta lo que es relevante para nuestro propio tiempo —un tiempo de inestabilidad, populismo destructivo, dictaduras intemperadas y anarquía en ciertos lugares— a la luz de la lucha de miles de millones de silenciosos en todo el planeta, a quienes les preocupa más poner suficiente comida en la mesa y dar seguridad a sus

familias que el derecho al voto, el logro de Deng es el más grande. Deng es lo que falta en el contexto global de hoy. La ausencia de dirigentes que se le parezcan contribuye a la crisis permanente. Puede parecer demasiado esperar que grandes potencias como China y Rusia sean estables y democráticas. Bastaría con que fueran estables y estuvieran gobernadas por líderes que fueran tanto ilustrados como burocráticamente competentes. Por ello, quiero dedicar algún tiempo al profesor de Harvard Ezra Vogel, autor de la magistral biografía de Deng Xiaoping, que, más que cualquier otro hombre, fue el padre del milagro económico original de Asia y cuya historia parece haber salido de las páginas de *Vidas paralelas* de Plutarco.

Deng se hizo cargo de China a la sombra de Mao Zedong. Mao había dejado China en la ruina social, institucional y económica. El país, de mil millones de personas en ese momento, había sido sumido en el caos. Las universidades habían cerrado. Los jóvenes con estudios eran obligados a un exilio rural. Las ciudades no tenían trabajo para ellos. Soldados y cuadros del partido sin experiencia burocrática controlaban los ministerios. El 80 % de la población vivía con cuarenta dólares al año. Todo esto constituyó el caos inmediatamente posterior a la Gran Revolución Cultural del Proletariado de Mao.

Entra Deng Xiaoping.

Ezra Vogel escribe que «algunos occidentales estaban tan impresionados con la franqueza y el pragmatismo de Deng que pensaban erróneamente que era un capitalista de corazón y que conduciría a China hacia una democracia al modo occidental». Pero Deng sabía mejor lo que era bueno para China «y no era el capitalismo y (...) la democracia», según Vogel. «En el proceso — como salvando un arroyo pisando de piedra en piedra—, guio la transformación de China hasta convertirlo en un país que era difícilmente reconocible del que había heredado en 1978». Al principio, Deng reconstruyó el partido comunista desde el caos de la Revolución Cultural porque sabía que solo el partido comunista, con

todos sus fallos, podía proporcionar orden en ese momento. ¹³ Los estadounidenses aplicaron esa lección cuando concedieron la amnistía a las bases del partido nazi en la Alemania ocupada tras la Segunda Guerra Mundial, para que Alemania volviera a ponerse en pie, pero lo olvidaron cuando disolvieron totalmente el partido Baaz en Irak después de la ocupación del país en 2003.

El buen sentido de Deng era producto de su experiencia vital. Cuando tenía veintitantos años, dirigió en Guangxi, en el centro meridional de China, tropas y milicias comunistas en batallas campales contra nacionalistas. Experimentó la muerte de su esposa y su hijo, debido a un aborto espontáneo durante un proceso febril, en un hospital local. Luego luchó contra los invasores japoneses y decidió las ejecuciones durante las intensas luchas internas entre facciones. Luchó para construir un orden político en su parcela de terreno en vez de hacer menos opresivo el existente —y fue purgado por Mao y tuvo que soportar trabajos forzados y reeducación en las provincias—. Durante la Revolución Cultural, Deng Pufang, hijo de Deng con su tercera esposa, quedó paralítico al caer por una ventana desde un tercer piso cuando lo estaban torturando los Guardias Rojos. Deng decidió seguir alabando a Mao y mantenerlo en un pedestal, pero adaptar valientemente la estrategia del partido a condiciones nuevas y de cambio. A mediados de la década de 1970, mientras estaba en proceso de lograr el poder, Deng sacó a los militares de los puestos del partido y los devolvió a los cuarteles. Ascendió a los mandos según su talento y competencia en lugar de por su ideología. Sabía que la estabilidad precedía a la modernización e hizo todo lo que pudo para socavar la veneración a los héroes, la ideología de línea dura y la movilización de las masas, justo lo opuesto a Mao y al dirigente actual de China, Xi Jinping. «Deng no toleraría el culto a la personalidad que Mao se permitía alegremente», escribe Vogel; «prácticamente no se colocaron estatuas de Deng en edificios públicos y prácticamente no se colgaban fotografías suyas en los hogares». ¹⁴

La decisión crucial de Deng, que ha determinado su estatus de gran figura histórica, fue su introducción gradual de elementos del

capitalismo en la China comunista en vez de utilizar terapia de choque como intentaron los rusos bajo la guía de Estados Unidos. Él sabía, escribe Vogel, que «China no tenía la experiencia, las reglas, los empresarios experimentados o el capital privado necesarios para convertirla de repente en una economía de mercado». ¹⁵ Debido a que Deng vivía en un temor constante al caos, se las arregló para evitarlo a la vez que reinventaba China. Era conservador burkeano a su manera, buscaba la conservación de los sistemas y valores existentes a la vez que, de forma concomitante, los obligaba a evolucionar. Optó por un cambio económico gradual y eligió reformar el partido, con límites en los periodos de mando, frente a la introducción de la democracia. Así fue como China se convirtió en un modelo para el mundo en vías de desarrollo.

A pesar de todo, Deng, a los ochenta y cuatro años, siguió siendo quien tomaba las decisiones finales en la represión del Gobierno contra las manifestaciones estudiantiles en la plaza de Tiananmen en junio de 1989, cuando mataron a cientos, si no miles, de estudiantes. Los estudiantes querían un cambio más inmediato a la democracia. Sin embargo, como indica Vogel, «en las dos décadas que siguieron a Tiananmen, China disfrutó de una relativa estabilidad y un rápido —incluso espectacular— crecimiento económico». ¹⁶ El comercio de China con el resto del mundo se multiplicó por cien, y 1,4 millones de jóvenes chinos fueron a estudiar al extranjero. Una buena parte de esto sucedió con Deng o como resultado de las políticas que Deng puso en marcha. Y una buena parte de esto, también, sucedió tras la estela de Tiananmen, no antes.

La diferencia entre la situación mundial de entonces y la de ahora, y entre las relaciones entre Estados Unidos y China, entonces y ahora, es la diferencia entre Deng Xiaoping y Xi Jinping. Deng se mantuvo centrado en el desarrollo de la economía china y en mejorar la vida diaria del ciudadano chino medio, sin provocar tensiones en el extranjero, y prefirió el comercio al conflicto, a diferencia de Xi. El mundo ha llegado a lo que es en gran medida porque tenemos autócratas como Xi y Putin en el poder, en vez de a

Deng y Gorbachov. Las últimas décadas del siglo xx fueron épocas de esperanza en las relaciones entre Estados Unidos y China porque coincidieron con la época de Deng y sus sucesores, de ideas similares. En cuanto al declive del liderazgo presidencial en Estados Unidos, ha sido real, pero menor, comparado con el declive del liderazgo chino y ruso, donde el pragmatismo ha dado lugar a la ideología leninista en Pekín y al gran imperialismo ruso en Moscú.

Xi Jinping no es más que un ideólogo leninista que ha hecho de la «lucha» el principio rector del Partido Comunista Chino. En discursos a altos líderes del partido, que se mantuvieron en secreto durante meses hasta que se publicaron en chino, Xi denunciaba la caída de la Unión Soviética y decía que «renunciar a Lenin y Stalin (...) es practicar el nihilismo histórico: confunde nuestros pensamientos y socava la organización del Partido a todos los niveles». Xi ha lamentado el fracaso del ala dura soviética en el intento de 1991 de derrocar a Mijaíl Gorbachov: «Ninguno fue bastante hombre para ponerse en pie y resistir». Xi continúa: «Los hechos nos dicen repetidamente que el análisis de Marx y Engels de la contradicción básica de la sociedad capitalista no ha quedado obsoleto, ni tampoco ha quedado obsoleta la visión materialista histórica de que el capitalismo perecerá inevitablemente y el socialismo triunfará inevitablemente». [17](#)

Para Xi, el poder absoluto y el compromiso absoluto con la ideología leninista con su enfoque en la dictadura pura en un Estado de un solo partido no bastan. Para subrayar la vuelta de China a los principios maoístas puros, derivados de Lenin, alguien muy destacado tenía que ser humillado públicamente de forma dramática con el fin de dejar claro el mensaje. Así, la consolidación de Xi en el poder en el congreso del Partido Comunista de octubre de 2022 en Pekín se logró con un giro personal cruel. Hu Jintao, el predecesor de Xi como presidente y anterior número uno de China, estaba sentado al lado de Xi, y pareció que dos asistentes le obligaban a salir de la sesión de clausura del congreso ante las cámaras de televisión. Hu era el último de los líderes del partido moderados y

pragmáticos en la línea de Deng. Y su salida involuntaria del salón simbolizó el fin de una época, e indicó que, de ahí en adelante, el mundo sería más peligroso.

De hecho, Xi salió del congreso del partido con un control sin igual del poder desde Mao. Y, por lo tanto, también con una capacidad sin igual para cometer grandes errores que podrían hacer temblar al mundo. Su decisión de no importar vacunas extranjeras asociada a la repentina salida de China de un régimen de covid cero, podría tener todavía graves consecuencias en la salud internacional. Su campaña para el control del Estado dará lugar a decisiones económicas arbitrarias e inestabilidad política que nos afectará a todos, según Eurasia Group, una asesoría de riesgos con sede en Nueva York. Vladimir Putin nos ha dado la guerra de Ucrania. Deberíamos recelar de que Xi Jinping dé al mundo algo quizá igual de mortífero al estilo altamente sofisticado de la propia China. Porque China funciona a un nivel más alto que Rusia o lo que fue la Unión Soviética.

Mientras durante la Guerra Fría la Unión Soviética representaba un adversario creíble solo en capacidades concretas —armas nucleares, guerra terrestre convencional, exploración espacial tripulada—, China compite de forma creíble con Estados Unidos en todas las áreas. China es una potencia militar y económica de espectro completo, con una vasta Armada primermundista, armas nucleares, un cuerpo de suboficiales consolidándose, y capacidades cibernéticas y digitales que van de la esfera militar a la del consumidor. China se está preparando para enviar a un hombre a la Luna. Sus eficientes trabajadores en la cadena de montaje fabrican muchos de los sofisticados productos electrónicos, y Estados Unidos y el resto del mundo lo consideran algo normal. A causa de todos estos éxitos, y debido a su de algún modo autoritarismo opaco, la estabilidad de China se ha dado por sentada durante demasiado tiempo. Pero China, como Estados Unidos y Rusia, aunque en diversos grados, está en decadencia. Como sabemos, los gobiernos de Deng Xiaoping, Jiang Zemin y Hu Jintao significaron un autoritarismo

relativamente progresista, ilustrado y colegiado con el que estadounidenses y europeos —en particular los empresarios occidentales— se sintieron cómodos. Este periodo contempló a China en la cumbre de su poder blando, por no decir de su poder duro, ya que China tenía amigos en Washington: no solo en la comunidad empresarial, sino en realidad en los medios, en el Congreso y en la Casa Blanca también. Pero esta comodidad/cordialidad no deja traslucir que Xi Jinping ha restituido a China al autoritarismo intransigente, rozando el totalitarismo, asociado a Mao Zedong. En consecuencia, China ha perdido a casi todos sus amigos en Washington.

Mientras esto sucedía, el crecimiento económico anual de China ha ido descendiendo lentamente de números de dos dígitos a números con un solo dígito, y finalmente tal vez a un solo dígito bajo. El capital ha huido del país, y los inversores extranjeros venden muchos miles de millones de dólares en bonos y miles de millones más en acciones chinas. Al mismo tiempo que la economía china ha madurado y la inversión extranjera ha disminuido, su población ha envejecido y su fuerza laboral ha menguado; en consecuencia, el crecimiento económico se ha reducido. Por otra parte, al dirigir la actividad económica y la toma de decisiones cada vez más hacia el Estado, Xi Jinping, según Kevin Rudd, el presidente global de Asia Society, «ha estado matando a la gallina» que durante casi cuatro décadas «ha puesto huevos de oro». ¹⁸Y, mientras la economía china en decadencia conduce a más tensiones sociales y políticas —mire las manifestaciones de finales de 2022 contra el confinamiento por el COVID-19—, la opción por defecto de sus líderes bien podría ser una mayor dosis de nacionalismo moralista y autoafirmación en política exterior. Tenga en cuenta que el Pentágono pronostica que China tendrá al menos un millón de armas nucleares al final de esta década. ¹⁹Así, aquí, como en Rusia, los problemas del comunismo siguen con nosotros, y, en consecuencia, las tensiones militares continúan elevadas en el Pacífico occidental.

Es decir, Japón aumentará su presupuesto de defensa en más del 50 % en los próximos años y adquirirá cientos de misiles avanzados

que pueden llegar hasta muy al interior de China y Corea del Norte, a los que Japón considera ahora amenazas activas. Los japoneses están alarmados en particular por la perspectiva de una invasión china de Taiwán, que está cerca de sus islas Ryūkyū. Por otro lado, mientras la China de Xi ha obligado a Japón a salir de su coraza pacifista y a aumentar su ya potente Armada y fuerza aérea, Estados Unidos, Gran Bretaña y Australia han iniciado una política industrial militar para proporcionar a Australia submarinos nucleares capaces de operar cerca de China. Tal y como Gran Bretaña, desde antes de la Segunda Guerra Mundial, ha servido de plataforma geopolítica para Estados Unidos próxima a Europa, Australia, situada en la confluencia de los océanos Pacífico e Índico, en el futuro hará lo mismo para la región indopacífica cercana a la China continental. Esta nueva alianza *de facto* anglosajona une de hecho a la OTAN con la región indopacífica a través de Gran Bretaña, y enlaza específicamente a la OTAN con «el Quad», la alianza de democracias del Indo-Pacífico que incluye a Japón y a la India así como a Estados Unidos y Australia. ²⁰ Esto, de nuevo, es un ejemplo del efecto desestabilizador de una Tierra finita, ya que los sistemas de alianzas militares operan ahora como un todo unificado en ambos hemisferios, y en ambos extremos del supercontinente euroasiático. Si bien en la Segunda Guerra Mundial los escenarios europeos y pacíficos estaban más o menos separados, en el siglo XXI la conexión entre los dos escenarios será mucho más orgánica, ya que la propia Europa está convirtiéndose en un actor más importante en la defensa del Pacífico, además de sus robustas conexiones económicas con China. El planeta se está convirtiendo en lo peor de ambos mundos: un escenario de conflicto unificado, pero donde cada extremo lejano de ese escenario puede afectar al otro extremo, situado a miles de kilómetros de distancia, y causar una erupción.

Esta nueva guerra fría entre Estados Unidos y China no es probable que termine en un futuro previsible, si no surge algún imprevisto. Estados Unidos y China están en desacuerdo en varios frentes importantes. El Ejército chino considera los mares de la China Meridional y la China Oriental territorios propios y las

extensiones de mar abierto de su masa terrestre continental, de forma muy parecida a como los estadounidenses consideraban el Caribe a finales del siglo XIX y principios del XX. Por otro lado, el Ejército de Estados Unidos considera aguas propias las del Pacífico occidental, también, en la creencia de que Estados Unidos es una potencia asiática desde la apertura de Japón en 1853, la guerra filipino-estadounidense a finales del siglo XIX y principios del XX, la Segunda Guerra Mundial en el Pacífico, Corea y Vietnam. La época cibernética solo hace más tenso este conflicto, puesto que el enemigo está a un clic de distancia en vez de a miles de kilómetros, con la capacidad que tiene un ordenador para sembrar la destrucción desde lejos. Los chinos ya han lanzado operaciones de hackeo importantes contra el Pentágono y la Armada de Estados Unidos. Una guerra futura en el Pacífico sería una competición de sistemas armamentísticos informatizados y gestionados por inteligencia artificial que conectarían los buques de guerra con el espacio exterior. Además, está el comercio, en el que los dos países mantienen una tensa competencia, a la vez que cooperan. Quizá nunca antes en la historia reciente dos potencias importantes se han encontrado tan al borde de un conflicto a la vez que están tan imbricadas en relaciones económicas que benefician a ambas. Este es el factor más diferenciador entre la guerra fría actual y la que hubo con la Unión Soviética, que, esencialmente, no tenía una economía comercial e industrial. Y es también intrínseco a una época de globalización y regionalización en una tierra finita, en la que los Estados se encuentran estrechamente interrelacionados a muchos niveles, aunque compitan. Finalmente, hay que mencionar la ideología, de la que hemos hablado al comparar a Deng Xiaoping con Xi Jinping. Cuando China estaba gobernada por líderes más moderados, de todos modos había una profunda diferencia entre su sistema y el nuestro democrático. Pero ahora, bajo el totalitarismo de Xi, la diferencia con Estados Unidos es mucho más dura: existe un choque filosófico total de sistemas de gobernanza. Y con ello llega una animosidad y sospecha mutua, en la que cada disputa se imagina como existencial.

Lo mejor que cabe esperar en esta guerra fría entre Estados Unidos y China es una situación similar a la que hubo tras la crisis de los misiles de Cuba. Durante la crisis de los misiles de Cuba de 1962, ambas superpotencias se asomaron al abismo, viendo claramente la posibilidad de una guerra nuclear abierta. Debido a que ese fantasma los aterrorizó completamente, a partir de ahí dieron un paso atrás, y en los años siguientes establecieron una «línea caliente» entre los líderes estadounidenses y soviéticos para facilitar la comunicación, e iniciaron diversos tipos de tratados con la intención de limitar la posibilidad de conflicto nuclear; todo ello culminó en la distensión. Los problemas de la Guerra Fría no se resolvieron, pero se establecieron normas de comportamiento en torno a ellos. Esto sucedió a pesar de que la Unión Soviética había empezado discretamente a declinar, si bien pocos se habían dado cuenta.

China, también está en declive, con una población que envejece más rápido que la de Estados Unidos (que en realidad se está reduciendo) y con su compleja economía dirigida por ideólogos marxistas-leninistas. Puesto que las tres grandes potencias —Rusia, China y Estados Unidos— están en decadencia, aunque de distinta forma y a diferente ritmo, puede que Estados Unidos, que mantiene su capacidad de renovación democrática, tenga una ventaja comparativa frente a las dos potencias autoritarias, a pesar de su amargo déficit.

También es importante darse cuenta de que cada gran potencia, a su propia manera, de nuevo, es una potencia imperial. El imperialismo histórico ruso (retrocediendo a las conquistas de la dinastía Romanov) resultó evidente en Ucrania. El imperialismo histórico chino (retrocediendo a las conquistas de la dinastía Qing) es evidente en su deseo de gobernar Taiwán. En cuanto a Estados Unidos, desde el final de la Segunda Guerra Mundial, dado su poder económico y militar de alcance mundial, ha sido un imperio en todo salvo en su nombre. Por lo tanto, el declive de las grandes potencias indica otra campanada de muerte para las virtudes estabilizadoras

del imperialismo y el relativo orden político que conlleva, que se remontan al amanecer de la historia, por muy pasado de moda que haya estado el imperialismo desde la segunda mitad del siglo xx .

Pero, debido a que la decadencia en las tres grandes potencias es relativa entre ellas, habrá giros y cambios en este proceso. Por ejemplo, puesto que Rusia decae a mayor rapidez que China, la influencia de China sobre Rusia ha aumentado. Esto ha llevado a que Rusia se haya convertido en una esfera de influencia china, ya que China extrae hidrocarburos de Rusia a precios de saldo, y China supera a Rusia en influencia en lo que fue la Asia central soviética, etcétera. China, en otras palabras, debido a la débil posición de Rusia, ha pasado de ser una potencia en el Pacífico y en Asia, a ser una potencia euroasiática. En la mayor parte de la historia, el supercontinente de Eurasia era demasiado grande para que tuviera un significado perceptible. Pero, como escribí en *La venganza de la geografía: cómo los mapas condicionan el destino de las naciones* (2013) y *El retorno del mundo de Marco Polo* (2019), la reducción de la tierra por la geografía ha creado una situación en la que Eurasia de repente solo es imaginable en términos geopolíticos. El surgimiento de China como potencia euroasiática, englobando a Rusia, no es más que una señal de esto. [21](#)

De nuevo, los imperios surgen del caos pero su debilitamiento y disolución dan paso a nuevas formas de caos. La historia no ofrece solución a este dilema. La decadencia imperial puede tomar años, décadas o incluso siglos, conduciendo continuamente a trastornos regionales y otras patologías. El Imperio otomano era conocido como el «hombre enfermo de Europa» durante la mayor parte del siglo xix y principios del xx , y culminó con las guerras de los Balcanes, la Primera Guerra Mundial y la guerra greco-turca. Debido a que la decadencia de las potencias imperiales puede significar más agresión por su parte (a medida que se hacen más inseguras y desesperadas), aunque aumente el caos en sus zonas de influencia, la geopolítica global pasará a ser más tumultuosa, no menos. Por

utilizar un término financiero, en un futuro predecible estaremos en un mercado expansivo geopolítico.

Déjeme enfatizar: los efectos de segundo y tercer orden del declive de una gran potencia, aunque sean graduales e irregulares, se traducirán en más atrocidades en el mundo en vías de desarrollo y en el sistema internacional. Áreas que antiguamente se consideraban relativamente estables, lo serán menos. Los desequilibrios se intensificarán en todas partes.

La estabilidad de Europa seguirá siendo socavada por Rusia. Una época pos-Putin en Moscú podría ser tan peligrosa como la situación actual. Rusia es un Estado débilmente institucionalizado, especialmente en comparación con China, en el que después de Putin podría fácilmente surgir la anarquía. En términos de un caos potencial, Rusia podría incluso ser una versión baja en calorías de la anterior Yugoslavia, un Estado que se desmorona con armas nucleares suficientes para destruir a Estados Unidos en treinta minutos. No existe un procedimiento acordado para sustituir a Putin, a diferencia de China, donde el partido comunista cuenta con un procedimiento para sustituir a Xi si llegara a estar incapacitado. El propio Putin tendrá que gobernar hasta su muerte para estar seguro, y esa era la situación incluso antes de invadir Ucrania. Putin está en el centro de varias ramas y círculos de oligarcas y hombres fuertes del Ejército y la inteligencia, que dependen de él para mantener su poder y sus puestos. Ese es el auténtico alcance de la rama ejecutiva de Rusia. Por lo tanto, una democracia estable no es el escenario de caso base para Rusia después de Putin. El escenario de caso base es algo afín a un régimen nacionalista-militarista, o a una democracia demasiado incoherente para ser capaz en realidad de gobernar. Esto conducirá a más anarquía e inestabilidad en las regiones débilmente institucionalizadas del Imperio ruso, a la vez que China se afianza allí. Como esos lugares no están en la mente de las élites de Washington y Nueva York, le prestarán poca atención, aunque proclamen una época de democracia debido a la futura reconstrucción de Ucrania en la posguerra.

Una Ucrania victoriosa de posguerra se incorporaría de modo formal o informal a la OTAN y a la Unión Europea, desplazando

físicamente a la Alianza Atlántica original hacia el este, con su equivalente económico. Incluso en las mejores circunstancias, eso sería mucho que digerir para los burócratas de Bruselas. Ucrania es un país de cuarenta y cuatro millones de personas golpeado por la guerra y con instituciones frágiles y un alto nivel de corrupción. Incorporar España, Portugal, Grecia y Turquía a la OTAN, y España, Portugal y Grecia a la Unión Europea, nunca fueron retos fáciles; ni lo fueron más tarde las incorporaciones de la antigua Europa Central comunista y parte de los Balcanes. A mediados y finales de la década de 2020, esta OTAN ampliada y agigantada y la Unión Europea estarán pendientes de su miembro más reciente. Y esto conducirá a constelaciones informales dentro de estas organizaciones. Cuanto más grande se hace una organización, a menudo más difícil de manejar y superficial se hace, cambia su propia naturaleza, como hemos visto en muchas fusiones empresariales. La OTAN podría dividirse informalmente en dos, con un eje más militante Polonia-Ucrania-Rumanía, apoyado por Gran Bretaña, y emulando al antiguo Intermarium, un concepto de la década de 1920 que significa «entre mares», es decir, el mar Báltico y el mar Negro —una franja de Estados para protegerse de la expansión rusa hacia el oeste—. Dicha subdivisión de la OTAN, que podría debilitar a la Alianza en su conjunto, competiría con Francia y Alemania, más pacifistas, mientras Suecia, Finlandia y los antiguos tres Estados bálticos soviéticos crearían su propio sistema nervioso de seguridad para protegerse de Rusia que, incluso en una situación de debilidad y desorden pos-Putin, tendría armamento nuclear y sería peligrosa, y con una larga historia de reconstrucción de su imperio a partir de épocas de caos. Además, estarán los países mediterráneos de la OTAN y la Unión Europea, que se centrarán en el problema de los refugiados e inmigrantes procedentes de las zonas con tasas de natalidad más altas de África, Oriente Próximo y Oriente Medio en el transcurso del siglo XXI. La población de esta región aumentará de 1.700 millones de personas a 4.400 millones a finales de este siglo, mientras que la población autóctona de Europa permanecerá estancada. ²²En África, el 95 % de la fuerza laboral

depende del empleo irregular, razón por la que decenas de millones de personas, si no más, quieren emigrar hacia el norte. ²³No, Europa no será del todo estable. Podría resultar que junto con largos periodos del siglo XIX , entre las guerras napoleónicas y la Primera Guerra Mundial y la división de la Guerra Fría en la segunda mitad del siglo XX , se siguiera considerando la época más tranquila de Europa.

En cuanto a Asia, sabemos que su estabilidad será socavada por el *shock* de una China con gobierno leninista, armándose rápidamente, más nacionalista y tumultuosa. Esto, naturalmente, significará presupuestos de defensa más altos y mayor actividad naval por todo el océano Pacífico occidental y el Índico. Esta competición será tanto abstracta como alienante, mientras miles de oficiales y marineros trabajan con luz mortecina, realizando operaciones a través de las pantallas de los ordenadores en buques de guerra de casco gris, donde los juegos bélicos son tan tensos como los ejercicios con fuego real en tierra, y lo puedo atestiguar como periodista empotrado en destructores y submarinos. La probabilidad de conflicto militar real en los mares de la China Meridional y la China Oriental será pequeña, pero, si pasara, las consecuencias serían graves para los mercados financieros, mucho más graves que la reacción del mercado ante la guerra de Ucrania y las guerras en Oriente Próximo y Oriente Medio, ya que las tres mayores economías mundiales estarán enzarzadas con armamento de última tecnología. Mientras tanto, Corea del Norte amenaza periódicamente con una conflagración no solo contra Corea del Sur, sino también contra Japón y Estados Unidos, mientras sus armas nucleares vectorializables siguen siendo su mejor defensa real contra cualquier intento de cambio de régimen.

Oriente Próximo y Oriente Medio seguirán en su lucha para crear regímenes, democráticos o no, que eviten la tiranía por un lado y la anarquía por otro. Esto llegará a ser algo más bien difícil ya que la población de Oriente Próximo y Oriente Medio aumenta en términos absolutos, a pesar de que los acuíferos siguen reduciéndose gradualmente. Esta batalla perdida podría conducir a regímenes

duros medioambientales, hobbesianos por naturaleza, como en Egipto, cuyo estilo autocrático y paranoide es el máximo resultado de no tener respuestas a la cuestión pueblo versus recursos naturales, todo agravado por el cambio climático. Pakistán puede ser el ejemplo más extremo de este fenómeno que se aproxima: un país concebido de forma artificial donde la democracia nunca ha funcionado, que tiene recursos escasos, enorme corrupción, asentamientos irregulares ingobernables y megaciudades, así como luchas étnicas y confesionales; cada categoría en contra de las demás generando ingobernabilidad.

Naturalmente, esto también describe más o menos a muchos países subsaharianos. Se nos dice que, debido a la relativamente alta tasa de crecimiento de la población de África, junto con su cada vez mayor clase media, el siglo XXI será triunfalmente un siglo africano. El hecho de que los países africanos ocupen los puestos más bajos del índice de desarrollo humano de las Naciones Unidas por razones directamente relacionadas con esa alta tasa de crecimiento de la población apenas se menciona. (Todos los países que ocupan los últimos diez puestos del índice pertenecen al África subsahariana). Como ya he dicho, África representará el 40 % de la población mundial en 2100. Estamos entrando, sin duda, en un mundo que será vasto, pero claustrofóbico; más accesible, pero más inextricable y complicado, y, lo que es más importante, cada vez menos atemperado por las grandes potencias, que no tendrán soluciones para muchos países.

No obstante, en el momento en que escribo, la geopolítica tiene una tendencia muy particular. Permítame explicarlo.

Un conflicto militar bipolar, de escala mundial, ha empezado. Progresará por etapas, hará guerra caliente en determinados lugares durante periodos prolongados, y guerra fría en otros lugares y tiempos. Será el principio organizativo de la geopolítica en los próximos años. No es un *choque de civilizaciones*, como lo expresó Samuel Huntington, pero es un choque: un choque de amplios sistemas de valores que, teniendo sus raíces en culturas nacionales y

tradiciones ancestrales, son esencialmente modernas y posmodernas en sus orígenes. Es una lucha bipolar que fusiona la guerra global contra el terrorismo con el conflicto entre las grandes potencias. En vez de que este último sustituya al anterior, como muchos habían supuesto que ocurriría después de que finalizaran nuestras guerras en Oriente Próximo y Oriente Medio tras el 11 de septiembre y la invasión rusa de Ucrania en 2022, los dos dramas funcionan ahora juntos, como consecuencia de la guerra de Gaza y los atentados terroristas con muchas víctimas que todavía puedan producir.

Un polo de este mundo bipolar da lugar a Estados satélite como Rusia y Corea del Norte; Estados totalitarios como China y, de nuevo, Corea del Norte; un Estado revolucionario y terrorista como el confesional Irán, con todos sus *proxies* ; y un movimiento que, como ya explicaré, es a la vez antiguo, industrial y posindustrial: el antisemitismo. Estos son enemigos más imponentes y, en cierto modo, más nihilistas que la antigua Unión Soviética y la China de Mao Zedong. Los líderes soviéticos, debido a que en muchos casos eran supervivientes de la Segunda Guerra Mundial y de las purgas de Stalin, fueron generalmente conservadores y reacios a correr riesgos en sus acciones. Y, cuando no lo fueron, como Nikita Jrushchov en la crisis de los misiles cubanos de 1962, pagaron el precio siendo apartados del poder. La invasión de Afganistán de Leonid Brézhnev en 1979 acabó provocando la caída de todo el sistema soviético. En cuanto a Mao, con todas sus atrocidades contra su propio pueblo, pudo ser un actor racional en asuntos exteriores, como demostró la administración Nixon. La cosecha actual de villanos constituye un elemento humano más inestable y difícil de predecir que a lo que estábamos acostumbrados durante la Guerra Fría.

Y estos villanos están todos interrelacionados.

Rusia, por medio de su grupo mercenario Wagner, amenazó con enviar un sistema de defensa aéreo para ayudar al *proxy* iraní Hezbolá a luchar contra Israel en la frontera libanesa-israelí. La reciente alianza militar de Rusia con Irán, que reúne pertrechos y drones para Moscú en su guerra contra Ucrania, hace que el presidente Vladímir Putin sea un aliado *de facto* del líder supremo

iraní Alí Jamenei contra Israel. Corea del Norte también está enviando armas a Rusia, lo cual ayuda a Rusia en su invasión de Ucrania, mientras China apoya a Rusia y se beneficia de la distracción del ataque de Hamás a Israel. Así es como están conectadas Ucrania y Gaza.

En todo esto deberíamos tener cuidado en cómo etiquetamos a nuestro bando. Nuestro bando estaría mal etiquetado como mundo de las democracias, no solo porque algo como el antisemitismo ha arraigado dentro de las democracias (como muestra, nuestros campus universitarios), sino porque nuestro bando también incluye autocracias conservadoras tales como los regímenes del golfo Pérsico, Jordania, Egipto y demás, que apoyan el *statu quo* de la región, en oposición al caos revolucionario que un régimen como Irán amenaza con provocar. De hecho, se trata de una lucha bipolar entre potencias del *statu quo* como nosotros mismos y líderes y movimientos que quieren derribar el orden pos-Guerra Fría existente, sea por adquisición territorial, como Rusia en Ucrania, o como China respecto a Taiwán, o por la erradicación de un pueblo entero —el objetivo de la coalición de Irán respecto a Israel—. Orden versus desorden. De eso se trata. La Segunda Guerra Mundial fue algo parecido, ya que los nazis y los fascistas japoneses intentaron sustituir un mundo ordenado, con todos sus fallos, por asesinato en masa revolucionario, conquista militar y extremismo. Nuestros adversarios en la Guerra Fría, en comparación, fueron cautelosos.

En términos geopolíticos, la lucha es también entre las potencias del Heartland euroasiático de Rusia, China, Corea del Norte e Irán, y las potencias del Rimland que son esencialmente marítimas, con algunas variaciones, como Estados Unidos, Europa, Ucrania, Israel y las potencias árabes suníes conservadoras desde el golfo hasta el mar Rojo y el Mediterráneo. Son distinciones geográficas sobre las que escribí en detalle en *La venganza de la geografía*. Pero he de admitir, a la vista de cómo ha comprimido la tecnología a la geografía, creando a través de medios digitales una plataforma global de política performativa, que esto se entiende mejor como una guerra de ideas con ramificaciones geopolíticas y militares. Las

divisiones Heartland y Rimland, sencillamente, no captan del todo lo que está pasando. El antisemitismo, sí; ya que su última manifestación ha sido provocada por la guerra entre Israel y Gaza, y desde entonces se ha extendido por todo Occidente, hasta el Imperio ruso e incluso China. Como ejemplo, los disturbios parecidos a pogromos en la república rusa de Daguestán en respuesta a la llegada de un vuelo procedente de Israel, y los ataques a judíos en círculos de medios sociales chinos en la estela del ataque de Hamás del 7 de octubre de 2023.

Antisemitismo es una palabra con profundas asociaciones históricas. Conjura el odio a los judíos en la Europa medieval, pogromos contra judíos en la zona de asentamiento de Rusia antes y en torno al cambio al siglo xx , y por supuesto, culmina en el holocausto nazi a mediados del siglo xx . El Holocausto, en particular, dio al antisemitismo un aura de Revolución industrial, en la que la convergencia de las vías ferroviarias representa tanto la Revolución Industrial como los trenes que transportaban a los judíos a los campos de la muerte. Pero el antisemitismo puede ser también posindustrial, con sus propias asociaciones nuevas, aunque esté envuelto en una disputa territorial entre israelíes y palestinos, como cuando los terroristas de Hamás utilizaron cámaras GoPro para grabar su matanza de mujeres, niños y ancianos judíos el 7 de octubre. Esto fue nihilismo, odio violento a los judíos, política performativa posmoderna y gran estrategia iraní; todo a la vez, con indudables beneficios para Rusia y China.

Israel está en el centro de esta guerra geopolítica global. Esto se debe a que Israel no ha flaqueado en realidad. Israel no es la administración Biden proporcionando a los ucranianos solo la ayuda y el armamento suficientes para desgastar a los rusos, pero no suficientes para vencerles claramente. No es el presidente Xi Jinping esperando su ocasión para decidir si hace, y cuándo, un movimiento efectista para socavar la independencia *de facto* de Taiwán. Ni siquiera es Irán, que posiblemente busca todas las ventajas de ser una potencia nuclear umbral sin lanzar una sola bomba. Israel, a pesar de que su población puede estar dividida en muchos asuntos,

está absolutamente unida en cuanto a la necesidad de defender militarmente su territorio para derrotar a Hamás y para neutralizar a Irán y sus *proxies*.

Al final, la guerra en la sombra entre Israel e Irán —sabotaje industrial por parte de Israel y asesinato de científicos nucleares iraníes— puede acabar en un conflicto a gran escala en el que Israel ataque frontalmente a Irán. Avanzo esta teoría principalmente por las historias extremadamente personales y el horror del 7 de octubre, cuando asesinaron a mil doscientos israelíes, los torturaron, violaron y secuestraron de la manera más espantosa, que pueden haber alterado los cálculos israelíes sobre Irán —el principal apoyo de Hamás— en una dirección más decisiva.

Más allá de esto, muchos escenarios son posibles. Tenga en mente que el Gobierno confesional de Irán se apoya en una base cada vez más estrecha. Se ha comparado a Irán con un país de 85 millones de surcoreanos gobernados por una camarilla de norcoreanos. En 2022 hubo enormes manifestaciones antigubernamentales que exigían que los ayatolás abandonaran el gobierno. Y no fueron las primeras: en 2009, 2017, 2018 y 2019 también hubo levantamientos masivos contra el régimen. Queda un largo camino desde esas grandes protestas hasta un cambio político auténtico. Pero fueron protestas masivas las que derribaron el régimen del sah en 1979. Hemos de ser capaces de imaginar un sistema posrevolucionario en Irán, o al menos la clase de inestabilidad que empieza a inmovilizar la estructura de poder actual. Algo desde el exterior, como un ataque israelí o israelí-estadounidense con éxito contra instalaciones nucleares y de misiles iraníes, puede ayudar a hacerlo.

En cuanto a la guerra de Ucrania, como he dicho, puede ser simplemente el artista telonero de disturbios violentos en otras partes del extenso Imperio ruso, donde repúblicas siberianas como Buriatia y Tuvá han proporcionado soldados a Ucrania, y han muerto en números proporcionalmente mucho mayores que los rusos étnicos de lugares como Moscú y San Petersburgo. El Imperio ruso, a medida que esta guerra en Ucrania evoluciona a duras penas, puede estar listo para empezar a desmoronarse.

Y, curiosamente, un mundo así se entenderá cada vez menos, ya que los aterradores titulares y las versiones imperfectas de los medios desde lugares alejados tienen preferencia sobre lo que está ocurriendo en realidad sobre el terreno; no solo en Rusia, en Oriente Próximo y en Oriente Medio, sino también en las ciudades de crecimiento descontrolado, los barrios marginales y las carreteras del *bush* . Este es el ámbito en el que entramos a continuación: el de nuestra propia conciencia occidental a medida que se zambulle en la contracorriente de otras conciencias y civilizaciones, luchando no obstante por sobrevivir e influir y dirigir todas esas fuerzas geopolíticas enfrentadas mencionadas más arriba. El aislacionismo es el pasado: la inmersión completa en un mundo caótico es el futuro inevitable.

III

MULTITUDES Y CAOS

El cambio fundamental en geopolítica no se ha efectuado completamente. Las divisiones de las grandes potencias, la decadencia de los imperios, la reducción de la geografía a través de la tecnología, el legado del comunismo y el declive shakespeariano, todos desempeñan papeles monumentales en la agitada inestabilidad de nuestro mundo. Sin embargo, hay algo a la vez más general y más sutil que afecta tanto a la política mundial como a nuestra vida diaria.

De hecho, el cambio primordial en geopolítica es la urbanización, así como la intensificación de la política a la que conduce. Más del 55 % de la humanidad vive en ciudades; en 2050, más de dos tercios de la humanidad será urbana, y cada vez más densamente urbana. En 1975 había solamente tres megaciudades con decenas de millones de habitantes (Tokio, Nueva York y Ciudad de México). En 2014 ya había treinta y cuatro ciudades así. ¹ Se trata de un cambio fundamental porque, mientras la fractura de las grandes potencias afecta a los asuntos exteriores en una capa superficial, la urbanización combinada con los medios sociales proporciona el trasfondo psicológico y cultural que empuja los asuntos sociales desde debajo de la superficie, haciendo la política internacional más turbulenta. Así que necesito describirlo.

Quizá nadie, en el siglo xx , entendiera las ciudades a un nivel humano —lo que hace que funcionen, lo que hace que no funcionen y lo que en origen se pretendía que fueran— como la fallecida periodista canadiense-estadounidense Jane Jacobs, autora de la obra maestra *Muerte y vida de las grandes ciudades* . Jacobs dejó a un lado la teoría y la jerga para anunciar que todo tenía que ver con las aceras; no con la escala ni con lo altos y bonitos que eran los edificios: «Si las calles de una ciudad resultan interesantes, la ciudad

es interesante; si resultan sosas, la ciudad es sosa». A diferencia de los pueblos y las urbanizaciones de extrarradio, «las ciudades están, por definición, llenas de extraños». Y es el efecto de un extraño sobre otro, de una tienda sobre otra y sobre cada peatón, lo que, según explica Jacobs determina el éxito o el fracaso de una ciudad. «Aunque pudieran parecer modestos, sin propósito y aleatorios, los contactos en las aceras son la calderilla de donde se puede acumular la riqueza de la vida pública de una ciudad». Los barrios, y por extensión las aceras, requieren personas de distintos grupos de ingresos para funcionar e interactuar entre ellas, decía.

Por supuesto, en la actualidad demasiadas ciudades y centros urbanos (al menos durante el día) son para los ricos y para personas que son todas iguales, en vez de diferentes, dando como resultado lo que Jacobs proféticamente llama «La Gran Plaga de la Monotonía». De hecho, cada persona de los barrios ricos piensa de sí misma que es muy fascinante y se viste como tal, esforzándose en ser única, cuando en realidad todas son iguales. Jacobs dice que son «las diferencias, no los duplicados» las que contribuyen a que las ciudades funcionen bien y sean verdaderamente estéticas. Pero muy a menudo el resultado es «monotonía», en la que una ciudad, o una parte de esa ciudad, junto con sus habitantes, son casi idénticos a otra. Y debido a que, con el paso de los años y décadas, a medida que se ha ido invirtiendo dinero en las ciudades estadounidenses, dando como resultado edificios nuevos y más relucientes, solo tiendas o restaurantes pertenecientes a cadenas pueden permitirse pagar los alquileres, se añade otra capa de monotonía. ² Este ha sido especialmente el caso de las ciudades estadounidenses que «llegaron a ser espacios donde la gente podía ganar dinero», a diferencia de las europeas y asiáticas, que se fundaron como centros de cultura y poder político, explican los urbanistas R. Judd y Todd Swanstrom. ³

Las ciudades, no solo en Estados Unidos, sino en todo el mundo, rutilantes y monocromas, con atascos de tráfico por todas partes, han alcanzado tal escala, anclando nuestro sistema global cada vez más exigente, que los comentarios de Jacobs sobre aceras y barrios

pueden resultar pintorescos a pesar de lo necesarios que son todavía. De hecho, es fácil aplicar las observaciones de Jacobs a ciudades de todo el mundo, que pueden ser sosas o interesantes dependiendo de los factores que explica. En realidad, las ciudades nunca fueron pulcras y pintorescas, como bien sabía Jacobs. Siempre fueron lugares difíciles. Casi el mismo año que Jacobs publicó su monumental y esperanzador libro, Robert Lowell detectó un «servilismo salvaje» que empezaba a instalarse en la anteriormente digna Boston. ⁴ De hecho, décadas antes, el crítico Edmund Wilson quedó impactado por «la gente que se mataba trabajando en insulsas rutinas de oficina en células de ciudades gigantescas». ⁵ Y, a mediados del siglo XIX, el ensayista Thomas Carlyle vio en las multitudes de Londres una imagen de queso lleno de gusanos. ⁶ Ese era el Londres que sirvió de telón de fondo espiritual para muchas de las famosas novelas duras de Charles Dickens sobre la condición humana.

Jacobs no era ajena a nada de esto. Para ella, la ciudad era un proyecto, un lugar que se podía lograr que funcionara. Vio en ciudades de éxito lugares donde las opiniones serían diferentes, pero aun así la gente podía convivir, gracias al orgullo cívico y los buenos modales. Todo se resumía en eso. Lo que no vio —porque escribió a mediados y finales del siglo XX, antes de que tuvieran lugar las fusiones de las plataformas digitales con la vida de la ciudad, y a partir de ahí el efecto monumental de los medios sociales en la vida de la ciudad— fue que las ciudades, más que lugares de gloriosa diversidad de opiniones, podían convertirse también en espacios de comportamiento y psicología de masas categóricos. Desde Carlyle a mediados del siglo XIX hasta Jacobs a mediados y finales del siglo XX, tenemos imágenes de la ciudad durante toda la Revolución Industrial. La ciudad de la revolución digital es y podría ser algo muy diferente, puesto que la ciudad ha ido cambiando ante nuestros ojos.

De hecho, el mundo de Jacobs ha sido sustituido. El arquitecto canadiense-estadounidense Witold Rybczynski escribe que «los

barrios urbanos de mayor éxito han atraído, no a las familias obreras que ella exaltaba, sino a los ricos y a los jóvenes». ⁷ El urbanista Joel Kotkin observa que «en esta nueva ciudad de consumidores, el papel que desempeñaban los líderes religiosos y los aristócratas en las ciudades imperiales ha sido asumido por la riqueza global, los ingenieros financieros, los magnates de los medios y otros altos ejecutivos empresariales y proveedores de servicios». ⁸ «Las personas con más talento, ambición y riqueza convergen como nunca antes en un puñado de las principales ciudades superestrella y en los puntos de encuentro del conocimiento y la tecnología», escribe otro destacado urbanista, Richard Florida. Él lo llama «la fuerza agrupadora (...) del talento y la actividad económica» que clasifica y segrega de nuevo a la sociedad «por ingresos, estudios y clase». ⁹ Pero las clases segregadas pueden también estar muy cerca unas de las otras. «Incluso en el nuevo Brooklyn hípster y cada vez más caro», observa Kotkin, «casi un cuarto de los residentes —sobre todo afroamericanos y latinos— están por debajo del umbral de la pobreza. Mientras la burguesía rica compra en tiendas de quesos artesanales y frecuenta restaurantes de moda, uno de cada cuatro habitantes de Brooklyn recibe vales de comida». Dentro de estos enclaves ricos y progresistas, continúa Kotkin «se ven los mismos edificios, sean de Frank Gehry o de algún otro “arquitecto estrella” (...) Cada vez más, el perfil urbano de las ciudades y las urbanizaciones frente al mar o un lago, etcétera, se parecen mucho entre sí», convirtiéndose en lo que el arquitecto holandés Rem Koolhaas llamó «la ciudad genérica». ¹⁰

La visión de Jane Jacobs de aceras animadas y sin pretensiones, donde la gente de clases y opiniones diferentes se mezcla en diversos entornos arquitectónicos ha quedado patas arriba. Dentro de cada grupo de ingresos y profesiones hay ahora una conformidad creciente y alarmante, reflejada en las similitudes arquitectónicas alienantes. Lugares como Manhattan, Brooklyn y Boston están ahora en mejores condiciones, ya que su pasado venerable y su proximidad al agua han engendrado una estética original y un

apiñamiento en comparación con muchas otras ciudades del mundo, como Atlanta, Sao Paulo, Houston y Los Ángeles, donde «La Gran Plaga de la Monotonía» ha sido desde hace tiempo una cruda realidad. Estas diferencias y patologías son cruciales, ya que es por medio de su entorno inmediato cómo las masas, cada vez más urbanas, experimentan y reaccionan a los acontecimientos y la política mundial. El mundo tiene un aspecto diferente dependiendo de dónde te establezcas.

Nadie ha explicado la Gran Plaga de la Monotonía mejor y de forma más apasionada que el fallecido filósofo conservador inglés Roger Scruton. Describe el «lenguaje actual compuesto por muros cortina o losas horizontales, sin molduras, sombras o adornos (...) plantado como un adversario familiar en nuestras calles (...) al estilo “caja de zapatos”» como él lo llama, «que se puede encontrar en la periferia y cada vez más en el centro de nuestras ciudades. Los apologetas de esta clase de modernismo cotidiano» que rechazan lo neogriego y neogótico, y todos los órdenes clásicos, de hecho, «rechazan la calle como espacio público primordial». El resultado es a lo que Scruton se refiere como «los desechos concretos de una ciudad occidental moderna». ¹¹ Da a entender que la ciudad posmoderna, en vez de mostrar la humanidad de Jacobs, se erige, al menos en su arquitectura, como un rechazo del individuo, y de hecho, de todo el pasado con sus tradiciones. Y si la gente, debido a su entorno, está menos anclada en el pasado, es incluso más probable que los imperios, las monarquías y todas las demás tradiciones que históricamente han mantenido a los Estados y sociedades se disuelvan, y que lo hagan más rápidamente. Por lo tanto, las ciudades, en su contexto actual, pueden ser la peor pesadilla de los conservadores, porque los conservadores clásicos están más interesados en conservar la tradición que en erigir otras tradiciones nuevas e inciertas.

Y, sin embargo, las ciudades son el centro de todo. Son donde se hacen la política y las relaciones exteriores. Así que es el momento de investigar otra capa más profunda de la realidad urbana que nos

concierno en particular, y que fluye de las visiones y los temores algo distópicos de Scruton, Kotkin, Florida y otros filósofos y urbanistas.

El caso es que la gente, las ideas y los movimientos son menos estables en las ciudades que en el campo. Esto se debe a que es en las ciudades donde sucede generalmente el intercambio de la química intelectual, en entornos si no arquitectónicamente alienantes, al menos desorientadores en términos de multitudes, fábricas ruidosas y otros tipos de caos. Marx, Lenin, Hitler, etcétera, incubaron sus ideas en ciudades europeas. Al igual que Kant, Sartre y muchos otros filósofos. Incluso Mao, hijo de un campesino, adoptó el marxismo-leninismo en su estancia en la Universidad de Pekín. Las ciudades no serían ciudades si no fueran los lugares donde frecuentemente nacen las ideas, buenas o malas. De hecho, las ciudades que separan a la humanidad del mundo natural y sus ritmos, como demuestra la crítica de su arquitectura que hace Roger Scruton, impulsan las ideologías y las abstracciones que las forman. Se deduce, tanto directa como indirectamente, que el caos y el comportamiento de las masas son principalmente rasgos de las ciudades, ya que esas cosas surgen también de las ideas. La historia se hace obviamente en el campo, en gran medida. (Fue la gran tranquilidad del Vermont rural lo que ayudó a Solzhenitsyn a reunir sus pensamientos sobre la mayor revolución del siglo xx). Pero es mucha más la historia que se hace en las ciudades.

Las democracias posmodernas tienen sus raíces en el cosmopolitismo de la vida de la ciudad, aunque los políticos apelen constantemente al interior rural. Esto es en realidad una evolución extraordinaria. En las épocas temprana y media de la república estadounidense, la democracia, podría decirse, estaba condicionada por el campo y en particular por la zona central, donde muchos candidatos a altos cargos oficiales a finales del siglo XIX (James Garfield, Benjamin Harrison, William McKinley) habían llevado a cabo campañas presidenciales de «porche delantero» con éxito, pocas veces alejándose de su propia circunscripción en el Medio Oeste, y sin embargo acabaron en la Casa Blanca. Por supuesto, las

elecciones todavía pueden determinarse por coaliciones de votantes en el mismo interior. Pero los programas e ideas de las campañas presidenciales ahora se filtran cada vez más, y teniendo en cuenta sus sesgos, a través de los *establishments* de los medios de élite en las ciudades cosmopolitas, generalmente de la Costa Este, de modo que las elecciones presidenciales son de carácter nacional de una forma poderosa en que nunca solían serlo. Ahora, a un candidato se le «envasa» como si fuera un producto en un anuncio. *The New York Times*, que además de su página web cuenta con imprentas satélite por todo el país, tiene un profundo efecto en todas las elecciones nacionales y muchas estatales en todo el continente que habría dejado atónitos a las anteriores generaciones de políticos estadounidenses; además de que los reporteros del *Times* colectivamente representan la visión —es decir, los puntos de vista e incluso los prejuicios— de los cosmopolitas urbanos en el mundo global.

Es cierto, también prejuicios: la vida de la ciudad cosmopolita puede ser a veces intolerante y estar condicionada por el estado de ánimo de la multitud. Una mentira o una media verdad puede rebotar incesantemente dentro de la multitud antes de que emerja la verdad completa, a menudo demasiado tarde para reparar el daño en las reputaciones e influir en el resultado. Así es como los rumores que alimentan la ira y, en algunos casos, el nacionalismo sectario virulento pueden migrar por todo el mundo en vías de desarrollo. Porque aquí no estoy hablando solo del opulento oeste y sus ciudades cosmopolitas. Debido a la conectividad digital, las ciudades de cualquier parte, con su abundante humanidad, pueden ser lugares peligrosos, especialmente propensos a la manipulación de datos. Las mentiras, rumores y verdades a medias ocasionales pueden estropear la vida de una ciudad pequeña, seguro. Pero el efecto, la locura, es mayor en las ciudades grandes.

La época de los medios sociales y el vídeo digital solo amplifica la psicología multitudinaria. Toda la web es una ciudad. El fenómeno Trump, que surgió en vastas áreas del país —urbanas, periféricas y rurales— con sus seguidores dispuestos a creer cualquier cosa, es más difícil de imaginar en épocas más tempranas de la tecnología.

Pero el columnista conservador del *New York Times* Ross Douthat va mucho más allá al describir el mundo digital y de los medios sociales de los jóvenes, «con su movimiento de *pinball* entre extremos de narcisismo tóxico y la solidaridad de la turba, su lenguaje terapéutico sin ataduras desde la comunidad real, sus locuras conspiracionistas e ideológicas...». ¹² En realidad, este no es necesariamente un mundo urbano, puesto que puede afectar también a los adolescentes de los pueblos. Sin embargo, es más probable que sea un fenómeno urbano o de periferia, ya que aquí tenemos medios sociales reproduciendo las condiciones frenéticas de la ciudad con sus innumerables interacciones. La sociedad de masas es ya una realidad para nosotros de un modo que jamás imaginamos.

La causa primordial de la psicología multitudinaria está en el patrón espacial del contacto humano en las calles de la ciudad y en el interior de los edificios de gran altura. El urbanismo nos cambia. Nos recablea y, como veremos, no siempre para mejor. La nueva geografía del mundo da más miedo que la anterior, y es más desestabilizadora en términos de opinión pública excitable. Así se deteriorará la geopolítica. Este fenómeno no aparecerá nunca en los titulares. De hecho, no puede aparecer en titulares, ya que es más un proceso orgánico que un acontecimiento. Pero podrá observarlo en los acalorados e histéricos debates sobre política, interior y exterior, que ahora nunca cesan.

La sociedad de masas fue originalmente una criatura de los siglos XVIII y XIX , como nos informa el historiador y periodista británico Dominic Green:

Las revoluciones inglesa, estadounidense y francesa no fueron aberraciones; fueron precursoras de la democracia de masas y los nacionalismos. El vocabulario de la política moderna había llegado: constituciones, parlamentos, derechos nacionales e incluso naturales... La política de masas, con sus partidos, campañas, programas y votaciones pasaría a formar parte de la vida de cada persona. Lo privado sería político y el nombre del catecismo moderno sería «ideología». ¹³

La ideología, con sus muchos aterradores *ismos* , pareció alcanzar su clímax en el siglo xx . Aleksander Wat, un gran poeta e intelectual polaco cuya vida fue colindante con el siglo xx , y que tuvo familiares literalmente destruidos tanto por el nazismo como por el comunismo, escribió, en relación con el estalinismo, que fue «la respuesta global a la negación... esa hambre por algo que lo abarcara todo». Había «demasiado de todo. Demasiada gente, demasiadas ideas, demasiados libros». Esta es la abundancia de la ciudad que Wat describe. La única forma de salir adelante fue con un «sencillo catecismo», una idea que aplastaría a todas las demás. La respuesta del estalinismo fue reducir la vida interior «a polvo». Debido a que el estalinismo mató al hombre interior, representaba la «exteriorización» de todo. ¹⁴

Si había demasiados libros, ideas y gente en los días de Wat, eso sería solo una fracción de lo que hay que afrontar ahora. La propia alma, explica el filósofo rumano contemporáneo Horia-Roman Patapievici, está siendo vaciada debido al bombardeo de estímulos y la sustitución de la imaginación interior por la tecnología: teléfonos inteligentes, juguetes inteligentes y todo el despliegue de artículos electrónicos de los centros comerciales, además de la propia inteligencia artificial. De nuevo, es la ciudad y su periferia superabundante el escenario principal para todo esto. Y en él, la gente puede estar preparada para un nuevo catecismo, o una sucesión de ellos.

Son las masas hablando con una sola voz las que constituyen el peligro. La mayoría de las personas cree que genera sus propias ideas, pero en realidad sus ideas están preparadas por otros que piensan por ellas. La idea de que algún sermón, o publicación en un blog o tuit se ha hecho viral es una triste reflexión del estado del individualismo. ¹⁵ Las ciudades, tal y como las conocemos, se han convertido en espacios para las élites. Y las élites tienen una innegable tendencia hacia el pensamiento de grupo y las cámaras de resonancia, a pesar de su erudición. Las diferentes facciones de la élite eligen sus propios hechos y construyen opiniones. Las élites son esclavas de sus teléfonos inteligentes, incluso más que el resto de

nosotros. Y siempre están haciendo búsquedas en Google. Y Google categoriza los resultados de las búsquedas según con cuántas otras páginas están vinculadas, reforzando ese pensamiento de grupo, no la individualidad. Hablamos de palabras de moda y de nuevos acrónimos que se ponen de moda y del frenesí de los medios: todo esto son síntomas del pensamiento de grupo de las élites urbanas. Y, por supuesto, los diferentes pensamientos de grupo chocan entre ellos a través de silos y cámaras de resonancia que compiten entre sí.

Hay, sencillamente, una locura en torno a las grandes y palpitantes ciudades: quizá el mejor ejemplo negativo sea la superabarrotada, supercapitalizada y turística Times Square, con multitudes esquivando tanto a los sin techo como a la policía, cuyas armas y uniformes cada vez evocan más a los de las unidades de las fuerzas especiales.

Esto nos lleva abruptamente a Oswald Spengler, el gran filósofo e historiador y erudito alemán de principios del siglo xx , puede que de todos los tiempos, y autor del grueso volumen en dos tomos *La decadencia de Occidente (Der Untergang des Abendlandes)* , publicado en 1918 y 1922. La base de los vastos conocimientos de Spengler fue el rechazo a la especialización y ofrecía una celebración sin parangón de la educación general. La academia alemana, con su énfasis en los títulos acotados, despreció a este exprofesor que vivía en una pobreza monacal antes de ser famoso, y más tarde en aislamiento, al final de su vida, bajo Hitler. Sin embargo, con el paso del tiempo, la clarividencia de su obra roza lo asombroso, a pesar de sus reflexiones difíciles de seguir sobre la naturaleza cultural de las matemáticas, el alma fáustica y mágica, la voluntad gótica, etcétera. El despreciado Spengler —fue denunciado y malinterpretado por casi todos, de liberales a conservadores y nazis de su tiempo— había estudiado griego, latín, matemáticas y ciencias, incluso tenía una gran inclinación por las artes. Tiene mucho que decirnos sobre nuestro tiempo, por muy ultraconservadores que sean sus juicios. Vio decadencia cultural en todo, desde violentos disturbios laborales

hasta espectáculos deportivos que recordaban los del coliseo romano, la aparición de la liberada «mujer Ibsen», la «literatura megalopolitana», y el énfasis en el entretenimiento en prácticamente todo. Empezaré con esta perla espengleriana: mientras que el campo produce lo «popular», la «ciudad mundial», es decir, en nuestro contexto, internet, produce la «turba». [16](#)

Obviamente, lo «popular», con su conexión con una tierra natal míticamente pura y específica, y por lo tanto su odio innato al cosmopolitismo, también puede ser peligroso. El historiador de Yale Timothy Snyder, en uno de sus primeros libros, *The Reconstruction of Nations* (2003), conecta lo popular con el asesinato en masa, ya que la supuesta pureza de un grupo campesino en particular declara implícitamente la inferioridad de los grupos rivales y próximos, y en consecuencia, en una situación de guerra, puede eliminarlos. Tanto el fascismo como el comunismo han idealizado lo popular y han asumido su inocencia y virtud. De las décadas de corresponsal extranjero puedo recordar haber visto televisión controlada por el Estado en muchos Estados totalitarios donde el único entretenimiento ofrecido eran las arengas del dictador intercaladas con danzas campesinas. De tal manera, el cacique gobernaba en un paraíso folclórico. En Estados Unidos, con su estándar mucho más alto de desarrollo económico y su democracia liberal, este mismo fenómeno es, no obstante, evidente: indirectamente, claro. En Estados Unidos, lo «popular» pueden ser los seguidores de Donald Trump y Tucker Carlson, armados hasta los dientes, apoyándose en la segunda enmienda, nostálgicos de un país anterior y menos complicado, quizá incluso nostálgicos de la Confederación, y rodeados de teorías de la conspiración sobre fraude electoral, mientras desafían a los bastiones progresistas de los medios de comunicación mundiales y a la ciudad cosmopolita. Pero lo «popular» en el campo está en declive demográfico, una razón, tal vez, de su extremismo; para empezar, porque su mundo menos complicado y más rural de valores tradicionales está literalmente fagocitado por urbanizaciones más o menos nuevas, zonas residenciales de transición y tecnología intrusiva, puesto que el

hecho de urbanizar pasa factura. Y a medida que la urbanización, y la urbanización periférica cada vez más abarrotada, se van haciendo irremediables, el futuro pertenece a la «turba». Mientras lo popular en la derecha política está obsesionado con las teorías conspirativas, la turba de la izquierda política está obsesionada con la conformidad: «si no estás de acuerdo con nosotros en todos y cada uno de los puntos, te destruiremos».

Los disturbios urbanos y el pillaje que causaron daños importantes a la propiedad y crearon bolsas de anarquía en el centro de las ciudades por todo Estados Unidos —e hicieron que al menos doscientas ciudades anunciaran toque de queda— después de que la policía de Mineápolis asesinara al afroamericano George Floyd en mayo de 2020, fueron solo el ejemplo más extremo de la turba en acción. Gary Saul Morson, un profesor de literatura rusa en la Northwestern University, dijo que esos disturbios guardaban similitudes con los que precedieron a la Revolución bolchevique, puesto que en ambos casos existía el fenómeno de las «personas progresistas bien intencionadas», una auténtica *intelligentsia* que no «se atrevía a decir que la anarquía está mal». Y continúa: «Cuando eres arrastrado a algo en lo que no crees realmente —porque de lo contrario te identificas con los malos, y tu identidad primaria es ser uno de los “buenos”— acabarás apoyando cosas» que son repugnantes. «Y, a menos que haya alguna fuerza moral que lo pare, la caída se acelerará». ¹⁷ De hecho, tanto Estados Unidos en 2020 como Rusia en 1917 demostraron el fenómeno de personas genuinamente progresistas intimidadas socialmente para que apoyaran movimientos más a la izquierda, que también acabaron siendo violentos.

Pero la turba urbana actual pocas veces es una turba física. En este contexto, es una reunión de voces, todas en completo acuerdo y centradas en la destrucción de un solo individuo, con el fin de intimidar a muchos. Esta clase de turba es el máximo enemigo de la libertad, ya que su efecto es abolir el pensamiento individual en sí mismo. Recuerde que el nazismo y el estalinismo trabajaron muy a menudo en silenciar el pensamiento individual, de modo que cada

uno estuviera de acuerdo con el otro. La llamada «cultura de la cancelación» en la que el estatus profesional de una persona y su habilidad para hablar y publicar se reducen o, en casos excepcionales, se extinguen —al igual, obviamente, que su capacidad para ganarse la vida—, todo a causa de una o varias opiniones que pueda tener, es un ejemplo de esa turba virtual. Esto es estalinismo sin nada de violencia y encarcelamiento. O leninismo, de hecho, ya que Lenin fue el que esencialmente inventó la noción de totalidad, que el resultado total de una vida está determinado por la aceptación personal de una sola idea. Si no crees en el comunismo y en la autoridad del partido, no importa lo bueno que seas en tu trabajo, seas técnico, submarinista, ingeniero o lo que seas, ya que no eres nada y, por lo tanto, se te debe eliminar. Puede que esté llevando demasiado lejos el concepto de cultura de la cancelación, pero las similitudes son inquietantes y escalofriantes.

Pero, para imaginar de verdad una turba urbana más sutil y futurista, considere el numeroso grupo de trabajadores del *New York Times*, muchos de ellos en sus casas repartidas por toda el área metropolitana de Nueva York, en medio del confinamiento por el coronavirus, algo solitarios se podría pensar; al unísono, dieron rienda suelta a sus frustraciones por el síndrome de la cabaña en Twitter y otros medios sociales para forzar el despido del editor James Bennet y el editor de opinión James Dao por publicar un ensayo del senador republicano Tom Cotton a favor del uso de tropas federales para reprimir los disturbios urbanos provocados por el asesinato de George Floyd. Hay dos elementos clave en este acontecimiento. Uno fue la combinación de las restricciones por el coronavirus y los disturbios. Si no hubiera habido restricciones por el COVID-19, los trabajadores del *Times* podrían haberse reunido en persona más a menudo y haber discutido más a menudo entre ellos mientras se tomaban un café, y la dinámica de lo que acabó sucediendo habría sido diferente. Fue la filósofa de mediados del siglo xx, Hannah Arendt, en *Los orígenes del totalitarismo*, quien sugirió que los sistemas políticos represivos dependen de la soledad de los individuos, que necesitan escapar de su condición y ser parte

de una masa. ¹⁸ El segundo elemento en este asunto fue la tecnología, que había creado incontables horizontes para la tiranía de la multitud del siglo XXI , al parecer. Una turba convencida de estar en posesión de la verdad, organizada de abajo arriba, había prácticamente defenestrado a dos editores, innegablemente progresistas y con una larga trayectoria profesional en el periódico más influyente de Estados Unidos, por ser insuficientemente virtuosos: por no ser puros y por lo tanto ideológicos en sus opiniones. Mientras escribo, los principales medios progresistas están ahora, dos años y medio después, pensándose de nuevo y en consecuencia defendiendo a Bennet en algunas muestras de valor.

Haciendo referencia a un artículo anterior en *Semafor* , Erik Wemple, el crítico de medios del *Washington Post* , defiende a Bennet por decir sobre el editor del *New York Times* A. G. Sulzberger: «Me prendió fuego y me tiró a la basura, y utilizó mi veneración por la institución contra mí. Por eso estuve tan consternado durante tanto tiempo después de haber sentido que todos mis colegas me trataban como si fuera un fascista incompetente». De hecho, como documenta Wemple, Sulzberger, que al principio apoyó a Bennet por publicar una opinión legítima del senador Cotton, un posible candidato a la presidencia en aquel momento, se doblegó ante el ataque de la turba en *The New York Times* , cuyos miembros tuitearon que la propia publicación del ensayo de Cotton «ponía a los empleados negros (...) en peligro» sin explicar cómo era posible. Sulzberger y otros directivos del *Times* publicaron el ensayo de Cotton tras un segundo y riguroso proceso de verificación, a pesar de que el artículo ya había sido sometido a una rigurosa verificación con la esperanza de desacreditarlo. Y todo esto se debió a una turba en medios sociales de trabajadores generalmente jóvenes. Lo que ocurrió fue que la segunda verificación corroboró la primera. Wemple llamó la atención sobre la «vacuidad» de todo el alboroto interno en el *Times* , incluso confesó que su demora de dos años y medio en escribir esto se debió a «cobardía y por el riesgo para su carrera profesional». ¹⁹ Jonathan

Chait, un comentarista y escritor de la revista *New York*, cree que Wemple no está solo en su opinión de cómo él y otros aceptaron de forma pusilánime la defenestración de Bennet y Dao cuando sucedió. «Es una cultura insana que obliga a la gente a reprimir sus dudas y recitar lugares comunes por temor a perder su medio de vida», escribe Chait, quien añade que: «Lo que revela la confesión de Wemple es que las purgas tienen un efecto multiplicador: por cada persona humillada o despedida por una ofensa pequeña o inexistente, muchas otras personas se negarán a criticar incluso las letanías de izquierdas claramente absurdas». [20](#)

Otro ejemplo de esas letanías fue la no disposición a tolerar incluso la idea de que el coronavirus podía haber sido originado en un laboratorio en China. Esto silenció de hecho a los medios sobre el tema, hasta que tal posibilidad se reveló ciertamente plausible. Hay pocas cosas más desestabilizadoras para la geopolítica que el hecho de que los medios en cada país en competencia den a las masas una versión distorsionada de la realidad debido al pensamiento de grupo y el temor a enfrentarse a una verdad desagradable. Así es como la turba puede influir en los gobiernos y, a veces, esto puede derivar en guerras innecesarias.

Spengler, en *La decadencia de Occidente*, vio venir todo esto, en cierta medida. Porque eran los periodistas y su oficio lo que más pudo haberle aterrorizado.

«En cuanto a la prensa moderna», escribe Spengler, «el sentimentalista puede mostrar una enorme sonrisa de satisfacción cuando la prensa es “libre” constitucionalmente, pero el realista simplemente pregunta a disposición de quién está la prensa (...) Ningún domador tiene a sus animales más sometidos a su poder» que la prensa, continúa. «Desata a la gente como masa lectora y asaltará las calles y se lanzará sobre el objetivo indicado (...). La prensa es hoy un ejército (...) en el que los periodistas son oficiales y los lectores son soldados (...). No es posible imaginar una caricatura más vergonzosa de la libertad de pensamiento. Antes, un hombre no se atrevía a pensar libremente. Hoy, se atreve, pero no

puede; su voluntad de pensar es solo una buena disposición a pensar a la orden, y esto es lo que siente que es su libertad». ²¹

Spengler murió en 1936, antes de que la total destrucción de la Segunda Guerra Mundial ahondara su visión pesimista de la decadencia de la civilización, y antes de que la reconstrucción europea de posguerra, con sus artes populares, el glamour del cine y la prosperidad, verificaran, de formas más sutiles, sus observaciones. La verdad es que las palabras de Spengler sobre la prensa proporcionarían una explicación vívida de cómo el virulento periódico antisemita de Julius Streicher, *Der Sturmer*, desempeñó un papel importante para agitar a las turbas nazis contra los judíos a finales de la década de 1930 y los años posteriores. Y los temores de Spengler respecto a los medios todavía tienen resonancia hoy en Estados Unidos, a pesar de que las manifestaciones sobre esto están más matizadas y son menos letales.

¿Quién puede negar, por ejemplo, el poder cultural y político total que tiene *The New York Times* ? ¿O, para el caso, *Fox News* ? Ningún discurso de un senador —ni siquiera un libro revelador— tiene la capacidad de mover la balanza respecto a la opinión del público como una pieza periodística bien puesta —supuestamente sobre una noticia, pero que en realidad apenas disimula una opinión — en la portada del *New York Times* o en hora de máxima audiencia en *Fox* . Por supuesto, el *Times* es profesional en muchísimas formas en que la *Fox* no lo es, lo que al final lo hace menos letal. Sin embargo, sus puntos de vista en ambos casos se han ido alejando desde el estricto terreno neutral de las ruinas de la época de la imprenta y la máquina de escribir.

De hecho, la prensa, o los medios, debería decir, tienen más poder ahora que nunca antes en la historia, debido a lo vívido de las palabras y las imágenes que pasan como un destello en teléfonos inteligentes o pantallas de ordenador en la época del vídeo digital: una época que incorpora la mentalidad de Hollywood de manipular la realidad con el fin de distorsionar nuestra forma de pensar sobre los grandes asuntos de la actualidad, llenos de rumores, exageraciones y asesinatos de la reputación. Porque es imposible

imaginar nuestra polarización política actual excepto en la era de las noticias por internet, que lleva a la gente a páginas de opiniones extremistas que validan sus propios prejuicios y la convierten en turba. ²²

Y la tecnología del vídeo digital, precisamente porque se presta a la manipulación, es inherentemente controladora. Piense en cómo fueron capaces los grandes directores de cine del siglo xx de adueñarse de su mente durante unas horas: una nueva experiencia para audiencias que las generaciones anteriores no conocieron. Puede que el teatro sea tan antiguo como el griego, pero ha sido la nueva tecnología la que ha amplificado la potencia de la experiencia teatral. ²³Spengler intuyó esto con su miedo a los medios y lo que podían llegar a ser. Combine la horda urbana que Spengler describió tan bien con los medios de masas actuales y el resultado puede ser aterrador.

Todo esto sirve no solo para Estados Unidos, sino también para los países del resto del mundo, en los que periódicamente la opinión pública se exalta debido a la tecnología de los nuevos medios. Esta exaltación puede tener su efecto positivo, seguro, como cuando el despliegue de medios sociales desafía a los dictadores: los ciudadanos chinos protestando por las restricciones extremas por el COVID, o los ciudadanos iraníes protestando por el uso obligatorio del hiyab. Pero el principio de la turba sigue siendo válido. Algunas turbas hacen el bien, no es necesario decirlo. Pero el futuro será naturalmente un futuro con distintos tipos de turbas, formándose y reformándose, en función de la tecnología y la urbanización, ya que muchos de nosotros ya vivimos en ciudades y en abarrotadas urbanizaciones, y esto ocurrirá más en las décadas venideras, ya que las personas del mundo en vías de desarrollo vivirán cada vez más en asentamientos de chabolas en las afueras de las ciudades, si bien estarán conectadas con el mundo por medio de sus dispositivos. Y esto va a crear una dinámica alterada de la historia. Observe la explosión de la histeria pública, expresada a través de los medios sociales, que se da en ciudades de toda la India y Pakistán cada vez que surgen tensiones geopolíticas en el subcontinente asiático,

poseedor de armas nucleares. Se trata de no ver la tecnología de los medios sociales y el vídeo digital de forma aislada, sino en combinación con otras fuerzas geopolíticas, tales como la urbanización y el armamento. A diferencia de las cabezas termonucleares, el nuevo armamento —misiles hipersónicos, bombas de precisión, armas nucleares tácticas de pequeña escala— está diseñado para usarse de verdad. Piense en la mezcla de esas municiones controladas por gobiernos asediados por su propia población enardecida por los medios sociales; no solo en las democracias, sino también en las dictaduras, donde la misma falta de libertad política puede hacer que en momentos clave la gente sea más propensa a la rebelión. Aquí es donde da miedo, donde resuenan las reflexiones de Spengler.

El amplio concepto de Spengler de la decadencia de la civilización, vinculado a la influencia de los medios pero no exclusivamente a ellos, es afín a la famosa teoría del estudioso árabe medieval Ibn Jaldún expresada en su *Muqaddimah (Introducción a la historia universal)*. Ibn Jaldún, nacido en 1332, fue un escritor, pensador, viajero e historiador digno del Renacimiento italiano, aunque vivió en el norte de África. Asesoró a sultanes y ministros no solo en su Túnez natal sino también en las cortes de la España mora y del Magreb, como se conocía entonces a Marruecos. Su gran idea sobre la historia empieza con los beduinos, a quienes conocía bien, ya que el desierto «es la base y reserva de la civilización y las ciudades». Esto es cierto porque, antes de que haya lujo y opulencia, debe haber necesidades primarias, a las que los beduinos se limitan, hasta que con el tiempo llegan a ser lo suficientemente fuertes para hacerse sedentarios e infiltrarse en ciudades y pueblos, o empezar los suyos. Ibn Jaldún observó que, si bien los beduinos aspiraban a la vida sedentaria en la ciudad, sus habitantes no aspiraban a la vida en la naturaleza. Así, el patrón de la historia se estableció en su mente. Un patrón de nómadas que se desplazan gradualmente a las ciudades y de este modo fundan sus propias dinastías, hasta que ellos también se hacen ricos y blandos en sus costumbres y son

desplazados por nómadas nuevos y diferentes. Esta es, en términos generales, la forma en que decaen las dinastías, ya que «tienen un tiempo vital natural, como los individuos». Al principio, el lujo proporciona fuerza, con su arte, dinero y poder, pero luego surge la decadencia y los nuevos, al sentir la debilidad, atacan las bases de la vida de la ciudad y su moral. ²⁴

Así que, antes de que hubiera un Spengler, hubo un Ibn Jaldún.

Como explica Spengler, cualquier grupo grande funciona como un «organismo» que nace, se desarrolla y muere. La forma más elevada del logro de un grupo constituye una «civilización», que representa «el cumplimiento y el fin triunfal de una cultura» antes de que se deteriore y se desmorone. ²⁵ Es decir, las culturas se hacen cada vez más ricas y sofisticadas con el paso de las décadas y los siglos, mientras crean magníficas obras de arte y conocimiento; en ese proceso se hacen decadentes y, en consecuencia, débiles, y entonces son desplazadas por otras culturas (o por tribus de beduinos que asaltan la ciudad, según Ibn Jaldún). Estos nómadas, discutiblemente afines a lo «popular» de Spengler, que asaltan los centros de civilización, son particularmente agresivos y seguros de sí mismos, y en la larga historia de su crecimiento y su desarrollo cultural repiten el ciclo, ya que ellos también pasan a estar *civilizados*.

Existe una vaga alegoría aquí con los Estados republicanos asaltando a los demócratas. Pero la gente del Kansas rural y demás no se está desplazando a Nueva York e imponiendo sus valores conservadores. Eso no es lo que en realidad se deduce para nuestra época en Spengler e Ibn Jaldún. De hecho, ha sido muy común durante muchas décadas para los artistas y escritores de las áreas interiores de Estados Unidos u otras partes conservadoras irse a lugares como Nueva York, vivir allí y adoptar sin reservas los valores de una visión cosmopolita del mundo. Andy Warhol desde Pittsburgh, William Styron desde diversos lugares del sur y Calvin Trillin desde Kansas City son solo unos pocos de una plétora de ejemplos de artistas que se mudaron a una gran ciudad y cambiaron con ello, o encontraron su verdad, su yo interior. Debido a que

Estados Unidos es una unión democrática, el asalto desde los sectores conservadores menos sofisticados culturalmente a los bastiones cosmopolitas como Nueva York sucede solo en el ámbito de la política nacional, a través de los medios. Así, en un sentido político, el campo está atacando a la ciudad, que se ha hecho decadente en el transcurso de muchas décadas de lujo y refinamiento cultural.

¿Quién ganará esta batalla épica que se ha ido preparando durante varios ciclos electorales? No lo sé. Pero lo que sí sé es que la obra se está representando en —y siendo interpretada por— principalmente unos medios cosmopolitas situados en las grandes ciudades. Todo tiene que ver con las ciudades, de hecho: en qué se han convertido, y en la reacción negativa hacia ellas en lo que F. Scott Fitzgerald llamaba «la vasta oscuridad (...) donde los campos sombríos de la república se extendían bajo la noche». [26](#)

Para Spengler, la ciudad es el mundo, donde la decadencia de Occidente está sucediendo ya delante de nuestros ojos. La ciudad con sus medios de comunicación fue el escenario de toda la teoría de Spengler, y, de un modo más impreciso, de Ibn Jaldún, y para el crecimiento, maduración, decadencia y muerte de muchas culturas, ya que Spengler ve claramente la ciudad, y cada centro comercial de lujo, como si representara tanto la cúspide como la ruina del Hombre.

Presenció esto más intensamente en la parte comunista del centro y este de Europa y en la antigua Unión Soviética en la década de 1980 y poscomunista en la década de 1990, donde las ciudades eran dinámicas y los *hinterlands* rurales eran zonas de alcoholismo, cercanas al caos, con un subdesarrollo brutal, de modo que estos lugares no eran países tanto como ciudades Estado, separadas entre sí por zonas ilimitadas de oscuridad en las que una fabulosa riqueza se acumulaba dentro de un área de unos cuantos kilómetros cuadrados en una breve era de capitalismo klondike, antes de que el efecto de la pertenencia a la Unión Europea empezara a estabilizar y uniformizar el desarrollo en el centro y este de Europa. Rusia,

naturalmente, sigue aquejada por esta versión extrema de la visión de Spengler. Una de las muchas razones por las que Occidente es Occidente es que sus *hinterlands* rurales, cada vez más acorralados por urbanizaciones y zonas de transición, son lugares agradables para vivir, donde las carreteras, los colegios y los hospitales son adecuados, aunque a la cultura le falte la sofisticación de la metrópoli; aunque los pueblos habiten la nación-Estado, y las ciudades habiten la civilización mundial. Es el propio desarrollo de la infraestructura en las zonas rurales de Occidente lo que favorece, para empezar, sus ciudades glamurosas: fuera de Occidente, donde la gente huye en masa de su *hinterland* subdesarrollado sin oportunidades económicas, las ciudades están bordeadas y limitadas, con barrios marginales y asentamientos de chabolas, que funcionan como etapas en su camino para los emigrantes rurales mientras luchan por un empleo en las ciudades. Un motivo por el que cada vez hay más megaciudades es este desarrollo irregular. Spengler no aborda nada de esto porque murió en 1936, mucho antes del auge y la caída del comunismo en el centro y este de Europa, y antes de la globalización, cuyos malos efectos colaterales incluyen nuevos asentamientos marginales con infraestructuras relativamente deficientes en cuanto a electricidad y agua potable en todo el mundo en vías de desarrollo, especialmente en América Latina y el África subsahariana. Todo esto funciona en realidad para intensificar el énfasis estratégico de Spengler sobre la ciudad mundial y sus patologías. Porque la ciudad mundial —con su acceso a internet, sea en un rascacielos de lujo o en un asentamiento de chabolas— es un lugar de cultura global y de intenso anhelo de tener más, que socava la nación-Estado.

Dentro de la ciudad mundial, como sabemos, está la «prensa», como la llama Spengler, que incorpora, a su vez, la punta de la lanza en términos de declive de la civilización, del que la ciudad es el centro. Aquí es donde la urbanidad y las esperanzas liberales originales asociadas a ella —especialmente las de Jane Jacobs— empiezan a volverse contra sí mismas, a medida que la prensa, al llevar a las masas por el cuello en términos de valores políticos y culturales se convierte en la principal incubadora de la turba, a la

vez que lo «popular» se rebela en su contra. El estilo, que es de lo que tratan en definitiva los periódicos y otras publicaciones de élite, en especial en las secciones de las revistas ilustradas que a menudo utilizan ese mismo nombre, es al final el enemigo de la civilización y el agente de su futura muerte. Esto es porque, tanto en la interpretación de Spengler como en la de Ibn Jaldún, el estilo indica el máximo refinamiento del cuerpo, con toda su vestimenta, joyería, y perfume, donde la apariencia lo es todo y la sustancia, en consecuencia, nada. Esto, claro, conduce a la veneración de la juventud sobre la vejez, a pesar de la sabiduría adquirida por esta última, ya que la juventud es, por definición biológica, físicamente bella, y la vejez, en consecuencia, no lo es. Tal es la cima de la civilización, y el comienzo de su regresión prolongada, sugieren Spengler e Ibn Jaldún.

El triunfo de la juventud frente a la vejez, en lugar de conducir a la esperanza, como dice la sabiduría convencional, conduce a la desintegración. Naturalmente, en términos demográficos estamos en una sociedad envejecida, pero, en términos de cultura y medios, el énfasis se hace cada vez más en la juventud. Recuerdo a un periodista del *New York Times* enseñándome una nota que había recibido de un editor importante, exhortando a sus subordinados a atraer en cada artículo y reseña a nuevos lectores jóvenes. El editor importante parecía desconocer que la vejez conlleva los recuerdos de una cultura con todas sus tradiciones, sobre las que hay que instruir antes a los jóvenes. Poner a la juventud en un pedestal todavía más alto, por lo tanto, es destruir la civilización. Y, sin embargo, eso es lo que hacen los medios en las noticias y la publicidad.

Spengler era un alemán conservador sombrío y melancólico, y, como tal, no es un intérprete del todo objetivo. No obstante, recuerde que, como observó el filósofo Roger Scruton, el conservadurismo se refiere al hogar y la tradición como un ancla en la sociedad, para salvarnos a todos de convertirnos en «individuos atomizados, desinfectados del pasado y viviendo como hormigas dentro de su carcasa metálica y funcional», una referencia a la arquitectura moderna ajena a las tradiciones —tan básica en la

ciudad del siglo XXI — que Scruton odia tanto y de la que no puede escapar porque simplemente está ahí, ineludible. [27](#)

A Spangler y Scruton, al igual que a Solzhenitsyn —que odiaba la veneración a la juventud y sentía que la eliminación de la familia real rusa, fueran cuales fueran sus iniquidades, significó la pérdida de la tradición que condujo inevitablemente a la pesadilla bolchevique—, les preocupaba que el modernismo y el posmodernismo estuvieran derribando los pilares de la civilización con una estela de caos y fragmentación. Recuerde que Solzhenitsyn era como el papa Juan Pablo II: ambos eran igual de críticos con Occidente como con su propia sociedad comunista.

Spengler dice que sin tradiciones, que a fin de cuentas tienen sus raíces en la tierra, una nación o civilización pierde su «forma». [28](#) La señal más obvia de que una civilización avanzada está perdiendo «forma» es su control por parte de la cultura del dinero en las ciudades, que tiene poco sentido del pasado y de su origen, y, además, le preocupa poco. [29](#) La cultura del dinero de los banqueros, los agentes de bolsa, empresarios inmobiliarios, magnates de los medios, etcétera, es inseparable de las aventuras de ultramar del imperialismo; y todo junto indica el final de Occidente. El hecho de que el imperio en términos históricos pueda haber sido políticamente estabilizador —la caída de los imperios de los Hohenzollern y los Habsburgo nos trajo a Hitler— no quita que el proceso de acumular posesiones imperiales conduzca a la decadencia y el declive, según Spengler. Esto se debe a que las concentraciones extremas de riqueza en las ciudades pueden ser un indicador de poder estatal extraordinario que, a su vez, tienta a las naciones y Estados a ir al exterior tanto para ampliar ese poder como para proteger sus intereses, que, en virtud de la misma existencia de sus culturas del dinero, ahora son internacionales.

Los *think tanks* de Washington también forman parte de la cultura del dinero, ya que sus fondos operativos proceden de donaciones corporativas así como de individuos extremadamente ricos. Y, qué

curioso, esos *think tanks* a menudo abogan por aventuras militares en el extranjero, de una forma u otra, justa o injusta; no hay diferencia, para lo que estamos tratando, ya que el imperialismo es con frecuencia implícito más que explícito. De hecho, la palabra «imperialismo» es rechazada en Estados Unidos, y sin embargo Estados Unidos ha estado en una situación imperial desde 1945. Todo esto no solo es cierto para Nueva York y Washington, sino también para la Venecia medieval, los Países Bajos de la modernidad temprana y muchos otros imperios compuestos por banqueros, aventureros y todo tipo de oportunistas. En otras palabras, la civilización en cuestión ha triunfado, y a menudo no hay otro sitio a donde ir más que hacia abajo, cuando los que comercian con el poder —que, en el caso de Estados Unidos, proceden de todo el mundo, como los inmigrantes y los ambiciosos buscadores de pasaportes— tienen solo un impreciso sentido de un pasado que se originó en el transcurso del siglo XIX con la roturación de la tierra en lo más profundo del continente americano. Se ha perdido la continuidad. Esta es la razón de que el imperialismo sea el máximo desarrollo y a la vez el final de la línea de las grandes civilizaciones. De hecho, nadie puede negar que el imperio estadounidense desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta principios del siglo XXI ha sido grande, en términos de conservar una semblanza del orden mundial. Pero, a medida que ha ido disminuyendo la proporción relativa de la riqueza global de Estados Unidos y el mundo, como lo he descrito, se ha hecho cada vez más ingobernable, es muy probable que estemos en una trayectoria descendente.

Porque este es el meollo del relato de Spengler (aunque casi no habla de Estados Unidos). Spengler contemplaría los precios estratosféricos de las propiedades en Manhattan a lo largo de décadas, las aventuras militares en Afganistán e Irán, la acumulación de armas por parte del Pentágono contra China y Rusia, y bostezaría, porque él lo había visto todo antes en sus voluminosos estudios sobre guerras y civilizaciones que abarcaban milenios. Esto no significa que Estados Unidos se equivoque al enfrentarse al reto de una China y una Rusia más agresivas; solo significa que

contribuye a un mayor efecto histórico que puede ser trágico para Estados Unidos.

Spengler, a través de todo esto, es el generalista por excelencia, que ve la historia desde la altura y el alcance de un dios, mezclando y comparando periodos históricos de imperios y dinastías de todo el mundo, hablando sobre el periodo «gótico» de China, el periodo «merovingio» de Babilonia, etcétera. Su perspectiva tal vez no haya tenido parangón jamás. Eso se debe a que su educación, por elección, fue horizontal en vez de vertical. Estudió una vasta variedad de temas en historia, ciencia, geografía y cultura, literalmente sin tiempo para profundizar en ninguna de ellas hacia el tipo de grado avanzado que le calificaría a los ojos de sus pares como experto. A menudo hablamos de los beneficios de una educación en artes liberales; pues bien, Spengler se dio a sí mismo una versión monumental de esa educación. Sin duda, podría haber menospreciado las artes liberales de las universidades estadounidenses, incluso en su momento más glorioso después de la Segunda Guerra Mundial, por considerarlas demasiado limitadas. Ahora, obviamente, nos hemos ido al otro extremo, donde habitamos en un mundo poblado por especialistas con visiones de la realidad estrechas, y, por lo tanto, con tendencia a tener un juicio más pobre que el del muy leído Spengler. Y este juicio más pobre, multiplicado por toda la población —especialmente entre las élites— se presta a innumerables desechos en la forma de malas decisiones que sutilmente debilitan nuestra civilización; y hay poco que podamos hacer, porque no podemos definirlo con precisión. Al fin y al cabo, a medida que el conocimiento se acumula en tantos campos, la especialización proporciona la única vía de avance. Sencillamente, no podemos eludirla. Y, sin embargo, un régimen de expertos corre el riesgo de constituir una oscuridad indefinible, puesto que pueden equivocarse de vez en cuando y estar sujetos ellos mismos al pensamiento de grupo. Por muy complicada e insatisfactoria que sea la política, no hay escapatoria a ser gobernados por políticos en vez de por expertos.

Spengler continúa con su tesis del declive de la civilización. Escribe que el «reluciente otoño del estilo» señala a una cultura justo antes

de que empiece su larga agonía de la muerte, ya que una obsesión con un gusto refinado, como hemos dicho, es el comienzo de la decadencia. Y las artes, no hace falta decirlo, son «urbanas» y, «por lo tanto, seculares», porque la verdadera creencia religiosa está ausente de las grandes «ciudades-mundo», que no tienen ataduras suficientes con el «suelo». Spengler escribe extasiado: «Dresde y Viena son los hogares de este tardío y pronto extinguido país de las hadas de la música de cámara visible, de los muebles con curvas y los vestíbulos con espejos y (...) porcelana. Es la última expresión suprema, iluminada por un sol otoñal, del alma occidental». Nota: todo lo que sucede en la música de cámara a principios y mediados del siglo XIX, sea el impresionismo de grandes compositores como Debussy y Saint-Saëns, el modernismo revolucionario de Stravinsky o el Great American Songbook personificado por Rodgers y Hammerstein y por Stephen Sondheim, denota un declive cultural por muy maravillosa que sea; por muy bella, conmovedora e innovadora que pueda ser. Incluso un clásico como *West Side Story*, con letras de Sondheim y música de Leonard Bernstein, que rompió los límites de la música popular y llegó en pleno apogeo del siglo estadounidense y del poder estadounidense —tanto como la intensa tragedia de Sófocles, *Edipo rey*, llegó en pleno apogeo del poder ateniense— probablemente no habría impresionado a Spengler, ya que todavía habría significado una regresión desde personas como Franz Schubert y Ludwig van Beethoven. Para Spengler el contexto lo forman nada menos que los vastos flujos históricos y culturales de siglos y milenios. Así, por continuar el hilo, un clásico como el musical estadounidense *Oklahoma!*, que ayudó a motivar al frente interno durante la Segunda Guerra Mundial, es, ay, algo crudo y simplista en comparación con los movimientos delicados de Robert Schumann y Felix Mendelssohn. Spengler no está loco, por más que nos guste pensarlo; es, sencillamente, que su perspectiva es tan larga que resulta inhumana.

En cuanto a la pintura, todo lo posterior a artistas como Manet y Cezanne «es impotencia y falsedad», al menos a ojos de Spengler. En 1918, Spengler escribió que «se podrían cerrar todas y cada una

de las escuelas de Bellas Artes sin que el arte se viera afectado en lo más mínimo». Por lo tanto, nada acompaña al declive de siglos de duración de Occidente como el arte moderno porque, entre otras cosas —y como el clímax de la propia civilización—, el arte moderno está atado a las abstracciones de la ciudad y desprecia cualquier vínculo con la tierra. Y lo que se «desconecta de la tierra se hace rígido» y, a fin de cuentas, ideológico. El fallecido periodista y novelista Tom Wolfe llegó a conclusiones parecidas en su libro *La palabra pintada* (1975). Wolfe escribió que la pintura en el transcurso del siglo xx se había convertido no en una experiencia visual, sino en una ilustración visual de teorías del arte propuestas por un selecto grupo de críticos. De hecho, escribió que el mundo del arte había llegado a estar dominado por un estrecho y limitado grupo *über*-urbano de coleccionistas ricos, museos situados en ciudades superestrella, y un puñado de críticos influyentes, que juntos decidían lo que la gente veía en las galerías y museos. El arte moderno era también algo más: tenía que ver con la introspección freudiana, la descomposición, y con las formas africanas tanto como estadounidenses, y asiáticas tanto como europeas. Y eso, por supuesto, puede ser liberador. Pero, como debía poco a los límites geográficos, y por lo tanto todavía menos a los paisajes estadounidenses y europeos, se liberó de las «profundas ataduras a la tierra» que Spengler ensalzaba. [30](#)

Spengler se equivoca en un nivel crucial. Uno de los mejores museos que he visitado es el de la colección Peggy Guggenheim de arte moderno situada en el Gran Canal de Venecia, que exhibe obras de Pablo Picasso, Constantin Brâncusi, Max Ernst, Paul Klee, Wassily Kandinsky, Andy Warhol y otros más. Lo que Spengler obviamente no ve es que existe una evolución más allá del arte y la cultura europeos que no es necesariamente decadente. Esta evolución, al ser abstracta y al englobar otras tradiciones, manifiesta una dirección hacia una estética universal que es, a su vez, evidencia de un mundo más pequeño y más conectado. Y este mundo, precisamente por ser más pequeño y estar conectado, es inherentemente tumultuoso e inestable. Así que Spengler, a pesar de

ser reaccionario en cuanto a arte y cultura, contribuye a mi punto de vista sobre geopolítica.

Las ataduras a la tierra que Spengler ensalza se perdieron en la era de la máquina antes de que apareciera su libro. Como ejemplo, el *ballet* y concierto para orquesta de Igor Stravinsky *La consagración de la primavera*, representado por primera vez en París en 1913, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, aunque prácticamente nadie predijo la guerra en aquel momento. La música era «discordante. Le faltaba ornamentación, carga moral, e incluso, en la mayor parte, melodía», escribe el historiador y crítico cultural canadiense, nacido lituano, Modris Eksteins. Había algo brutal en la música, continúa. «Si había alguna esperanza, era en la energía y la fertilidad de la vida, no en la moralidad». ³¹ La audiencia estaba escandalizada con la música, que, como comentó T. S. Eliot, parecía «transformar el ritmo de las estepas en el grito del claxon de los coches, el traqueteo de la maquinaria, el rechinar de las ruedas, el golpeteo del hierro y el acero, el rugido del ferrocarril subterráneo, y los demás gritos bárbaros de la vida moderna». ³²

Como Stravinsky, Eliot puede haber tenido más esperanza que Spengler. Spengler carece de cualquier belleza que eleve el espíritu, a diferencia de Eliot. Pero Eliot también temía el futuro. En 1913, cuando se representó por primera vez *La consagración de la primavera* de Stravinsky, Eliot estaba empezando a destacar como escritor. Más adelante, con sus grandiosas alusiones a la tecnología y el destino histórico, se elevaría sobre prácticamente todo el canon de la poesía estadounidense y británica del siglo xx, mucha de la cual era estrictamente confesional e introvertida, con la interioridad embrujadora de la poesía paisajística de Robert Frost como única gran excepción. Eliot, al ayudar a inventar el modernismo poético, vio a través de las transparencias del mundo moderno su mensaje subyacente de alienación. Para Eliot, el mundo moderno era un «inmenso panorama de futilidad y anarquía», una pila de fragmentos. ³³ Si bien el austriaco Rainer Maria Rilke, casi

contemporáneo de Eliot, cuyo propio trabajo con su introspección embriagadora se extendió hasta los límites de Europa y fue más allá de la geografía, incorporó el milagro poético que se elevó sobre las masas, fue Eliot, el realista poético, quien abordó el efecto de la guerra y de la historia sobre las masas. ³⁴

El poema de Eliot *La tierra baldía*, publicado en 1922, el mismo año que el segundo tomo de *La decadencia de Occidente*, de Spengler, era conocido por centrarse en la «disgregación de las formas»; la combinación de épocas, idiomas y tradiciones y la destrucción de culturas unitarias que habían estado arraigadas en la tierra. ³⁵ El poema, escrito después de una guerra mundial y antes de otra, termina con un «apocalipsis», y sin embargo sus «discontinuidades (...) hacen sentirse como en casa», según el crítico contemporáneo James Parker, refiriéndose a las crisis del mundo actual en el nivel geopolítico y la vida posmoderna en el micronivel. ³⁶

La tierra baldía es un poema que empieza con una visión de la vida aristócrata idílica en Europa que es eliminada por la Primera Guerra Mundial, dejando en su estela solo una huella muerta de «desechos pétreos», un «montón de imágenes rotas», y termina después de un recorrido caleidoscópico de símbolos desconcertantes, con la repetición de una palabra en sánscrito, *shantih*, que implica «la paz que supera toda comprensión». En medio hay cinco secciones —«El entierro de los muertos», «Una partida de ajedrez», «El sermón del fuego», «Muerte por agua» y «Lo que dijo el trueno»— que en sí mismas están cargadas con oscuras analogías literarias y clásicas: una lectura del tarot, un paseo por Londres como si fuera por una ciudad de los muertos, la ausencia de agua y solo rocas secas en el paisaje, y «hordas encapuchadas pululando». Escribe: «Una multitud fluía bajo el Puente de Londres, tantos / No habría pensado que la muerte hubiera deshecho a tantos». Es casi imposible para el profano entender exactamente lo que ocurre en el poema, y los críticos han discutido sobre su significado línea a línea desde hace un siglo. Sin embargo, el poema funciona. Se lee como un sueño sudoroso y

pesadillesco que se olvida al instante al despertar. Y, no obstante, el horror abstracto continúa y casi se ha integrado en la cultura popular debido a su poder subyacente, que, a su vez, se basa en el eco escalofriante de nuestras propias crisis inconexas que bordean la anarquía: política, cultural y psicológica. Como dice el narrador hacia el final, antes de recitar el conjuro en sánscrito: «Con estos fragmentos he apuntalado mis ruinas...». ³⁷

No solo en *La tierra baldía*, sino en sus revolucionarios poemas anteriores, «La canción de amor de J. Alfred Prufrock» y «Gerontion», Eliot emplea un fondo temático de ciudades «irreales» vastas, inhóspitas, cosmopolitas y alienantes para describir el dilema moderno y exponer también el posmoderno. ³⁸ El poeta estadounidense de mediados del siglo xx Delmore Schwartz escribe que «la vida moderna puede compararse a un país extranjero en el que se habla una lengua extranjera», incomprensible para nosotros, pero no para Eliot, quien ha descrito este nuevo mundo donde, como indica Schwartz, la cultura nacional ha sido erradicada pero la cultura internacional es aún demasiado superficial para desplazarla, como ocurre en las grandes ciudades del mundo en la actualidad. Esto es la tierra baldía. ³⁹

Eliot y Spengler eran contemporáneos y, aunque uno era poeta y el otro filósofo e historiador, en realidad hablaban de lo mismo: el declive y desmoronamiento de las civilizaciones tradicionales basadas en el idioma y la geografía.

El modernismo literario posterior a la Primera Guerra Mundial, como ejemplifican Eliot y su editor de *La tierra baldía*, Ezra Pound, fue realmente solo la primera etapa de la literatura ocupándose del desmoronamiento y el colapso. La segunda etapa llegó después de la Segunda Guerra Mundial con los famosos autores existencialistas franceses Jean-Paul Sartre y Albert Camus. El existencialismo fue una respuesta a la «emergencia» de la vida diaria en el mundo moderno, expresada detallando con precisión los propios pensamientos sobre el papel, página tras página, como escribió el poeta y crítico Hayden Carruth. La realidad, según los

existencialistas, solo puede ser lo que un individuo «conoce y experimenta». ⁴⁰ Así que una multitud o turba o pueblo es por definición no cierta. Si bien la poesía de Eliot trataba del panorámico fracaso político y cultural, el existencialismo francés trataba de la neurosis de la vida personal: constituye una excavación desde la civilización y la cultura hasta el nivel del ser humano singular. En parte era una respuesta al Holocausto y la devastación más amplia de la Segunda Guerra Mundial, que había contribuido a borrar del todo al individuo. De hecho, en su ficción, tanto Sartre como Camus son capaces de explicar los conceptos más abstractos a través de las vidas de individuos promedio incluso patéticos. Como otros pocos escritores, a excepción de James Joyce y Henry James, por ejemplo, Sartre y Camus captan la conciencia humana y el flujo de los pensamientos, incluso los de los criminales. Por eso su ficción es tan central para su filosofía. Eran intelectuales que, a pesar de ello, entendían a la gente común y sus problemas, por muy radical y poco realista que la política de izquierdas del propio Sartre pudiera ser.

Finalmente, tenemos la época después de la Guerra Fría combinada con la era de la tecnología digital y la cibertecnología, que empezó en 1989 y tomó realmente impulso a principios del siglo XXI. Debido a la forma en que la era cibernética y digital enriquece e intensifica la experiencia y conciencia del individuo, y debido a la nueva habilidad tecnológica de los individuos para generar redes entre ellos debajo del umbral de la autoridad política —de modo que pueden desafiar a las estructuras de poder dominantes—, la época actual muestra una obsesión con el yo, puesta de manifiesto por la ansiedad, por un lado, y la política identitaria, por el otro. Desde el desmoronamiento de la civilización de Eliot a los desmoronamientos de los individuos neuróticos de Sartre, combinados con el descubrimiento del concepto de agencia individual, ahora tenemos el caos de los individuos agobiados por la ansiedad, también obsesionados con el yo, que convergen en nuevas formaciones de multitudes. El espectáculo de *The New York Times* donde una turba digital pretendía poner final a la carrera de dos editores eminentemente experimentados y progresistas estuvo, en términos

culturales y de civilización, incubándose durante décadas. Sucede lo mismo con las hordas de estudiantes de universidades de élite que se reunieron en campamentos apiñados para apoyar de hecho a Hamás, a pesar de las atrocidades del 7 de octubre de 2023 contra los judíos.

Considere todo lo anterior a la luz de la geografía humana del siglo XXI : vastas metroplex y ciudades con urbanizaciones periféricas conectadas tecnológicamente ambas —en particular, pero no exclusivamente, en Occidente—, con sus propios *hinterlands* adyacentes para retiros de fin de semana, donde la religión ha sido sustituida por el ejercicio y el consumismo. La visión progresista de Jane Jacobs de animadas aceras de clases sociales diferentes pugna por sobrevivir, mientras al conservador Roger Scruton le parece un horror que los seres humanos vivan como «hormigas dentro de su carcasa metálica y funcional». Olvídense de los grandes espacios abiertos. Existirán principalmente para el turismo. En 2050, prácticamente toda la población de Arizona vivirá en el gran corredor urbano-suburbano Tucson-Phoenix. Estados Unidos, en su totalidad, es arrolladoramente urbana: el 83 % de su población vive ya en las ciudades y su entorno inmediato. En China, el 65 % de la población es urbana; en Rusia, el 75 %. Estas cifras seguirán aumentando.

El urbanista Richard Florida escribe:

La proyección para dentro de uno o dos siglos de la población urbana del mundo indica que se triplicará, alcanzando el 85 % de un total global de la población de 11.000 millones a 12.000 millones. Unos 8.600 millones de esos urbanitas vivirán en ciudades del mundo en vías de desarrollo (muchas de ellas todavía tienen que crearse), mientras que solo 1.200 millones aproximadamente ocuparán las ciudades de las naciones avanzadas. ⁴¹(Aunque sus cifras son demasiado altas, ya que la población mundial llegará a menos de 11.000 millones, su idea central está en lo cierto).

En muchos países del África subsahariana, el 85 % de la población acabará viviendo en las ciudades. El *bush* , el bosque o la sabana solo definen a África parcialmente. Gran parte del drama político se representará en los asentamientos marginales y barrios de

infravivienda ocupados por los pobres urbanos ruralizados, no solo en África, sino también en el subcontinente asiático y en América Latina; inmigrantes de zonas rurales que, a pesar de las condiciones superficialmente feas y el apiñamiento humano, con moradas construidas con planchas de hierro y bloques de cemento, sin orden ni concierto, todavía piensan que hay más oportunidad económica cerca de la capital o de una gran ciudad. Este es el mundo que presenté a los lectores en *La anarquía que viene* hace más de tres décadas. Es un mundo de intenso esfuerzo humano, de organizaciones de autoayuda, comités y peticionarios; porque estos son los ambiciosos, los que han desertado de las existencias sin futuro de las aldeas remotas plagadas de paramilitares y otras bandas sin ley. Las condiciones en estos asentamientos de infravivienda pueden ser verdaderamente malas: electricidad y fontanería inestables, agua sucia, aire viciado y la propia superpoblación. Luego están las bandas de jóvenes, timadores y demás que existen a causa de la ausencia o insuficiencia de policía adecuada. Estos lugares pueden ser tierras baldías en un sentido diferente al de las conurbaciones de alto nivel adquisitivo de Occidente y del mundo desarrollado. Digo «pueden ser» porque todo depende de las interacciones humanas y de qué es lo que las motiva: si el grado de agresión e intimidación es razonablemente bajo y existen oportunidades para un número suficiente de habitantes, esos asentamientos pueden ser etapas en el trayecto hacia las clases obreras y medias, como he observado en los asentamientos marginales turcos en la década de 1990. Lo que unifica a los barrios pobres africanos con las ciudades prósperas y sus periferias de Occidente es la lucha constante para evitar las presiones intimidantes del pensamiento de grupo y ceder a los acosadores —físicos o intelectuales— y a la vez conservar la capacidad para trabajar juntos y lograr una mejora social y económica. Que un joven atracador te exija dinero o que un editor o una turba digital te exijan un lenguaje conformista para que conserves tu empleo pueden tener un nivel equivalente de maldad.

Las ciudades, debido a su masificación, son una intensificación de la existencia y por lo tanto de la política. Incluso si no acepta el

argumento de Spengler, o de Malthus, o acepta solo algunas partes, y encuentra relevantes solo otras, deberían por lo menos ponerle nervioso teniendo en cuenta la demografía del siglo XXI. Nadie declarará que su opinión ha sido dirigida por la abstracción ideológica y la psicología multitudinaria, porque da la casualidad de que vive en un asentamiento urbano atestado o una urbanización de las afueras arquitectónica y socialmente conformista. Pero estará ahí, justo debajo de la superficie, multiplicando su efecto por miles de millones. Es una ilusión del mundo moderno, por citar a Solzhenitsyn, que la historia esté gobernada por la razón.

La Revolución francesa, la Revolución rusa, la Noche de los Cristales Rotos, la Revolución cultural maoísta de China y la Revolución iraní son algunos ejemplos de locura de las multitudes urbanas combinadas con la irresistible del extremismo que ayudó a dar su terrorífica dirección a la historia contemporánea y contemporánea temprana. Incluso en Estados Unidos, las revueltas urbanas —que pueden estar motivadas por una demanda de justicia racial y contienen un componente violento que a veces es para bien y otras para mal— han afectado profundamente el transcurso de la política interior. Las revueltas urbanas son casi siempre un elemento común en las crisis de régimen, y no solo en el mundo en vías de desarrollo con ciudades cada vez más grandes. En otras palabras, el siglo XXI será progresivamente más tumultuoso. Es más, el núcleo de las dictaduras consiste en evitar la formación de multitudes espontáneas, que pueden formarse con más facilidad que nunca debido a la tecnología de los medios sociales. «¡La multitud!», escribe Solzhenitsyn. «Un extraño ser especial, tanto humano como inhumano (...) donde cada individuo fue liberado de su responsabilidad habitual y vio multiplicada su fuerza». ⁴² La psicología de la multitud, o de la turba, es así: «Muéstranos a quién tenemos [a continuación] que hacer pedazos». ⁴³

Aunque la tecnología ha seguido evolucionando, las raíces de la crisis permanente del siglo XXI continúan siendo lo que se hizo mal

en el siglo xx . El nazismo y el comunismo compartían dos elementos decisivos: la seguridad de la masa y el anhelo por la pureza. Recuerdo estar en Bucarest (Rumanía) en noviembre de 1981, observando inmensas multitudes de gente, manifestándose con un helado frío invernal, gritando «*Ceau ș escu, pace, Ceau ș escu, pace* (Ceașescu, paz, Ceașescu, paz)». Exigían paz y desarme nuclear, a la vez que vitoreaban al dictador totalitario. Los mensajes de la multitud eran puridad moral y obediencia ciega. La tradición sagrada que «no puede ser fingida ni aprendida», según el gran traductor británico de literatura rusa Max Hayward, había sido totalmente destruida por el dictador estalinista de Rumanía, y en su lugar había «progreso» socialista, como el «movimiento mecánico de una manecilla de reloj», proclamando que el futuro tenía solamente una dirección. ⁴⁴ Esas multitudes descerebradas desechan toda tradición humanizadora e histórica, incluida la religión, y de ese modo se entregan a la ideología de una forma u otra. Hacen esto destruyendo la memoria y la existencia del individuo, que, siendo un individuo, puede desviarse de la dirección política exigida por la multitud.

En *Masa y poder* , publicado por primera vez en alemán en 1960, el filósofo búlgaro judío Elías Canetti puede que haya escrito el libro más intuitivo sobre la crisis de Occidente durante los últimos cien años. El libro de Spengler afirma que la civilización occidental, como todas las civilizaciones, es, al fin y al cabo, efímera y está vinculada al desarrollo de la ciudad. El libro de Canetti explica la mecánica real de este declive. Canetti, como Hannah Arendt, escribió inmediatamente después de los estragos del nazismo y el estalinismo y tenía un don especial para entender el presente y el futuro. Canetti ganó el Premio Nobel de Literatura principalmente por este libro, que leí por primera vez en tapa blanda en la Rumanía estalinista, donde encontré algunas de las muchas clases de masas sobre las que escribió Canetti. Él y Arendt entendieron que las peores tiranías tenían sus orígenes en el aislamiento y la soledad del individuo, que conducen a la más aterradora de las formaciones de multitudes. Es decir, como veremos, la turba está compuesta por gente solitaria.

La primera obra de ficción de Canetti, *Auto de fe*, sienta las bases para *Masa y poder* diseccionando la neurosis de un hombre que vive solo, dedicado enteramente a su biblioteca, porque para él los libros han sustituido a los seres humanos. Tiene un contacto mínimo con otros y es atormentado por su ama de llaves: «Te acercas más a la verdad desconectándote de la humanidad (...) El mayor peligro que amenaza a un hombre sabio es perderse en una conversación (...) Él jadeaba porque necesitaba silencio cuando otros lo hacían porque necesitaban respirar». ⁴⁵ Este, por supuesto es el perfil de un hombre que prefiere estar solo. Al fin y al cabo, su mente se enriquece con sus libros y su aprendizaje. Pero la inmensa mayoría de la gente quiere huir de su soledad y ser uno con los demás. Canetti, que ha explorado la soledad en todos sus aspectos, y desde todas las direcciones, es el mejor preparado para explorar el fenómeno de la masa.

La masa, escribe Canetti, surge de la necesidad del individuo solitario de amoldarse a otros. Quiere perderse y huir de su aislamiento estando literalmente en contacto con los demás, sintiendo en la nuca la respiración de los demás. Solamente dentro de la multitud va a poder escapar del innato y humano «miedo a que le toque» un extraño. Porque él no puede ejercer dominio sobre sí mismo, lo ejerce a través de una multitud que habla con una sola voz. Él no era nada antes de la creación de esta masa y ahora lo es todo. El deseo de la multitud siempre es crecer, rescatando a otros de su soledad y devorando todas las jerarquías, ya que el objetivo de un individuo solitario siempre es hacerse notar y dominar a sus superiores. «Dentro de la masa hay igualdad», enfatiza Canetti. ⁴⁶ Sin embargo, la masa se siente oprimida y exige retribución, porque los individuos solitarios siempre están amargados por algo. Así, la multitud se ve a sí misma completamente pura, habiendo conseguido la virtud más elevada. Después de todo, el individuo solitario, en sus propios pensamientos al menos, no puede hacer nada mal. Y se ve justificado dentro de la masa, donde por primera vez siente que tiene poder. De este modo empieza la tiranía.

Un objetivo principal de la masa es dar caza a quienes no son suficientemente virtuosos, como los que están «en el lado equivocado de la historia», pero, al fin y al cabo, declarar a alguien así es suponer que se conoce la dirección de la historia, un nivel del conocimiento no concedido a nadie. Porque ni siquiera quienes luchan contra el más abyecto de los despotismos pueden estar seguros de cómo acabarán los acontecimientos. Lo único que pueden hacer es luchar. Por lo tanto, reclamar categóricamente que se conoce el futuro cae dentro del ámbito de la ideología, de la que la multitud, o la turba, es un arma principal.

Canetti, como escritor, es tan despiadado y obsesivo como las masas que describe, descomponiéndolas y catalogándolas en el transcurso de más de quinientas páginas. El original «cristal de masa», escribe, fue «la *manada* », una pequeña horda o banda de «diez o veinte hombres» ocupados a menudo en la caza, que en la prehistoria era la «expresión universal de la excitación comunal». Derivada de la «manada de caza» está la «masa de acoso». Aquí la víctima es «conocida y está claramente marcada». La víctima está también cerca, y la masa no descansará ni se disolverá hasta que haya matado o castigado de algún modo a la víctima. La existencia de la masa de acoso lleva al fenómeno de las ejecuciones públicas, que están vinculadas a la práctica del asesinato colectivo. «El auténtico verdugo es la multitud reunida en torno al cadalso», escribe Canetti. La más primitiva de todas las manadas multitudinarias dedicadas a la matanza colectiva es la turba que lincha, que piensa de sí misma que es humana solo porque sus integrantes no hincan realmente los dientes en la víctima. La víctima tiene aquí un aspecto diferente al de la muchedumbre. Está claro que no forma parte de ella. Y el hecho de que huya aumenta la sed de sangre de la multitud cuando sus miembros dan con ella. Es donde están las raíces más primitivas del racismo en el sur estadounidense. Incluso la inflación, afirma Canetti, es un «fenómeno de masas», ya que, a medida que la unidad monetaria pierde su valor e identidad, los individuos que la poseen se sienten depreciados, y, como no pueden admitir ante sí mismos su propia depreciación, aparece una masa que busca una víctima para esa

depreciación, un chivo expiatorio. La inflación de Alemania que ayudó a que Hitler llegara al poder fue una de las más extremas de la historia económica. Y la víctima que la masa escogió para vengarse fueron los judíos, a los que se consideraba que «se llevaban bien con el dinero cuando otros no sabían cómo gestionarlo», y por eso fueron un blanco natural para que la masa descargara toda la culpa en ellos. Canetti, en todo este libro, explica esencialmente muchas de las peores maldades de la historia —y cómo pudieron suceder— valiéndose del fenómeno de las masas. Pero también escribe sobre muchas clases de masas que no son malvadas, como las «masas de inversión». Explica que «las revoluciones son tiempos de inversión; quienes han estado indefensos durante mucho tiempo, de repente descubren que tienen dientes». Según las circunstancias, esto puede ser bueno o malo. De nuevo, la masa, a ojos de Canetti, ayuda a formar la roca madre de la experiencia humana, con un énfasis especial en el lado oscuro. ⁴⁷

La tiranía de la multitud tiene muchos otros aspectos, pero Canetti dice que su forma más ostensible y fascinante es la del «cuestionador», es decir, el acusador. «Cuando se utiliza como una intrusión de poder», la multitud acusadora «es como un cuchillo cortando la carne de la víctima. El cuestionador sabe lo que va a encontrar, pero quiere tocarlo y sacarlo a la luz». Naturalmente, cuanto más hostiles sean las preguntas, mayor será el placer de la masa. ⁴⁸ Las comisiones de investigación del Congreso en ambos lados de la divisoria política se han convertido, con el paso de los años, en un ejemplo cada vez más vívido de este fenómeno, alcanzando el nivel de espectáculo. Aunque quizá el mayor espectáculo de absoluta locura inducido por la psicología multitudinaria tuvo lugar a finales de las décadas de 1940 y 1950, cuando el Congreso, bajo la influencia del nefasto senador republicano de Wisconsin, Joseph McCarthy, orquestó una caza de brujas contra diplomáticos estadounidenses y especialistas en otras áreas a quienes se acusó de liderar una conspiración comunista que dio lugar a la «pérdida» de China a manos de las fuerzas de Mao

Zedong. Tales episodios pueden encontrar un renovado eco en una época en que la tecnología alienta a las turbas intelectuales. ⁴⁹

Hay ecos y conexiones de mucho de esto en *1984*, de George Orwell, y en *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley, que, aunque consideradas escandalosas por muchos cuando se publicaron por primera vez en 1949 y 1932 respectivamente, han alcanzado un aura creciente de realidad a medida que pasan los años y nuestra sociedad evoluciona en direcciones inquietantes. Como dice Julia en *1984*: «Grita siempre con la multitud, eso es lo que digo. Es la única manera de estar seguro». A pesar de que Julia entiende que todo lo que lee y oye de las autoridades y de la masa es basura, «ella sabía cuándo jalearse y cuando abuchear, y eso era todo lo que hacía falta».

⁵⁰

1984 describe una sociedad totalitaria donde siempre se reescribe el pasado para adaptarlo a las opiniones reinantes del presente. El pasado y las personas que poblaron ese pasado no tienen permitido ser juzgadas por los estándares de su propia época, con todas sus fortalezas morales y defectos, sino solo por las normas y estándares de hoy. El pasado, pues, queda eliminado de una forma crucial. «Chaucer, Shakespeare, Milton, Byron» ya no se leen en el original, sino «cambiados a algo contradictorio con lo que solían ser» para cumplir con las exigencias de la masa. De hecho, no hay pasado en la sociedad ficticia de Orwell. «El pasado fue borrado, lo borrado fue olvidado, la mentira se convirtió en verdad». Toda la ignorancia surgía de este hecho, ya que solo conociendo lo que hubo antes y los valores y asunciones con los que las generaciones anteriores solían vivir —lo que funcionaba en aquellos días y lo que no— podría una sociedad tener alguna esperanza de una perspectiva madura en sus desafíos presentes. Si bien, como nos dice Orwell, «la historia se ha detenido. No existe nada más que el presente interminable, al igual que un ciclo de noticias impactantes sustituye al siguiente, sin que nadie mire atrás por encima del hombro para buscar una perspectiva o un significado». ⁵¹ Huxley, en *Un mundo feliz*, describe cómo «nuevas formas de embriaguez» permitirán a la sociedad futura en este «presente interminable» existir en un estado

de sedación parcial o permanente, subsistiendo con películas, «periodismo de cloaca», música de porquería y cosas así. ⁵² Es el paisaje de cristal hecho añicos descrito por Eliot en *La tierra baldía*.

Aquí es donde Spengler y Canetti se unen a Orwell y Huxley. Por todos los estándares imaginables, el mundo que Orwell y Huxley describen equivale al declive de Occidente de Spengler y la tiranía de la masa de Canetti. Todo esto está pasando y empezando a pasar ante nuestros ojos. Lo vemos en que la literatura y las artes liberales en general están siendo socavadas abruptamente por la ideología, de modo que solo se permite una interpretación; en que el individualismo está siendo atacado por modas, tendencias, tuits y vídeos virales, etcétera; en que hace falta un cóctel de pastillas para que incluso gente bien equilibrada y de éxito pueda dormir durante la noche y relajarse durante el día; en que el periodismo se está haciendo más ideológico por un lado y más basura por el otro (especialmente los programas de noticias por cable en la televisión durante el día). Y todo esto por no mencionar la amenazadora capacidad de la inteligencia artificial, y sus programadores, para desencadenar niveles completamente nuevos de pensamiento coercitivo y conformista.

El primero entre iguales en todo esto es la «masa» de Canetti, que es el vehículo tanto para el declive de la civilización como para la coacción del individuo. Y es Canetti, quizá más que cualquier otro escritor actual, quien ha aislado la psicología multitudinaria como sujeto intelectual con estatus propio. Las multitudes, como muestra Canetti en su descripción de la «manada de caza», han existido desde el principio de los tiempos. Los ciudadanos de una democracia que funcione bien no constituyen una masa en el sentido que le da Canetti, ya que la democracia implica elección individual en la privacidad de la cabina de votación, donde la masa no puede intimidarte ya que nadie sabe qué palanca vas a accionar al final, o a qué candidato vas a marcar. A pesar de todos los mítines multitudinarios de la campaña, al final se trata de un acto secreto. Y eso es para bien. Asumiendo que la mayoría ganadora tiene un respeto razonable por la minoría perdedora, la democracia

demuestra en realidad los límites de la coacción de la masa. Sin embargo todavía hay un peligro, ya que la tecnología moderna y posmoderna —primero los periódicos y la radio, ahora X y Facebook— ha creado panoramas inenarrables para la tiranía de la masa. Y esto puede subvertir el espíritu de la democracia. Pensamos que somos más tolerantes y civilizados gracias a la tecnología. Pero la tecnología y la civilización son dos cosas diferentes; no necesariamente opuestas, pero no necesariamente en armonía tampoco. Los demonios detrás de la Primera Guerra Mundial y la Segunda Guerra Mundial demostraron que los avances tecnológicos —los triunfos de la industrialización empleados con fines bélicos y de asesinato masivo— pueden conducir a la barbarie. La tecnología puede llevar a un mundo mejor y a una democracia más eficiente, seguro. Todo depende... repito. Solo mire lo que pasó en *The New York Times* en 2020. La tiranía nacida de un aglomerado de gente tenía como objetivo la destrucción de dos individuos progresistas que no habían probado suficientemente su virtud a ojos de la masa.

El caso de *The New York Times*, simplemente un hecho dentro de un ciclo de noticias del drama nacional relacionado con George Floyd indica un punto de inflexión entre los siglos xx y xxi. El siglo xx fue un tiempo de comunicaciones de masas a menudo controladas por grandes gobiernos, de modo que la ideología y la intimidación que conllevan siempre se producían de arriba abajo. Hitler, Stalin y Mao solo pueden imaginarse en un contexto del siglo xx contra el fondo del clímax de la Revolución Industrial. En el siglo xxi se ha invertido todo esto, los individuos pueden trabajar mediante redes digitales para congregarse de abajo arriba. Esto no pone fin a la tiranía de arriba abajo —como sabemos por las actuales Rusia y China—, pero sí añade otra dimensión a la batalla en defensa del pensamiento libre.

Las multitudes de abajo arriba tendrán obviamente diversos efectos. Son la fuerza detrás de las listas de superventas y de grandes éxitos. Pueden destruir reputaciones antes de que aparezca toda la verdad. Pueden reducir el sistema de primarias presidencial a una competición de demagogos. Demuestran, como sabían los

fundadores de la revolución estadounidense, que la democracia ilimitada es el terreno de pruebas de la anarquía. Pero también pueden ser fuerzas para bien. La Primavera Árabe de 2011 en el norte de África y Oriente Próximo puede haber fracasado, pero empezó con la esperanza de un futuro político menos opresivo; y las masas de abajo arriba forjadas por los medios sociales fueron la causa principal. Los levantamientos contra un régimen confesional brutal en Irán en 2009 y 2022 no podrían haberse producido sin el fenómeno de masas autoorganizadas de abajo arriba ligado a los medios sociales. En septiembre de 2022, una mujer de Teherán, Mahsa Amini, fue tratada con brutalidad y luego asesinada por la llamada policía moral por no llevar puesto adecuadamente el hiyab, y la noticia se difundió de una persona a otra a través de los medios sociales; fue creciendo más y más, hasta que enormes manifestaciones de abajo arriba casi derribaron el régimen en las principales ciudades.

El asunto es que los medios sociales y digitales en las ciudades mundiales provocarán más turbulencias interiores y geopolíticas, incluso si es periódicamente con un buen fin y contra regímenes verdaderamente tiránicos. Los medios sociales en las ciudades mundiales son la razón clave de que la política siga haciéndose cada vez más dura, más complicada y sea cada vez más difícil tener éxito en ella. No es solo que países muy poblados y complejos en el mundo en vías de desarrollo, como Pakistán, Nigeria y Sudáfrica, hayan estado cada vez más al borde de convertirse en Estados fallidos, sino que se ha hecho más difícil también gobernar países como Estados Unidos y Francia. Las poblaciones, en términos absolutos, aumentan cada vez más, aunque no en todos los casos. La gente tiene cada vez más exigencias. Si bien los países con un campesinado extenso y analfabeto pueden ser muy estables, ya que la población es relativamente fatalista y en consecuencia tiene menos exigencias que plantear a los políticos, el desarrollo de unas clases medias y obreras alfabetizadas, aunque se considera progreso, puede conducir a la inestabilidad, ya que la población deja de ser fatalista y espera más del gobierno. Las clases medias sencillamente son más difíciles de gobernar, algo que no puede

evitarse, especialmente en las sociedades democráticas. Esto es tan cierto en Nigeria y Sudáfrica como en la antigua Europa Central y la Oriental comunista. Como dijo rotundamente Samuel P. Huntington: «Cuanto más rápida sea la ilustración de la población, más frecuente será el derrocamiento del gobierno». ⁵³

No es que el mundo vaya a peor. Va a mejor. Cada vez hay más personas que tienen una vida más plena y rica, y cuentan con más y mejores medios para comunicar sus sentimientos. Y esto hace que gobernarlas sea más difícil, si bien se conforman en multitudes virtuales que, aunque profesen independencia, van a funcionar ateniéndose a una conformidad brutal. Porque el hecho de protestar no es totalmente inocente. Exige que un grupo grande de personas piense como una sola para poder organizarse. Poblaciones completas, controladas por uno u otro paroxismo político, tecleando febrilmente al unísono en sus teléfonos inteligentes su aprobación o desaprobación; cada vez más se parecerán a las costumbres de los adolescentes, entre quienes el mayor temor es el ostracismo.

El desafío sigue siendo el identificado por Canetti y Arendt: soledad individual y atomización que crea obediencia ciega a las multitudes. Porque la masa indica un rechazo de la realidad para crear una realidad alternativa: algo que es viable siempre y cuando un gran número de personas crea en ello. Esto es algo a lo que la tecnología puede ayudar, con consecuencias posiblemente aterradoras. El futuro será una competición de masas: las que imponen una realidad y las que exigen una nueva realidad. En cuanto al efecto de la inteligencia artificial en todo esto, no será una panacea, pero podría exacerbar el problema que estos filósofos atemporales ponen de manifiesto. El ex secretario de Estado Henry Kissinger, el exCEO de Google Eric Schmidt, y el decano del MIT College of Computing Daniel Huttenlocher escribieron en *The Wall Street Journal* que «en los mundos de los medios, la política, los discursos y el ocio, la IA moldeará la información para adaptarla a nuestras preferencias, potencialmente confirmando y ahondando nuestros prejuicios y, al hacerlo, reduciendo el acceso a (...) una verdad objetiva». ⁵⁴ La IA, debido a su omnipotencia percibida,

podría hacer que fuera todavía más difícil desafiar la opinión generalmente aceptada y la sabiduría convencional, y, por lo tanto, puede convertirse en un arma para la turba gobernante, como los algoritmos de Google que no solo escogen a los ganadores y a los perdedores sino que simplemente amplifican el mínimo común denominador de popularidad en la confrontación de ideas. La IA, más que una libertadora, sería en ese caso un arma del autoritarismo. Al igual que la informática en general, las indiscutibles maravillas de la IA estarán en los campos de la medicina, la ingeniería y otras áreas científicas. Pero, en lo que concierne a la democracia y la sociedad de masas, los efectos de la IA podrían ser claramente problemáticos. Una pequeña élite podría controlar la IA: un mandarinato científico que no respondería ante nadie, a la vez que la IA se convertiría en la tercera forma de conciencia junto con el pensamiento laico y la fe religiosa, según Kissinger, Schmidt y Huttenlocher. ⁵⁵ La IA podría emitir juicios que, difundidos por los medios sociales, pondrían todavía más en peligro a quienes deseen permanecer fuera de la multitud.

Aunque en muchos casos la tiranía que los medios sociales de abajo arriba pueden producir tiene un estilo diferente al del autoritarismo de arriba abajo de la era industrial, tiene un resultado similar: la intimidación de la discrepancia mediante un supuesto monopolio de la virtud. Si no estás de acuerdo con nosotros, no solo estás equivocado, sino que también eres defectuoso moralmente, y, como tal, no solo se te debería denunciar, sino también destruir. Recuerde, tanto el nazismo como el comunismo fueron ideologías utópicas. En la mente de sus creyentes eran sistemas de virtud, y precisamente por eso abrieron nuevas vías a la tiranía. Aunque Hitler, Stalin y Mao han muerto, la tiranía, repito, no nos ha dejado. Y no estoy hablando solamente de Putin, Xi y otros dictadores que son una plaga en las relaciones internacionales; estoy hablando de formas nuevas y más sutiles de coacción en casa.

Es el deseo de puridad y virtud perfecta, cuando se combina con los medios sociales y otras formas de tecnología de las comunicaciones, lo que se hace particularmente agudo, ya que pone

el poder en manos de los jóvenes, que comprensiblemente son más adaptables que sus mayores al uso de nuevos productos cibernéticos y digitales. Esto, también, nos hace pensar en el espectro de turbas de abajo arriba particularmente aterradoras, ya que los jóvenes no están atemperados por los recuerdos del pasado y los graves errores cometidos. La consecuencia de tal coacción de la masa es la autocensura generalizada: la piedra angular de todas las formas de totalitarismo. Porque al final la esencia del Occidente histórico es la libertad del individuo por encima de la multitud; la teoría de Spengler de la decadencia puede estar en lo cierto por razones que ni siquiera él menciona.

Naturalmente, como hemos visto, puede funcionar también en sentido contrario. Los medios sociales en Irán en manos de los jóvenes pueden tener la posibilidad de reinventar el Occidente dentro de una tiranía religiosa reaccionaria. Así que, cuando señalo los peligros de la nueva tecnología y los nuevos tipos de formaciones de masas, soy, sin embargo, consciente de que también llevará a grandes avances positivos. Pero, en cada caso, hará que la geopolítica sea más impredecible y más tumultuosa. Los regímenes, buenos y malos, de todo el mundo estarán constantemente en peligro, contribuyendo a una ansiedad y una claustrofobia generalizadas que evocarán a Weimar, donde la vida pública y la política estuvieron siempre en un estado de agitación. Y ambas están entrelazadas, ya que todo parece ser político hoy en día.

La decadencia de Occidente empezó no solo con el surgimiento y el desarrollo de las sombrías ciudades «irreales» de Eliot, desacopladas de la tierra y azotadas por el frenesí de la multitud, sino con el nacimiento del propio modernismo, temas ambos que trata *La tierra baldía* . ⁵⁶ El modernismo indicaba una indiferencia hacia (e independencia de) el pasado, que conducía hacia lo que los marxistas llamaron «progreso» y se alejaba de las tradiciones sagradas con sus límites autoimpuestos; un proceso que impulsaba la desintegración y el extremismo. La misma palabra «moderno» sugiere rechazar todo lo anterior por primitivo de un modo u otro. El

modernismo era romper las reglas. Al soltar amarras con el pasado y sus tradiciones sagradas, la política moderna reinventó las identidades grupales, étnicas y religiosas en términos más duros e ideológicos. En contra de lo que se podía esperar, liberó un «poder del instinto» sobre la política —es decir, liberó emociones primarias— según el historiador de Princeton especialista en la Viena del cambio al siglo xx , Carl E. Schorske. Recuerde que Viena en ese periodo dio lugar no solo al inquietante arte moderno de Gustav Klimt y Oskar Kokoschka, sino también a las teorías psicosexuales de Sigmund Freud y al antisemitismo ideológico de mercado de masas de Karl Lueger que conduciría en línea recta a Adolf Hitler. «En nuestro siglo [xx]», escribe Schorske, «el hombre racional ha tenido que dar espacio a ese ser más rico pero más peligroso y voluble, el hombre psicológico. Este hombre nuevo no es meramente un animal racional, sino un ser con sentimientos e instinto». [57](#)

La política racial como entidad con sentimientos e instinto no solo surgió con el alcalde de Viena Karl Lueger, sino también con el político austriaco Georg von Schönerer, feroz pangermanista y antisemita. Theodore Herzl, padre del sionismo político y otra personalidad vienesa del mismo periodo, fue también, según Schorske, característico de la época, puesto que la respuesta de Herzl al antisemitismo no fue el liberalismo, sino el movimiento nacional construido sobre la raza y la etnicidad, por muy justificado moralmente que hubiera podido estar. Los tres, Lueger, von Schönerer y Herzl, estaban reaccionando a la pérdida de un sentido tradicional de pertenencia que apelaba a una necesidad reaccionaria de identidad. Escuche a Schorske:

... cada uno de estos artistas políticos —Schönerer, Lueger y Herzl— entendió la realidad sociopsicológica que el liberal no podía ver. Cada uno de ellos expresó en política una rebelión contra la razón y la ley que pronto se extendió. En su forma de distanciarse de la tradición política liberal y en la forma del desafío que presentaban a sus valores, esa tríada de políticos esbozaba un concepto de vida y un modo de acción que (...) constituía parte de la revolución cultural más amplia que marcó el comienzo del siglo xx . [58](#)

Los hombres y las mujeres no estaban destinados necesariamente a ser liberales. Podrían ser también tribales, definiéndose a sí mismos, en términos ideológicos modernos, por geografía, grupo, etnia o religión. Y esto ha ayudado a liderar el pensamiento desde el siglo XIX en adelante, ganando fuerza a medida que avanzaba, hasta la decadencia de la civilización occidental, ya que todas las civilizaciones se basan en gran medida en la representación de los instintos tribales, entre otros (algo que sabemos por Freud), ⁵⁹ ya que ser civilizado es juzgar a las personas como individuos, no como miembros de una raza o grupo étnico, y también es reprimir constantemente tus deseos naturales momentáneos; en caso contrario, puedes cometer un delito o ser rechazado por la sociedad refinada.

Pero la civilización está ahora en flujo. La decadencia que sigue su curso en Occidente se manifiesta no solo en las tensiones raciales acompañadas de nuevas barreras al discurso libre, sino también en el deterioro de los códigos de vestimenta, la erosión de la gramática, la caída de las ventas de libros serios y música clásica, etcétera, que tradicionalmente han sido signos de civilización. Se podría responder que lo que sucede es meramente una evolución de estilos, y que la sociedad es más democrática gracias a eso, ya que cosas como la gramática correcta, la música clásica y los libros serios son solo convenciones de la élite que las masas y la cultura popular rechazan. Eso puede ser cierto, pero es precisamente tal evolución de estilos, y también de medios, política, ocio, etcétera, lo que registra el cambio cultural que, a su vez, puede conducir a la propia decadencia de la que habla Spengler. Occidente ha alcanzado la cima, en otras palabras, y con ello ha alcanzado la cima del principal invento de Occidente, la inviolabilidad del individuo y del pensamiento del individuo, que está, por definición, opuesto a la masa. Esto ha empeorado por la pobreza extrema y la disfunción social dentro de las propias sociedades occidentales, que condenan a los grupos y a los barrios donde viven a empobrecerse como seres individuales dentro de esos grupos. En resumen, las élites son cada vez más conformistas y las masas, especialmente las de clase baja, son más

ignorantes, a medida que las escuelas y otros servicios públicos decaen.

Naturalmente, muchas élites intelectuales y periodísticas creen que la civilización occidental está dejando paso con el tiempo a una civilización global más humana y basada en reglas, en cuyo caso las explosiones de comportamiento primitivo —sean tiroteos masivos, guerras y otras atrocidades— pueden mitigarse de algún modo. Pero, con igual probabilidad, habrá un vacío de civilización donde la anarquía se extenderá más. Porque la mecanización, la automatización y el procedimiento burocrático convertido en rutinario, que los expertos (y la propia ciencia) nos impondrán, están destinados a enfurecer absolutamente a muchos de nosotros, lo que lleva a la propia pérdida de represión del instinto que, para empezar, se supone que la civilización impone. Dicho de otro modo: cuanto más reprimidos estemos todos en nuestro comportamiento y en nuestras creencias, más buscarán los extremistas políticos, incluidos los grupos violentos y fanáticos, cambiar el orden imperante.

Esos extremistas chocarán con un pueblo que vive bajo una estricta jerarquía. Tal y como nos avisaron los filósofos Friedrich Nietzsche y José Ortega y Gasset, la ciencia está conspirando con la psicología multitudinaria, que interactúa, a su vez, con la vida urbana para crear una raza de hombres-masa en las ciudades. ⁶⁰ Los hombres-masa pueden actuar de forma conformista, aunque se consideren a sí mismos individuos por encima de la nación-Estado. Las dos cosas no están necesariamente en contradicción. Los hombres-masa, que gobernarán y compondrán la población urbana, son expertos con importantes titulaciones dentro de sus estrechos cubículos de existencia burocrática y temática, ignorantes de lo que hay en el exterior, y, por lo tanto, propensos a integrarse en turbas virtuales, que se inclinan ante la última moda o atacan de una forma u otra a la siguiente víctima y su reputación. La propia expansión del conocimiento crea siempre campos de especialización más intensos y diminutos que llevan a los trabajadores a pequeños cubículos de experiencia, haciendo que todo lo que esté fuera de esos cubículos, aparte de necesidades inmediatas psicológicas y carnales, sea irreal

y propenso a la manipulación de, por ejemplo, los demagogos de los medios sociales. Este fenómeno ayudará a definir la vida en la ciudad del futuro; o cada vez más del presente, en la medida en que tanto las personas con doctorado como los *influencers* en internet nos dicen qué tenemos que pensar. Así es como las mentes más eruditas y científicas pueden ser controladas por un músico pop, una figura del deporte o un político. Si algún sinsentido se repite un número suficiente de veces en las noticias de la televisión, hasta el más formado académicamente de nosotros puede empezar a creérselo.

Ortega y Gasset escribe en su clásico *La rebelión de las masas* que «se ha apoderado de la dirección social un tipo de hombre a quien no interesan los principios de la civilización (...). Le interesan, evidentemente, los anestésicos, los automóviles y algunas cosas más. Pero esto confirma su radical desinterés por la civilización». En una introducción al libro de Ortega y Gasset, Saul Bellow observa que: «Al hombre-masa le gustan las bromas. Es un niño malcriado, exige diversión, es propenso a las pataletas (...). Su único mandamiento es "Esperarás la comodidad"». Y, como Ortega y Gasset, resume que a los hombresmasa «no les preocupa más que su bienestar, y al mismo tiempo, son insolidarios con las causas de ese bienestar». Así, «creen que su papel se reduce a exigirlos perentoriamente, cual si fuesen derechos de nacimiento». ⁶¹ Poseer el dispositivo más nuevo no es un derecho natural; tampoco lo es recibir el paquete con el producto elegido en veinticuatro horas ni, en general, estar constantemente entretenido. Estas cosas se han convertido en algo que exigimos ahora, pero son, de hecho, resultado de una civilización altamente evolucionada y, por lo tanto, cada vez más frágil.

Así es como la civilización acaba por morir. Es una realidad soporífera de este tipo contra la que los extremistas políticos se van a rebelar. En sus rebeliones y alzamientos, y en las obsesiones de las masas, políticas, financieras y sexuales, en las que el hombre-masa participará —hechas vívidas por la tecnología interactiva—, el

conflicto entre diferentes partes de la tierra se intensificará, y a la vez habrá una aplastante similitud entre sus ciudades.

El hombre-masa es particularmente propenso a las ideologías políticas extremistas, advirtió el diplomático y realista de la política exterior, en el siglo xx , Robert Strausz-Hupé, ya que las ideologías «son productos de la masa en sentido estricto» y «representan la degradación final y más profunda de la razón». ⁶² Multitudes, turbas, conformidad social e ideología; todo confluye, ayudado por la tecnología. Generalmente sucede en ciudades, pero periódicamente en ciudades virtuales creadas por los medios sociales, como la turba del 6 de enero. A pesar del metaverso, el rango de la experiencia humana en sí misma se hará cada vez más estrecho, de modo que la sabiduría y el buen juicio escasearán cada vez más. El fenómeno del teletrabajo podría intensificarlo algo, ya que separa las clases más adineradas de la clase sirviente de mascarilla y guantes que lleva paquetes hasta sus puertas y les atiende en restaurantes de alto nivel. Así es como las pandemias aíslan a las clases económicas y sociales. La industria tecnológica evangeliza sobre la ampliación de los límites de la experiencia humana. Pero en el futuro puede suceder lo contrario.

Para obtener una imagen algo oblicua de cómo podría ser esto, piense en las ciudades de China con su perfecta ingeniería, cimentadas en una masiva tecnología de vigilancia e inteligencia artificial, en la que la IA controlará cada calle de la ciudad. Desde el punto de vista chino, tan aterrador como soporífero, se aliviarán los atascos del tráfico, se encontrará más rápidamente a los niños perdidos, las ambulancias llegarán más rápido a su destino, los peatones imprudentes serán puestos en evidencia, y el Gobierno conocerá tus pensamientos por medio de tus búsquedas en internet. Puesto que a la mayor parte de la gente no le preocupa el mundo de las ideas y valora la seguridad y la comodidad por encima de todo, la ciudad china puede representar realmente el desafío total para el Occidente urbano menos eficiente y propenso a las turbas. ⁶³

«No está tan mal», podría usted decir sobre estas ciudades chinas. La mayoría de la gente, si no son intelectuales, podría vivir

fácilmente con esta visión. De hecho, la distopía puede estar solamente en los ojos de quien la contempla.

Aunque, como escribe Camus en *El hombre rebelde*, la rebelión está en la naturaleza del hombre: «La solidaridad del hombre se basa en la rebelión, y la rebelión, a su vez, solo puede tener justificación en esta solidaridad». ⁶⁴ Este es el conflicto. El control tiene sus limitaciones. Cuanto más control haya, sea por espectáculos que distraen la atención y por otras diversiones, o por cualquier tipo de droga o medicamento, o por la tiranía de la multitud o la de un dictador, mayor puede ser la reacción final en su contra. La tiranía de la multitud, como hemos visto, puede ser la más insidiosa de todas estas tiranías y, si conduce a una autocensura, puede ser contra la que sea más difícil rebelarse. Aun así, el hombre-masa de Ortega y Gasset, la máxima herramienta de la multitud, puede no constituir, según el cliché, el soporífero final de la historia. Porque siempre habrá rebelión. Y la rebelión puede llegar cuando las cosas van mal, cuando de repente la vida deja de ser cómoda para el hombre-masa. Y, periódicamente, las cosas van muy mal. Recuerde que los antiguos griegos temían el caos porque ellos mismos eran demasiado racionales para desestimar lo que había en la otra orilla de la racionalidad. Está claro que el caos intermitente es una condición que no se disipará mientras la ciencia y la tecnología den más maravillas a la humanidad. El caos no necesita darse estrictamente a nivel geopolítico, cuando el final de los regímenes absolutistas lleva no a la democracia estable sino a diversos niveles de anarquía y nuevas formas de desorden, como hemos aprendido de la Primavera Árabe y el caos que se apoderó de Rusia tras la caída del comunismo en la década de 1990. El caos también puede apoderarse de las sociedades tecnológicas posmodernas, donde la rebelión adopta la forma de paroxismos primitivos, asumiendo las mentiras o la violencia, o ambas, en una reacción contra la tecnocracia sin alma y la tiranía de las multitudes que exigen la virtud perfecta.

Y porque la anarquía es una condición permanente de nuestra especie, que engloba erupciones periódicas de barbarie, movimientos ideológicos tales como el comunismo y el fascismo nunca están del todo muertos, sino solo ocultos. Hemos de estar siempre atentos al año uno, 1917 y 1933.

El fallecido historiador israelí, nacido en Polonia, Zeev Sternhell definió el fascismo como, en parte, una revuelta contra «la vida de las grandes ciudades, que estaba dominada por la rutina, sin espacio para el heroísmo». El fascismo, continúa Sternhell, fue una «auténtica contracivilización» que enfatizaba «el redescubrimiento del instinto» de nuestras necesidades físicas y psicológicas más profundas. El fascismo tiene un fuerte atractivo romántico, escribió el historiador estadounidense nacido en Alemania Walter Laqueur. «La pasión tenía que ser un sustituto de la razón; y la disposición a luchar, un sustituto de los argumentos sofistas inútiles». En el fascismo siempre había una obsesión por la virilidad. ⁶⁵El fascismo, resumiendo, es la ideología de los acosadores. Es la propia civilización urbana posmoderna decadente y sin alma que ha estado creciendo a nuestro alrededor la que resulta que puede ser suelo fértil para el fascismo: le facilita un enemigo común contra el que luchar. El comunismo, o alguna de sus variantes, también puede experimentar alguna clase de renacimiento, aunque solo sea porque idealiza a la extrema izquierda aparentemente virtuosa y romántica, y, por lo tanto, encaja en la multitud del siglo XXI. Lo que estoy diciendo es que, cuanto más nos obliga la civilización urbana posmoderna a ser conformistas, más a menudo nos enfrentaremos a revueltas del fanatismo nuevo-viejo de la derecha y la izquierda.

Recuerde que el propio totalitarismo tiene sus raíces en una perversión del pensamiento occidental, según los grandes pensadores de Harvard de la década de 1950, Zbigniew Brzezinski y Carl Friedrich. «Por ejemplo», como señalan, «la idea de progreso, un producto tan peculiar de la mente occidental, está incorporada al pensamiento totalitario tan profundamente que se derrumbaría si se eliminara esta idea». ⁶⁶Por supuesto, cuando los progresistas y neoconservadores hablan de progreso, se refieren a algo

inmensamente diferente a lo que se refieren los nazis y comunistas. Pero el concepto es el mismo: creer en una dirección lineal hacia delante en la historia que, por definición, no es trágica. Es decir, no admite la tendencia de que las cosas vayan mal —no admite resultados irónicos—, sino que siempre se orienta hacia la utopía.

Entonces, ¿qué pasa con Occidente, al menos como lo veneramos nosotros, obviamente sin las perversiones de las ideologías totalitarias? ¿Y qué pasa con la supervivencia del pensamiento individual? ¿Con el anhelo por huir de la multitud? Porque esto es lo que al final significa Occidente, en el sentido más sano, y lo que durante siglos ha dado a la civilización occidental su poder y dinamismo singulares. Occidente arrancó al individuo del grupo, le dio su autonomía y, en consecuencia, dio a luz a la libertad.

El brillante intelectual ruso del siglo XIX Alexander Herzen, adelantándose a Spengler y escribiendo en la estela de las revoluciones democráticas fallidas de 1848 en Europa, dio tal vez el más pesimista de los avisos: «El pensamiento occidental moderno pasará a la historia y se incorporará a ella, tendrá su influencia y su lugar, justo como nuestro cuerpo pasará a formar parte de la composición de la hierba, de la oveja, de las chuletas y de los hombres. Esa clase de inmortalidad no nos gusta, pero, sobre esto ¿qué se puede hacer?». [67](#)

Es decir, Occidente morirá poco a poco.

Herzen amplía ahora su lienzo: «Tras la descomposición de Roma llegó el cristianismo; tras el cristianismo, la creencia en la civilización, en la humanidad. El liberalismo es la religión final, aunque su iglesia no es del otro mundo, sino de este». Y el liberalismo, el mejor logro de Occidente, da a entender Herzen, terminará como uno de los «ídolos hechos añicos» del hombre moderno. En esto, su visión es cercana a la de T. S. Eliot. [68](#)

A esto es a lo que nos tenemos que enfrentar; de nuevo, el proceso natural de la historia que socavará y diluirá a Occidente y todo lo que representa. A medida que la globalización lanza de forma natural a Occidente a las corrientes cruzadas de otras civilizaciones, y formas extremas de política identitaria pisotean los

derechos del individuo, el liberalismo histórico tiene ahora la tarea de posponer infinitamente la visión de Herzen. El liberalismo histórico —identificado en pensadores como Edmund Burke, John Stuart Mill e Isaiah Berlin—, como adalid de la agencia individual y de la mente abierta, da la mayor refutación a la multitud. El liberalismo histórico tiene como raíz la voluntad de contemplar ideas razonables que no sean las propias. El liberalismo «no está completamente seguro de que está en lo cierto», dijo el gran jurista Learned Hand. ⁶⁹ Los conservadores actuales encajan en esta categoría también, ya que su objetivo es conservar lo mejor del pensamiento liberal occidental (algo que será particularmente difícil en una época de inteligencia artificial incontrolada). Así que el liberalismo presenta una crítica a las ideologías extremistas como el fascismo y el comunismo, y al destino que Herzen tenía en mente. Combatir lo popular y la turba, cultivando la moderación tanto en la política exterior como en la interior entre una anarquía global incipiente y una geopolítica agitada causada por el declive de las grandes potencias, es central al hecho de ser liberal. Esto sin duda no es nuevo, pero a la vista de todo el material que he presentado es conmovedor.

Dicho esto, hasta los liberales tienen que ser conscientes de las propias limitaciones de su filosofía, y, por lo tanto, no poner excesivo celo. Porque el liberalismo, ya que se enfoca en los derechos del individuo, llevado a un extremo, puede al final significar la eliminación de «fronteras y límites basadas en la geografía, la historia y la naturaleza», escribe el científico político Patrick Deneen de Notre Dame. ⁷⁰ De hecho, los liberales tienen que buscar sus fines con moderación, o de lo contrario las propias culturas nacionales estarán amenazadas por los derechos individuales desbocados. El liberalismo no tiene que odiar todas las conexiones con la tierra, quiero decir, o en caso contrario incurrirá en la ira de Spengler y su oscura visión declinista. Después de todo, un cosmopolitismo puro, al rechazar cualquier espacio geográfico cerrado donde la democracia siempre ha florecido, puede ser él mismo antidemocrático. ⁷¹

Por esta razón tenemos que recordar siempre 1848, el año de las revoluciones fracasadas en toda Europa, cuando el liberalismo y el racionalismo realmente «lucharon en el mismo lado de las barricadas», escribe Robert Strausz-Hupé. ⁷² No obstante, el fracaso de esas revoluciones no fue algo predeterminado, sino que fue consecuencia de muchas contingencias tenues. Si las revoluciones de 1848 hubieran tenido éxito —algo que casi sucedió—, podría no haber habido Primera Guerra Mundial y después tampoco Hitler. La historia, de nuevo, es una serie de bisagras. Incluso si las tendencias son malas, como ya he enumerado, siempre son posibles resultados mejores y peores. De hecho, precisamente porque la perspectiva histórica de Spengler es tan larga y ancha, la civilización urbana, como la conocemos puede todavía encontrar renovación y tener más kilómetros que recorrer.

El filósofo de la Universidad de Oxford William MacAskill escribe que: «Estamos de pie al principio de la historia. Por cada persona viva en la actualidad, diez han vivido y muerto en el pasado. Pero, si los seres humanos sobreviven tanto como la media de las especies de mamíferos, entonces, por cada persona viva en la actualidad, vivirán mil personas en el futuro. Somos los antiguos. En la escala de una vida humana típica, la humanidad de hoy es apenas un bebé luchando por aprender a andar». ⁷³

Frente a ese marco temporal, mi argumento implacablemente pesimista es fugaz. Nos aguardan ciclos de historia completamente nuevos que neutralizarán todo lo que acabo de escribir. Pero esto no significa que lo que he escrito no tenga importancia. La humanidad podrá seguir miles de años, o podrá destruirse a sí misma a corto plazo. E, incluso si continúa, no está claro hasta qué punto los seres humanos serán libres y no estarán programados por máquinas. ¿Podemos recuperar la auténtica libertad y diversidad de las aceras de Jane Jacobs?

La dirección de la historia es imposible de conocer. No existe eso del progreso lineal automático. De modo que no tenemos más

opción que seguir luchando, ya que el resultado no se nos da a ninguno por adelantado. Weimar se podía jactar de tener muchos liberales y un auténtico florecimiento intelectual. Había mucha esperanza en Weimar, pero insuficiente orden. Evitar el destino de Weimar es ahora la gran tarea del mundo.

AGRADECIMIENTOS

Este libro no podría haberse hecho sin el apoyo del Foreign Policy Research Institute (FPRI) de Filadelfia. Por ello, mostrar mi agradecimiento a la presidenta emérita del FPRI, Carol «Rollie» Flynn, a su presidente, Aaron Stein, y al presidente de la junta, Robert L. Freedman.

Molly Turpin, de Random House, ha sido una editora encantadora e irremplazable. Henry Thayer, Marianne Merola y el resto del equipo de Brandt & Hochman Literary Agents siguen representándome en el mejor sentido de virtud en la acepción antigua de la palabra.

Elizabeth M. Lockyer ha gestionado mi vida profesional desde hace décadas, y sin su ayuda, de tantas formas, este libro no habría podido ver la luz. Maria Cabral, mi esposa durante cuarenta y un años, me ha aportado el amor, la estabilidad y la comprensión necesarios para poder escribir este libro y todos los demás.

Partes de este manuscrito aparecieron primero en las páginas editoriales de *The Wall Street Journal* y en *The New Criterion*, *The National Interest* y *The New Statesman*, por lo que quiero mostrar mi agradecimiento a los editores.

- [1](#) . Christopher Isherwood, *The Berlin Stories*, incluye *Goodbye to Berlin*. Nueva York: New Directions (1939) 2008, pp. 207, 343, 389.
- [2](#) . Gordon A. Craig, *Germany: 1866-1945*. Nueva York: Oxford University Press (1978) 1987, p. 483.
- [3](#) . Alfred Döblin, *Berlin Alexanderplatz*. Traducción de Michael Hofmann. Nueva York: Penguin (1929) 2019, pp. 70, 113, 440.
- [4](#) . Golo Mann, *The History of Germany Since 1789*. Traducción de Marian Jackson. Nueva York: Penguin Books, 1968, p. 681.
- [5](#) . Craig, *Germany*, p. 434.
- [6](#) . Mann, *The History of Germany Since 1789*, p. 586.
- [7](#) . «Beer Hall Putsch,» Encyclopedia of the United States Holocaust Memorial Museum, Washington. David King, *The Trial of Adolf Hitler: The Beer Hall Putsch and the Rise of Nazi Germany*. Nueva York: Norton, 2017, p. 101.
- [8](#) . Craig, p. 540.
- [9](#) . Mann, p. 664, 673-675. Craig, p. 568.
- [10](#) . Modris Eksteins, *Rites of Spring: The Great War and the Birth of the Modern Age*. Boston: Houghton Mifflin, 1989, p. 301.
- [11](#) . Richard M. Langworth, *Churchill by Himself: The Definitive Collection of Quotations*. Nueva York: PublicAffairs, 2011, desde 26 de abril de 1945.
- [12](#) . Henry Kissinger, *A World Restored: Metternich, Castlereagh and the Problems of Peace 1812-22*. Boston: Houghton Mifflin, reimpresión (1957), p. 283. Robert D. Kaplan, «Kissinger, Metternich, and Realism». Boston: *The Atlantic*, junio 1999.
- [13](#) . Reinhold Niebuhr, *The Irony of American History*. Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1952, p. 78 de la edición de 2008 de University of Chicago Press.
- [14](#) . Aleksandr Solzhenitsyn, *August 1914*. Traducción de Michael Glenny. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 1971, pp. 100, 405.
- [15](#) . Solzhenitsyn, *August 1914*, pp. 13, 57, 59.
- [16](#) . Solzhenitsyn, *August 1914*, pp. 130-131, 134.
- [17](#) . Solzhenitsyn, *August 1914*, p. 357.
- [18](#) . Aleksandr Solzhenitsyn, *November 1916: The Red Wheel / Knot II*. Traducción de H. T. Willetts. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, (1984) 1999, p. 214.
- [19](#) . Aleksandr Solzhenitsyn, *March 1917: The Red Wheel, Node III, Book 3* . Traducción de Marian Schwartz. Notre Dame, Indiana: University of Notre Dame Press, Edición en inglés 2021, pp. 230, 387.
- [20](#) . Solzhenitsyn, *November 1916*, p. 905.
- [21](#) . Joseph Conrad, *Under Western Eyes*. Con introducción y notas de Boris Ford. Nueva York: Penguin Books, (1911) 1985, pp. 9, 105.
- [22](#) . Solzhenitsyn, *November 1916*, p. 653.
- [23](#) . John Reed, *The Collected Works of John Reed*. Nueva York: The Modern Library, (1919) 1995, p. 717.

[24](#) . A. J. P. Taylor, Introducción a *Ten Days That Shook the World* de Reed. Nueva York: Penguin Books, 1977, p. xvi.

[25](#) . Aleksandr Solzhenitsyn, *March 1917, Node III, Book 1*. Traducción de Marian Schwartz. Notre Dame Indiana: University of Notre Dame Press, 1986 y 2008, pp. 154-155.

[26](#) . Daniel J. Mahoney, «Solzhenitsyn's *Red Wheel*: The Russian Author's Crowning Achievement Defends a Tough-minded Christianity». Nueva York: *First Things*, May 2015.

[27](#) . Solzhenitsyn, *March 1917: Node III, Book 3* , p. 127.

[28](#) . Sean McMeekin, *The Russian Revolution: A New History*. Nueva York: Basic Books, 2017, p. 267. Costica Bradatan, *In Praise of Failure: Four Lessons in Humility*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2023, p. 103.

[29](#) . Kissinger, *A World Restored*, p. 206.

[30](#) . Ann Applebaum, *Iron Curtain: The Crushing of Eastern Europe 1944-1956*. Nueva York: Doubleday, 2012, p. 383.

[31](#) . Guaspari, David. «Here's Johnny: A Review of 'The Man from the Future: The Visionary Life of John von Neumann' by Ananyo Bhattacharya». *The New Criterion*, Nueva York: octubre 2022.

[32](#) . Paul Bracken, *Fire in the East: The Rise of Asian Military Power and the Second Nuclear Age*. Nueva York: HarperCollins, 1999, p. 33.

[33](#) . Halford Mackinder, «The Geographical Pivot of History». Londres: *The Geographical Journal*, Abril 1904, p. 422.

[34](#) . Adam Tooze, «Chartbook 130 Defining Polycrisis-From Crisis Pictures to the Crisis Matrix». [http:// AdamTooze.com/category/blog](http://AdamTooze.com/category/blog).

[35](#) . Cliff Kupchan, «Ukrainian Fallout». Washington: *The National Interest*, noviembre/diciembre 2022.

[36](#) . Henry Kissinger, Eric Schmidt y Daniel Huttenlocher, con Schuyler Schouten, *The Age of AI: and Our Human Future*. Nueva York: Little, Brown, 2021, p. 152

[37](#) . Colin S. Gray, *Another Bloody Century: Future Warfare*. Londres: Weidenfeld & Nicolson, 2005, p. 34.

[38](#) . Henry A. Kissinger, *Nuclear Weapons and Foreign Policy*. Nueva York: Doubleday Anchor Books, 1958, pp. 140, 148.

[39](#) . Robert D. Kaplan, «Kennan's Containment Strategy: A Consensus on What Not to Do». Washington: *The National Interest*, 24 de abril de 2021.

[40](#) . Henry A. Kissinger, *Nuclear Weapons and Foreign Policy* . Nueva York: Doubleday Anchor Books, 1957, pp. 43, 45-46, 56, 57, 59.

[41](#) . Timothy Snyder, «War No More: Why the World Has Become More Peaceful». Nueva York: *Foreign Affairs*, enero/febrero 2012.

[42](#) . Robert D. Kaplan, «Has Violence Declined?». Austin, Texas: *Stratfor*, 11 de julio de 2012.

[43](#) . Gray, *Another Bloody Century*, p. 29.

[44](#) . Gray, pp. 15, 95.

[45](#) . Ralph Peters, *Fighting for the Future: Will America Triumph?* Mechanicsburg, Pennsylvania: Stackpole Books, 1999, p. 171.

[46](#) . Martin van Creveld, *The Transformation of War*. Nueva York: The Free Press, 1991, p. 161.

[47](#) . Peter Brannen, «The Terrifying Warning Lurking in the Earth's Ancient Rock Record». Washington: *The Atlantic*, 11 de febrero de 2021.

[48](#) . Brannen, «The Terrifying Warning Lurking in the Earth's Ancient Rock Record».

[49](#) . Robert D. Kaplan, *Warrior Politics: Why Leadership Demands a Pagan Ethos*. Nueva York: Random House, 2002, Capítulo VII.

[50](#) . Daniel Yergin, «Net Zero». Nueva York: *The Wall Street Journal*, 12 de abril de 2023.

[51](#) . Paul Theroux, *The Last Train to Zona Verde: My Ultimate African Safari*. Nueva York: Houghton Mifflin Harcourt, 2013, pp. 8, 17, 201, 297-298, 345.

[52](#) . Theroux, *The Last Train to Zona Verde*, p. 337.

[53](#) . Janan Ganesh, «Anarchy Is a Likelier Future for the West than Tyranny». Londres: *Financial Times*, 21 de junio de 2022.

[54](#) . Gérard Prunier, *Africa's World War: Congo, the Rwandan Genocide, and the Making of a Continental Catastrophe*. Nueva York: Oxford University Press, 2009, pp. xxix-xxx.

[55](#) . Robert D. Kaplan, «The Anarchy That Came». Washington: *The National Interest*, 21 de octubre de 2018.

[1](#) . Henry Adams, *The Education of Henry Adams: An Autobiography*. Introducción de Edmund Morris. Nueva York: The Modern Library, (1907 y 1918) 1996, pp. 44, 438-439.

[2](#) . Barbara W. Tuchman, *The Guns of August*. Nueva York: Macmillan (reimpresión para Dell), 1962, pp. 345-346.

[3](#) . Robert Conquest, *The Harvest of Sorrow: Soviet Collectivization and the Terror-Famine*. Nueva York: Oxford University Press, 1986, p. 3.

[4](#) . Antony Beevor, *Stalingrad: The Fateful Siege: 1942-1943*. Nueva York: Penguin Books, 1998, pp. 85, 166-167.

[5](#) . Stephen F. Cohen, *Failed Crusade: America and the Tragedy of Post-Communist Russia*. Nueva York: W. W. Norton & Company, 2000, pp. 3, 5, 7-9, 11.

[6](#) . Steven Lee Myers, *The New Tsar: The Rise and Reign of Vladimir Putin*. Nueva York: Knopf, 2015, p. 92.

[7](#) . Jakub Grygiel, «Ukraine War Shows the 'Rules-Based International Order' is a Myth». Nueva York: *The Wall Street Journal*, 28 de marzo de 2022.

[8](#) . «Heridos graves» en este caso significa tanto la pérdida de al menos una extremidad importante, o de uno o ambos ojos, o quemaduras graves en el rostro. Esta información procede de un estudio de 2010 del Center for a New American Security de Washington. Robert D. Kaplan, «The Wounded Home Front». Washington: *The American Interest*, febrero de 2011.

[9](#) . Nancy Mitford, *Frederick the Great*. Londres: Random House y Vintage (1970) 2011, p. 182.

[10](#) . Aleksandr Solzhenitsyn, *One Day in the Life of Ivan Denisovich*. Traducción de H. T. Willetts, con introducción de John Bayley. Nueva York: Everyman's Library, (1962) 1995, pp. xii, 60-61.

[11](#) . Paul Kennedy, *Victory at Sea: Naval Power and the Transformation of the Global Order in World War II*. New Haven: Yale University Press, 2022, p. 408. Kennedy cita a Corelli Barnett cuando llama a las grandes guerras «auditores» de todas las cosas.

[12](#) . Robert Blake, *Disraeli*. Nueva York: St. Martin's Press, 1967.

[13](#) . Ezra F. Vogel, *Deng Xiaoping: And the Transformation of China*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2011, pp. 3, 5, 14.

[14](#) . Vogel, *Deng Xiaoping*, p. 377.

[15](#) . Vogel, p. 475.

[16](#) . Vogel, p. 638.

[17](#) . Matt Pottinger, Matthew Johnson y David Feith, «Xi Jinping in His Own Words: What China's Leader Wants—and How to Stop Him from Getting it». Nueva York: *Foreign Affairs*, 30 de noviembre de 2022.

[18](#) . Kevin Rudd, «Xi Jinping Scrambles as China's Economy Stumbles». Nueva York, *The Wall Street Journal*, 10 de mayo de 2022.

[19](#) . Patty-Jane Geller, «Like It or Not, the U.S. Is in an Arms Race with China». Nueva York: *The Wall Street Journal*, 16 de febrero de 2023.

[20](#) . Jason Willick, «The Grand Strategy Behind Japan's Defense Buildup». *The Washington Post*, 23 de diciembre de 2022. Robert D. Kaplan, «The Biden Administration Just Stalled China's Advance in the Indo-Pacific». *The Washington Post*, 21 de septiembre de 2021.

[21](#) . También escribí sobre el surgimiento de un sistema marítimo euroasiático común, por la convergencia de los océanos Índico y Pacífico occidental, en mi libro *Monsoon* (2010), publicado ocho años antes de que el Pentágono renombrara al Comando Pacífico como Comando Indo-Pacífico.

[22](#) . Jonathan Holslag, «Neighborhood-first: A Geopolitical Compass for Europe's Military Posture». Bruselas, 2023.

[23](#) . Annamaria Kiaga y Vicky Leung, «The Transition from the Informal to the Formal Economy in Africa». Ginebra: ILO, 2020, p. 13.

[1](#) . Kotkin, *The Human City*, p. 51.

[2](#) . Jane Jacobs, *The Death and Life of Great American Cities*. Nueva York: Random House, 1961; y la Modern Library, 1993, pp. 37-38, 95, 158, 169, 244-245.

[3](#) . Dennis R. Judd y Todd Swanstrom, *City Politics: Private Power and Public Policy*. Nueva York: HarperCollins College Publishers, 1994, pp. 1-3

[4](#) . Robert Lowell, «For the Union Dead». Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 1960.

[5](#) . Edmund Wilson, «The Poetry of Drouth». Nueva York: *The Dial*, diciembre 1922.

[6](#) . Dominic Green, *The Religious Revolution: The Birth of Modern Spirituality, 1848-1898*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2022, p. 34.

[7](#) . Witold Rybczynski, *Makeshift Metropolis: Ideas About Cities*. Nueva York: Scribner, 2010, p. xiii.

[8](#) . Kotkin, *The Human City*, p. 39.

[9](#) . Richard Florida, *The New Urban Crisis: How Our Cities Are Increasing Inequality, Deepening Segregation, and Failing the Middle Class—and What We Can Do About It*. Nueva York: Basic Books, 2017, pp. 13-14, 33, 98.

[10](#) . Kotkin, pp. 97, 105.

[11](#) . Roger Scruton, *The Uses of Pessimism: And the Danger of False Hope*. Nueva York: Oxford University Press, 2010, pp. 142, 145. Roger Scruton, *Gentle Regrets: Thoughts from a Life*. Nueva York: Continuum, 2005, p. 39.

[12](#) . Ross Douthat, «American Teens Are Really Miserable. Why?» *The New York Times*, 18 de febrero de 2023.

[13](#) . Green, *The Religious Revolution*, p. 40.

[14](#) . Aleksander Wat, *My Century: The Odyssey of a Polish Intellectual*. Traducción de Richard Lourie. Prólogo de Czeslaw Milosz. New York Review of Books, 1977 y 1988, pp. 21, 92. Robert D. Kaplan, «The Great Danger of a New Utopianism». Washington: *The American Interest*, noviembre-diciembre de 2015.

[15](#) . Kaplan, «The Great Danger of a New Utopianism».

[16](#) . Oswald Spengler, *The Decline of the West*. Traducción de Charles Francis Atkinson. Nueva York: Vintage Books (1918 y 1922) 2006, pp. 25, 250-251.

[17](#) . Barton Swain, «The Weekend Interview [with Gary Saul Morson]: Violent Protest and the Intelligentsia». Nueva York: *The Wall Street Journal*, 5 de junio de 2020.

[18](#) . Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism*. Oxford, Inglaterra: Benediction Classics (1951) 2009, pp. 476-478.

[19](#) . Erik Wemple, «James Bennet Was Right». *The Washington Post*, 27 de octubre de 2022. Bennet hizo antes los comentarios a *Semafor*. Ben Smith, «Inside the Identity Crisis at The New York Times». Nueva York: *Semafor*, 18 de octubre de 2022.

[20](#) . Jonathan Chait, «James Bennet's Firing Was Just One of Many Illiberal Errors». Revista *New York*, 1 de noviembre de 2022.

[21](#) . Spengler, *The Decline of the West*, pp. 389, 395.

[22](#) . Robert D. Kaplan, «Everything Here is Fake». *The Washington Post*, 2 de marzo de 2018.

[23](#) . Kaplan, «Everything Here Is Fake».

[24](#) . Ibn Khaldun, *The Muqaddimah: An Introduction to History*. Traducción de Franz Rosenthal. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, (1958) 1989, pp. 93, 109, 133, 136, 140

[25](#) . Spengler, pp. 20, 24.

- [26](#) . F. Scott Fitzgerald, *The Great Gatsby*. Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1925, p. 182.
- [27](#) . Scruton, *Gentle Regrets*, p. 3.
- [28](#) . Spengler, p. xvi.
- [29](#) . Robert W. Merry, «Spengler's Ominous Prophecy». Washington: *The National Interest*, 2 de enero de 2013.
- [30](#) . Spengler, pp. 104-105, 121, 158, 324.
- [31](#) . Modris Eksteins, *Rites of Spring: The Great War and the Birth of the Modern Age*. Boston: Houghton Mifflin, 1989, p. 50.
- [32](#) . T. S. Eliot, «London Letter». Nueva York: *The Dial*, junio 1921. Reimpreso en la Norton Critical Edition de T. S. Eliot's *The Waste Land*. Nueva York: Norton & Company, 2001, pp. 132-133.
- [33](#) . James Matthew Wilson, «T. S. Eliot's Still Point». Nueva York: *The New Criterion*, abril 2023.
- [34](#) . Rainer Maria Rilke, *His Last Friendship: Unpublished Letters to Mrs. Eloui Bey*. Con un estudio de Edmond Jaloux e introducción de Marcel Raval. Nueva York: Philosophical Library, 1952, p. 26.
- [35](#) . F. R. Leavis, *New Bearings in English Poetry*. Londres: Chatto and Windus, 1932, pp. 90-113. Reimpresión en la Norton Critical Edition de *The Waste Land*, p. 174
- [36](#) . James Parker, «T. S. Eliot Saw All This Coming: One Hundred Years After the Publication of 'The Waste Land', Its Vision Has Never Been More Terrifying». Washington: *The Atlantic*, enero-febrero de 2023.
- [37](#) . T. S. Eliot, *The Waste Land*, líneas 20, 22, 62-63, 368, 430.
- [38](#) . T. S. Eliot, *The Waste Land*, línea 376. Leavis, «The Significance of the modern Waste Land», p. 183 de la Norton Critical Edition.
- [39](#) . Delmore Schwartz, «T. S. Eliot as the International Hero», p. 215 de la Norton Critical Edition.
- [40](#) . Hayden Carruth, Introducción a *Nausea* de Jean-Paul Sartre. Nueva York: New Directions, (1959) 1964.
- [41](#) . Florida, *The New Urban Crisis*, p. 169. Brandon Fuller y Paul Romer, «Urbanization as Opportunity». Washington: The World Bank, 2013.
- [42](#) . Solzhenitsyn, *March 1917, Book 1*, p. 88.
- [43](#) . Aleksandr Solzhenitsyn, *The Red Wheel: March 1917, Node III, Book 2*. Traducción de Marian Schwartz. Notre Dame, Indiana: University of Notre Dame Press, 2008, p. 197.
- [44](#) . Max Hayward, Introducción a *Poems of Akhmatova*. Boston: Houghton Mifflin, 1967, p. 11.
- [45](#) . Elias Canetti, *Auto-da-Fé*. Traducción de C. V. Wedgwood. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, (1935 y 1947) 1984, pp. 15, 17, 66.
- [46](#) . Elias Canetti, *Crowds and Power*. Traducción de Carol Stewart. Nueva York: Penguin Books, (1960) 1981, pp. 15-16, 32.
- [47](#) . Canetti, *Crowds and Power*, pp. 55-56, 57, 66, 109, 137, 214-220.

- [48](#) . Canetti, pp. 331-333.
- [49](#) . Hay una relación pormenorizada de la época de McCarthy en una biografía poco conocida que da a conocer mucho material terrorífico: Robert P. Newman's *Owen Lattimore and the 'Loss' of China*. Berkeley, California: University of California Press, 1992.
- [50](#) . George Orwell, *Nineteen Eighty-Four*. Nueva York: Everyman's Library, (1949) 1982, pp. 128, 163.
- [51](#) . Orwell, *Nineteen Eighty-Four*, pp. 37, 56, 78, 162.
- [52](#) . Aldous Huxley, *Brave New World*. Introducción de John Sutherland. Nueva York: Everyman's Library, (1932) 2013, pp. xi, xxiii.
- [53](#) . Samuel P. Huntington, *Political Order in Changing Societies*. New Haven, Connecticut: Yale University Press, 1968, p. 47.
- [54](#) . Henry A. Kissinger, Eric Schmidt, y Daniel Huttenlocher, *The Age of AI: And Our Human Future*. Nueva York: Little, Brown, 2021, p. 208.
- [55](#) . Henry Kissinger, Eric Schmidt y Daniel Huttenlocher, «ChatGPT Heralds an Intellectual Revolution». Nueva York: *The Wall Street Journal*, 25 de febrero de 2023.
- [56](#) . Eliot, *The Waste Land*. Norton Critical Edition, pp. 7, 12, 18 (líneas 60, 207, 376).
- [57](#) . Carl E. Schorske, *Fin-de-Siecle Vienna: Politics and Culture*. Nueva York: Knopf, 1980, pp. xvii, 4, 118, 251.
- [58](#) . Schorske, *Fin-de-Siècle Vienna*, p. 120.
- [59](#) . Ver la introducción de Christopher Hitchens en la obra de Sigmund Freud *Civilization and Its Discontents*. Nueva York: Norton, (1930) 2010.
- [60](#) . Ver *The Revolt of the Masses* (1929) de José Ortega y Gasset y el análisis de Golo Mann de Nietzsche en *The History of Germany Since 1789* (1968).
- [61](#) . José Ortega y Gasset, *The Revolt of the Masses*. Traducción de Anthony Kerrigan. Introducción de Saul Bellow. Notre Dame, Indiana: University of Notre Dame Press, (1930) 1985, pp. xi, 48, 69.
- [62](#) . Robert Strausz-Hupé, *The Zone of Indifference*. Nueva York: G. P. Putnam's Sons, 1952, p. 136. Alfred Weber, *Farewell to European History*. New Haven: Yale University Press, 1948, pp. 68-71
- [63](#) . Josh Chin y Liza Lin, «The Two Faces of China's Surveillance State». Nueva York: *The Wall Street Journal*, 2 de septiembre de 2022.
- [64](#) . Albert Camus, *The Rebel: An Essay on Man in Revolt*. Traducción de Anthony Bower. Nueva York: Vintage International, (1951) 1991, p. 22.
- [65](#) . Zeev Sternhell, «Fascist Ideology», en *Fascism: A Reader's Guide: Analyses, Interpretations, Bibliography*, ed. Walter Laqueur. Nueva York: Penguin Books, (1976) 1979, pp. 54, 56, 334, 358-359, 370.
- [66](#) . Carl J. Friedrich y Zbigniew Brzezinski, *Totalitarian Dictatorship and Autocracy*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1956, pp. 80-81.
- [67](#) . Alexander Herzen, *My Past and Thoughts*. Traducción de Constance Garnett. Abreviada por Dwight Macdonald. Berkeley, California: University of

California Press, (1855), 1973, p. 390.

[68](#) . Herzen, *My Past and Thoughts*, p. 386.

[69](#) . Learned Hand, *The Spirit of Liberty*. Nueva York: Knopf, 1952, p. 190.

[70](#) . Patrick J. Deneen, *Why Liberalism Failed: With a New Preface*. New Haven, Connecticut: Yale University Press, 2019, p. xviii.

[71](#) . Michael Walzer, *The Struggle for a Decent Politics: On 'Liberal' as an Adjective*. New Haven, Connecticut: Yale University Press, 2023, pp. 58-59.

[72](#) . Strausz-Hupé, *The Zone of Indifference*, p. 215.

[73](#) . William MacAskill, «The Beginning of History: Surviving the Era of Catastrophic Risk». Nueva York: *Foreign Affairs*, septiembre-octubre de 2022.

CONSULTE OTROS TÍTULOS DEL CATÁLOGO EN:
www.rbalibros.com